

**HISTORIA DE LA PROVINCIA DE SAN VICENTE
DE CHIAPA Y GUATEMALA**

TOMO TERCERO

BIBLIOTECA GUATEMALTECA DE CULTURA POPULAR

"15 DE SEPTIEMBRE"

Volumen 83

Margués de la Guatemala

R-605127

FRAY FRANCISCO XIMENEZ

Historia de la Provincia de San Vicente de Chiapa y Guatemala

2ª Edición



Volumen 83

IMPRESO EN GUATEMALA, CENTRO AMERICA

Departamento Editorial y de Producción de Material Didáctico
"José de Pineda Ibarra" Ministerio de Educación

1965

XXXII

*Donde se prosigue la estada de los religiosos en la
isla de Santo Domingo, hasta su salida para
Campeche*

Año 1544

Ya que hemos contado lo que en esta isla hicimos, será justo que contemos lo que padecimos, que no fue poco, aunque yo lo sume en pocas palabras, y por ser el primer conflicto que por la justicia padecimos, lo sentimos mucho aunque llevábamos voluntad de padecer mucho más. Ya he apuntado arriba cómo el señor obispo había alcanzado que se hiciesen unas leyes para la buena gobernación de los indios y había procurado y enviado y llevaba también consigo muchas provisiones en favor de los indios, contra los españoles que tiránicamente los roban, y sin misericordia los consumían y particularmente mandaba el rey ahorrar todos los esclavos que injusta y tiránicamente habían hecho los españoles y para esto había el rey enviado a asentar una Real Audiencia a los confines de Chiapa, Guatemala, Nicaragua y Honduras y el licenciado Cerrato entendía en libertar los esclavos que en las islas había, porque de los moradores de ellas ya casi ningunos habían quedado, ni en Santo Domingo ni en Cuba, ni en las demás islas a donde habían entrado cristianos si por ventura son mu-

chos de los que así acá se llamaban los tiempos pasados. En esta isla habían suplicado de aquellas leyes y habían enviado sus procuradores a España; pero el licenciado Cerrato siempre procuraba la libertad de los indios aunque hacía poco por la gran contradicción de los españoles y poca ayuda de los frailes, que hasta estos tiempos muchos de ellos han estado ciegos en estas materias y algunos de los obispos y prelados mucho más, y así cada día caían en mil barrancas los guiados y los guiadores. Si de esto se hubiese de tratar sería nunca acabar; quiero venir al punto. Como Dios traía ya este ejército, creo sin duda para destruir el del diablo y el de sus ángeles puso en corazón de algunos que la fe que teníamos en el corazón la predicásemos públicamente *in ruinam et resurrectionem* o si quiera para que no pensasen los males que habían de prescribir contra el evangello y contra la ley natural destruyendo mundos sin que nadie se lo contradijese, y en este medio encomendaron a uno de los nuestros un sermón en la iglesia mayor, y pareciéndole que era buena coyuntura por el mucho concurso de gente determinó predicar allí contra aquellas tan inauditas tiranías, y aunque nadie supo su intención, pues no se escondió al Diablo lo que se había de hacer y envió a un clérigo de aquella iglesia y a un caballero de allí que le hablase de parte de toda la ciudad, diciendo como no convenía predicar ni hablar sobre aquella materia y que hacía grande escándalo y poco fruto. Este clérigo era hombre docto y virtuoso y bien aficionado a las cosas de los indios pues esperaba otra mejor coyuntura a su parecer. Con esto taparon la boca a aquel padre, y este medio ha usado el demonio en estas tierras:

so color de paz y sosiego hacen cruel guerra a cuerpos y ánimas de los hombres. El domingo siguiente predicó él mismo en el convento de Santo Domingo y pospuestos todos los temores e inconvenientes declaró la verdad a todos, afirmando lo que todos teníamos ya por cierto y averiguado que los esclavos eran mal hechos y que no podía salvarse el que los tenía y todo lo demás tocante a este negocio. Fue tanto el alboroto que la gente recibió que no lo sé decir, y allí en la iglesia comenzaron todos a murmurar y salidos de allí decían lo que sentían; llamábanlos vigardos y que veníamos huyendo de la obediencia de España a buscar libertad y que si deseo de predicar nos traía, que en España había a quien predicar y otras cosas de esta manera. A los que iban a pedir limosna echábanlos con el demonio y no se la querían dar diciendo, que no querían mantener a quien les quitaba su hacienda. Decían que habían de tener orden como nos echar el navío a fondo con dos barrenos y amenazaban que habían de matar a aquel padre y al que predicase más de aquello, que por unas ventanas bajas que tenía la iglesia lo habían de matar en el púlpito, y decían tanto que avisaron al padre vicario y le pusieron miedo y así excusó días de enviar fuera a aquel padre y le avisó de todo lo que pasaba. Con esto eso aseguó en otro sermón el día de todos santos y los demás padres hicieron lo mismo: en sus sermones, trajeron mil modos y mil cautelas para que se desdijese diciendo que dorase aquello para consolar al pueblo y que se moderase en alguna manera; pero ni con el vicario ni con él acabaron nada y así rompieron aquellas lanzas y se padecieron grandes trabajos y necesidades por ello y

ni osábamos pedir limosna, ni sabíamos qué nos hacer. Hizo otro ensayo el demonio y fue que se divulgaron unas nuevas que el Perú se había levantado y que sobre aquellas leyes se alzó México y toda la Nueva España, y que habían muerto al viserrey y quemado todos los navíos que se hallaron en los puertos, para que no hubiese quien llevase a España nueva ninguna y que también mataron a un fraile nuestro. Afirmábanlo esto tantos y daban tantas apariencias que nos tenían en la mayor confusión del mundo y no sabíamos que nos hacer por que creíamos que si llegáramos a la Nueva España luego matarían al obispo y aun a nosotros también. Cada uno podrá ver cuales estaríamos entonces, no solo con estas nuevas, pero con oír lo que oíamos y ver lo que veíamos, que a todos les era lícito decir de nosotros lo que querían y hacían también lo que podían en daño nuestro; pero sin duda no desmayamos, antes Nuestro Señor nos daba ánimo para desear padecer; mas aunque también lo sentíamos como hombres y desacostumbrados a aquellas cosas, dábamos mucho a oración y de noche y de día no hacíamos otra cosa, y Nuestro Señor nos ayudaba como él solía y así despertó a una negra horra que allí vivía y ésta casi nos sustentaba, no paraba de día ni de noche, ya venía cargada de casabe, o ya de pescado y de plátanos y de todo lo que podía con gran devoción y caridad, tanto que nos puso en gran obligación de rogar a Dios por ella y otras algunas personas nos hacían también limosna con que pasábamos pobremente allí nos hicimos al casabe y dejamos de beber vino y nos sabían bien las frutas de la tierra y no nos hartábamos de ellas: en estas necesidades no nos desamparó mu-

cho Nuestro Señor que en breve tocó el corazón de una señora viuda riquísima que vivía en aquella isla, la cual tenía muchos esclavos; pero oyendo nuestra predicación, determinó de los ahorrar todos, diciendo que ella no había jamás pensado que era pecado pero que mejor lo sabíamos nosotros que ella, y ahorrados comenzamos a proveer largamente de pan y vino, aunque al presente era caro; pero envíanos veinticinco arrobas juntas y terneras y cabritos, carneros, casabe, pescado y ya nos enviaba la comida guisada, ya por guisar, ya aparte, ya toda, ya los cien reales juntos para comprarla, y no cesó de estas buenas obras mientras allí estuvimos. Después que se confesó y dejó los esclavos en su casa nos hizo las cecinas para el mar, y nos envió para la mar diacitrones, masapanes y cuanto ella podía, y el obispo de la isla de San Juan nos hizo también algunas limosnas. La negra parecía vencer a todos en fe, no paraba sino como una abejita ir y venir cargada; decía que se le había muerto una hija desposada y que pues se llevó Dios la esposa que él se había de llevar la dote también. Vinieron nuevas que la mar andaba llena de franceses, y de este puerto salió una armada contra ellos, todo para estorbar nuestro camino; acrecentó nuestras penas y trabajos que vino la nao en que había ido a Puerto Rico fray Diego de la Magdalena y no trajo sino a fray Francisco de Quezada y fray Domingo de Loyola y a fray Pedro Rubio, y quedáronse en San Juan, fray Diego y un hermano fray Baltasar y fray Ambrosio Villarejo; enviaron sus excusas a nuestro parecer no bastantes, no sé si nos hizo parecer esto la gran pena de su quedada y cierto la sentimos en gran manera y era de sentir y de

espantar que un hombre tan cuerdo y religioso y docto como fray Diego, cuya venida costó muchos sudores a él y a nosotros y dejó la honra que en España le ofrecía y negó a su madre que sintió mucho su venida y que bastase después causa ninguna para no llegar al término aunque fuera hecho pedazos, cierto nos dio causa de gran dolor; pero a ellos cierto los consolamos y los vencieron los trabajos que sin duda fueron grandes los que se padecieron, más que parecen leídos en lo regado; pero ellos no dieron esto por excusa, sino otras que sin duda creo les parecieron a ellos bastantes para quedarse; pero en fin es verdad lo que dijo la verdad *multi sunt vocati, pauci veró electi*. Allí les escribimos por diversas vías, rogándoles que no nos desamparasen, y llegados a Chiapas aun los aguardábamos gran tiempo; pues viendo que no venían, les enviamos sus libros y cuadernos y ellos creo que desde a poco se volvieron a España.

No sé contar los grandes trabajos en que nos vimos en haber navío que en aquel tiempo viniese especialmente hacia el obispado de Chiapa y porque fueron largos, muchos y menudos los dejo todos: solamente, digo que al cabo de ellos topamos un piloto que tenía un navío suyo fletado para el Perú. Este decía que sabía un puerto que llamaban de San Lázaro, hasta entonces no nombrado, queda en la Provincia de Yucatán, que son términos del obispado de Chiapa y por las Cédulas del rey se deshizo con gran trabajo el concierto que tenía hecho para el Perú y fletó todo el navío el señor obispo en mil doscientos sesenta y dos castellanos, de donde le nacieron al señor obispo muchos trabajos y deudas que le duraron años. De nuestra parte le dio el rey hasta trescientos pesos que

montaban nuestros fletes, lo demás todo gastó el obispo, lo uno porque saliésemos de aquella isla y de los trabajos en que allí nos veíamos, lo otro por dar su presencia y la nuestra a sus ovejas que la habían bien menester. Concertado el navío le hallamos tantas trampas al piloto y con tantas deudas y tan mal acreditado, que no pensamos salir de allí. Finalmente el obispo le buscó quien lo fuese y ayudó cuanto pudo; en todos estos trabajos, estuvimos tres meses detenidos y aunque estuviéramos en grandes regalos nos fuera penoso por ser la tierra tan trabajosa; hace unos calores grandes y desgraciados, que todo el día anda el hombre desmayado y descoyuntado; sudan aquí tanto que no se puede creer, de noche por adviento sudábamos a chorros, como por Santiago se suele sudar en Castilla. Plugo a Nuestro Señor que se nos acercó la partida que fue a diez de diciembre. Aquel día dijo una misa muy solemne del Espíritu Santo, el prior de aquella Casa y fueron ministros los padres de San Francisco y después nos tuvo capítulo el padre prior y nos hizo un largo sermón y consoló y animó mucho y después nos hizo la absolución general y nos abrazó a todos y nos dio su bendición. Aquí se descubrieron algunos secretos y comenzaron algunos de los que habían estado malos y otros también, a mostrar mala gana de partirse de allí; y aunque el padre vicario les diera fácilmente la licencia pues a los padres mayores pareció que era abrir puerta a que el demonio tentase a los frailes, viendo que fácilmente se les daba licencia para quedarse, y así los mandó embarcar, pues ellos estaban tan inquietos y iban tan de mala gana que les hubo de dar licencia para quedarse aunque de algunos nos pesó

mal que de otros, porque sabíamos que eran buenos frailes y que aquella era tentación del demonio; pero todavía pareció mejor darles licencia para quedarse que no traer con nosotros a tantos trabajos hombres involuntarios. Estos fueron fray Pedro de Vega y fray Alonso Trueno y fray Miguel de Frías y fray Mateo Hernández. A estos se les dio licencia para quedarse y de allí se pudiesen ir a España. También se les dio licencia a los dos de México Loyola y Alvarez para que se quedasen allí y de allí se fuesen a su provincia, porque su intento no fue de ir a Chiapa cuando salieron de España: los demás despedidos de aquella santa Casa y sus religiosos y de los padres de San Francisco con muchas lágrimas que todos derramamos, nos fuimos ya tarde a embarcar; y aunque muchos de la ciudad estaban al principio mal con nosotros, ahora lloraban nuestra partida y les parecía que dejábamos sola la ciudad y nos enviaron limosnas. Aquella viuda de Solano en especial nos envió 17 novillos en cecina, tres terneras, seis carneros, treinta gallinas, cuatro quesos, siete castellanos, dos docenas de candelas de cera blanca muy hermosa, mucho incienso, estoraque *benjui*, para quemar en la misa que duró muchos tiempos, y otras muchas cosas. El padre comisario allende de otras cosas que nos dio, nos prometió que hasta que de nosotros supiesen se haría en su casa oración por nosotros y así nos despedimos de aquella ciudad. No nos partimos aquella tarde ni el día siguiente porque aun las mentiras de nuestro piloto no eran cumplidas. Como supo esto la virreina, cuyos palacios caen sobre el puerto, envió a rogar al padre vicario que enviase allá algunos padres porque no estuviesen allí tostándose en el navío,

y así fuimos veinte religiosos y dijimos misa en su capilla. Comimos con su hermano fray Antonio bien altamente, y entre otras cosas nos dieron muy hermosas uvas que no son allí pocopreciadas. Tampoco nos partimos al día siguiente y así salieron algunos a decir misa a casa de la virreina por su ruego, y los demás pasámosla a decir a una ermita de la otra parte del río y después vino el padre fray Antonio, hermano de la virreina y los demás y en una huerta que allí tienen nos dio la señora virreina muy bien de comer, de muchos y muy buenos pescados como el día pasado. Este día vino también la negra al navío en un barco y nos trajo muchas cositas. Viendo el señor obispo la burla que el piloto nos hacía, envióse a quejar con el señor presidente y luego lo envió preso al navío, mandándole tener allí con grillos y que otro día se partiese, so pena de quinientos pesos y de cien azotes. Dijo el piloto que había mucho menester una soga y que sin ella no se podía partir; y como el señor obispo era fraile dióle licencia. Salido el piloto, trató de atarse la soga que aquellos días andaba torciendo y quitose de ruidos y casose y dejonos para necios embarcados quemándonos en aquel navío y no apareció en todo el viernes. Aquella noche porque ya le sabía la justicia la casa porque no le enviásemos a buscar, envió a decir a sus marineros, que tomasen la una áncora y que se aderezasen para partirse a la mañana. Tornó el obispo a quejarse al presidente. Entonces vino el piloto y comenzose a aderezar para alzar velas, y cuando no nos acabamos ya era ido diciendo que como la soga no era torcida y que era ido a darle prisa. Aquel día que era sábado, volvió la negra al navío y nos trajo mucho y buen pescado fresco y un barco

llo de mil cosas que había buscado y le pareció habríamos menester y así se despidió de nosotros la buena negra plegue a Dios que la veamos en la gloria, y aun para la noche nos envió de cenar. Aquella tarde nos quiso hacer embargar la nao un hombre porque dice que iba allí un marinero que le debía dineros. Aquella noche vino el padre comisario de San Francisco e importunó que todos fuésemos el día siguiente a San Francisco, pues era domingo para que allí dijésemos misa y comiésemos; el padre vicario se lo prometió que iríamos sino nos partiésemos: otro día que era domingo, muy de mañana, vino el piloto y aderezado el navío, ya que queríamos alzar velas, vino la justicia y embargó el navío, porque diz que iban allí no sé que seglares que se embarcaban sin licencia de la justicia, lo cual allí no es lícito a los que una vez entran en aquella isla. Hubo de enviar el señor obispo a suplicar al presidente que por amor de Dios se doliese de nosotros, y en fin nos mandó desembargar el navío y así se dio fin a infinitos embarazos que Satanás urdía para estorbar nuestro camino y molestarnos, como aquel que sabía lo poco que ganaba con nuestra venida a las Indias. Dos cosas diré para rematar este capítulo. La primera es que con haber comido y gastado tanto de nuestro matalotaje por la mar y por la tierra valía lo que quedaba, ciento y cincuenta ducados más aquí, que todo junto valía en Sevilla por la gran carestía de la tierra donde todo se pesa a oro, sino es la carne quedarán de balde cuanto quisieres es como des el cuero de lo que matares a su dueño. Lo segundo es que sin maestro iban casi todos barberos y de allí adelante siempre nos afeitábamos unos a los otros; pero los que fueron ofi-

ciales fueron fray Pedro Calvo y fray Pedro de la Cruz, y no solamente de esto era ya oficial fray Pedro Calvo; pero era ya buen piloto y en todo lo que se ofrecía su voto era el primero después del del piloto y a las veces el primero y a los oficiales de la nao les hacía tener cuidado y mirar lo que hacían.

XXXIII

De la salida de los religiosos de Santo Domingo y navegación hasta la provincia de Campeche

Año 1544

Domingo Tercero de Adviento, año de 1544, en el puerto de la ciudad de Santo Domingo de la isla Española y con próspero viento, salimos en alta mar. Apenas habíamos salido del río, cuando todos caímos como muertos, que ni quedó vicario ni obispo que no cayese y aun muchos marineros de los que había se almearon; íbamos todos que parecía que íbamos encantados: fray Tomás de San Juan como podía andaba, dando en que revesar a los que lo pedían; los demás iban como muertos caídos y callando, casi como fuera de sí. Poco o nada comimos en todo aquel día y el siguiente hasta la tarde que alzamos la cabeza con ayuda de fray Pedro Rubio, que se levantó y nos dio de comer y desde allí adelante pasó el pobre grandes trabajos por guisarnos algo de comer hasta que salimos en tierra. Íbamos con gran miedo de franceses y así de día nos metíamos en alta mar y de noche nos acercábamos a tierra con temor siempre de franceses porque un solo barco que viniera nos tomara, que ni llevábamos tiros, ni armas, ni defensa alguna; éramos casi todos frailes, los marineros eran pocos y de ellos muchachos y de ellos dolientes y hallamos que llevaban mal aderezo de

todo; llevaban poca y ruin comida y no llevaban ni un clavo ni una soga; finalmente un perdimiento, y el piloto y los oficiales todos eran levantiscos y no había ningún español. Todo esto lo ordenó así Nuestro Señor porque con esto y con los trabajos en que nos vimos se manifestase que El era maestre y piloto de nuestro navío y nos guiaba según su Santa voluntad. Temíamos también mucho los nortes porque según decían todos, era mal siempre para navegar aquel mar; pues no nos fue posible otra cosa porque no era cosa de estar en la isla, especialmente con la vida que padecimos y así nos dábamos la prisa que podíamos a navegar mientras aquel buen tiempo nos duraba. El martes en la tarde vino un viento contrario y tan recio que nos arrancó de nuestro camino y nos echó por la otra parte de la isla de Jamaica, siendo nuestro intento el ir por entre ella y la isla de Cuba y así dejamos a Jamaica a mano derecha, habiéndola de dejar a mano izquierda, y según se dijo fue misericordia de Dios, porque si la tormenta no nos tomara entre aquellas dos islas nos hiciera dar al través en la de Jamaica; pero con esto tuvo el navío donde correr con la tormenta sin dar en tierra, pasamos una noche muy trabajosa, y el día siguiente fue semejante porque la mar andaba alta y las olas se levantaban mucho que nos asombraban. A la noche siguiente se amansó un poco la mar y al otro día adelante que fue Nuestra Señora de la O anduvimos muchos desandando lo mal andado. El día de Nuestra Señora en la noche, a media noche se levantó una gran tormenta, tanto que nos hizo levantar a todos, más que de paso, y medio de rodillas y medio echados dijimos las letanías y con gran devoción nos encomendamos a Dios hasta

la mañana: llovía a cántaros y hacía tan gran tormenta que parecía querer hacer pedazos el navío y el ruido de la mar era tan grande que entendimos lo que quería decir la escritura cuando decía: *audivi tan quam vocem aquarum multarum*. Amainaron de presto las velas y estuvimos así esperando el día, y en esto no imaginéis comida porque ni se podía guisar ni sacar de donde iba, y aunque la lleváramos en la mano la pudiéramos comer por la mala disposición que la tormenta causaba que nos parecía que más por razón que por gana, comíamos dos bocados de lo que se hallaba por allí a mano, aunque este día no se alzaron velas; pero el viento y el ímpetu de las poderosas olas nos llevaban más que de paso y a donde no sabíamos: la noche siguiente fue más trabajosa que la noche antes y cierto pensábamos que allí acabábamos la vida, aunque por otra parte llevábamos gran confianza en Dios que no daría placer a los malos con nuestra muerte, por ventura muy deseada de algunos; y también teníamos gran confianza en las misas y oraciones que sabíamos que nuestros hermanos y amigos carísimos hacían por nosotros; con todo eso temíamos y nos confesamos esperando lo que Dios haría. Toda la noche íbamos en oración, metidos en un camarotillo, que la navecilla tenía de medio atrás: allí íbamos todos arracimados y asidos, a ratos callábamos y a ratos decíamos letanías y oraciones de coro, que no había luz ninguna, y a veces a voces decíamos el credo y el *quicumque vult...* y a gritos llamábamos el nombre de Jesucristo y de nuestra Señora diciendo el *Ave María stella*; con todo eso la mar crecía y daba tan grandes encuentros al navío que cada uno pensábamos que era el postrero. Viendo

esto el piloto, temiendo que alguna ola echaría el navío a fondo, acordó de alzar un poquito una vela y tomar el viento en popa y tirar a Dios y a ventura por donde el viento nos llevase y con dos palmos de vela iba la nao volando y temiendo que estos nos llevaría presto a donde dando al través nos perdiésemos acordaron que por popa le echasen unas vigas atadas a unas maromas para que no anduviese tanto; pero con todo eso andaba más que queríamos; de esta manera anduvimos con el trabajo que podéis ver hasta el domingo. El sábado tomaron ciertos acuerdos el obispo, fray Pedro Calvo y el piloto, como, si la tormenta no cesase, diésemos siquiera en ciertos bajíos, donde la gente se podría salvar, porque el obispo como ha pasado la mar dieciséis veces por amor de los indios, entiéndesele razonablemente de aquellas cosas, más que a nuestro piloto, que a un marinero no merecía ser. Aquel sábado en la tarde se confesaron todos los marineros y toda la gente del navío e hicieron muchas promesas. Algunos frailes prometían misas, algunos seglares romerías. Una noche de estas combatiéndonos las olas de la manera que he dicho, comenzó a dar voces con gran devoción un portugués que allí iba llamando a San Telmo, y diciendo que él prometía que si Dios de aquella tormenta lo libraba por sus oraciones, que él hacía voto de no entrar más en la mar en toda su vida. No faltó quien se riese cuando esto oyese, aunque el tiempo era más para llorar que para reír. El sábado en la noche fue peor que hasta allí, porque llovía terriblemente y las olas parecían querer llegar al Cielo, ya quebraban el navío y muchas por encima de la popa, que ya pensábamos ser llegada la hora postrera.

El viento era tan recio que quebró el mástil que llaman trinquete. De los religiosos algunos se encomendaban modestamente a Dios, otros daban voces llamando el nombre de nuestro Señor Jesucristo, el Santo Viejo conjuraba la mar y mandábale en nombre de Nuestro Señor Jesucristo que callase y enmudeciese y daba voces a la gente diciendo que callasen y no temiesen, que Dios iba con nosotros y no podíamos perecer. Por cierto que con todo esto íbamos consolados y no se nos daba mucho morir, y creo que si muriéramos, la misericordia de Dios nos salvaba y así comenzamos a cantar himnos un gran rato, y yendo nosotros cantando, en esto dijo un marinero: "Padres la tempestad ha cesado", y por cierto que si como nos lo dijera un ángel sin esperar más comenzamos a cantar un *te deum Laudamus*, y a la tempestad sucedió una calma muy grande. No soy amigo de echar las cosas a milagro cuando se puede imaginar alguna causa natural, y yo he dicho lo que pasó, echadlo a la causa que os pareciere. Nosotros dimos gracias a Dios, teniendo por cierto que él nos libró por la vía que él fue servido; con la calma descansamos, y venida la mañana que fue 4º domingo de Adviento y día del apostol Santo Tomás, vino un viento bueno que nos duró hasta Navidad, con el cual navegamos a las veces en popa, a las veces como podíamos, pero siempre poco, porque el viento no era recio.

Muy penados íbamos por ver que nos tomaba la Navidad en el mar y que no podíamos celebrar el nacimiento de nuestro Redentor como quisiéramos, pero proveyó Su Majestad de un viento a popa tan sabroso que navegamos bien sin que

nos fuera impedimento hacer lo que quisiéramos, y así la víspera de Navidad, con gran devoción cantamos las vísperas y a la tarde tuvo capítulo el padre vicario y predicó, e hizo la absolución general y hicimos un altar en popa en aquella cubiertilla o camaranchón que dije y sacamos al niño Jesús que llevábamos y envolvimoslo en heno que allí había y velámoslo toda la noche encendidas candelas blancas con oraciones y cantos de alegría y Nuestro Señor proveyó copiosamente de lágrimas y de devoción. A prima noche cantamos muchos himnos, y a la media noche cantamos los maitines y la misa del gallo y después la del alba con toda la solemnidad que pudimos, sin cansarnos: con la bonanza del mar, y con nuestros cantos se durmieron los marineros muy a gran peligro nuestro si Dios maravillosamente no nos librara. Entre dos albas yendo la gente dormida y nosotros muy descuidados, abrió Dios los ojos de fray Pedro Calvo y dio voces diciendo "tierra, tierra". Saltaron de presto los marineros y divisaron ser así y a gran prisa y voces volvieron el navío a otra parte. Entonces salimos los religiosos a ver que tan cerca estábamos, y unos decíamos más, otros menos; a mi me pareció que estaríamos a dos tiros de ballesta de tierra que en la mar es un paso, y aun la nao se había apartado algo. Dios maravillosamente nos libró y dio la vida aquel día en aguinaldo. Era aquella isleta una de las que llaman los Caimanes y era el Calmán mayor. Es una isleta pequeñita como la de los ríos, donde si calléramos y quedáramos con vida, muriéramos presto de sed. Después dijo el señor obispo la misa mayor con toda solemnidad, aunque todo era... después nos dieron bien de comer, aunque

el mayor regalo no suple la mayor necesidad de la mar. A la tarde cantamos nuestras vísperas y completas. y así festejamos la fiesta del nacimiento de nuestro Salvador. El día siguiente hizo también la fiesta el señor obispo y hubo sermón y así se hizo en los días siguientes, según el tiempo daba lugar. El sábado en la noche no anduvimos por pensar que estábamos en el cabo de San Antón; y porque el viento nos llevaba a tierra mal de nuestro grado, tomamos por medio a volver las velas y las espaldas al viento, aunque fuese volver atrás; pero soplabá tan recio que hubimos de amainar, y trocose el sur en norte, contrario suyo y nuestro, y así aquel día que era de los inocentes no anduvimos y así nos estuvimos hasta otro día. El día siguiente hizo una calma como si fuera por julio, tanto que la mar estaba como leche y los marineros entendían en pescar tiburones. Allí nos estábamos a mal de nuestro grado y aun con temor que nos faltaría agua, porque muchas pipas se habían salido, y de otras olía mal el agua que con trabajo se bebía. El miércoles de mañana con un poco de viento comenzamos a caminar. Este día antes de medio día vinieron a nuestro navío unos grandes pescados que creo por los grandes bufidos que dan, les llamaron Cufecos, (toninas), son tan grandes como caballos y aun más largos con proporcionada gordura. Sacan muy a menudo casi todo el cuerpo sobre el agua dando bufidos. Son casi negros y de gran cola, pronostican gran viento y así lo experimentamos esta vez, porque estando cantando vísperas, se levantó un aire que fue siempre arreciando y levantando mucho la mar. A los marineros hizo estar con cuidado toda la noche y a noso-

tros nos la dio mala y nos quitó toda la noche el sueño y así nos dio mala salida de año. Bendito sea el Señor cuyos años ni comienzan ni acaban, que vive y reina por todos los siglos de los siglos. Amén.

Justo es comenzar capítulo en comienzo de mes y de año. El jueves pues primer día del año de 1545 nos hizo muy lindo viento y gracioso día y así caminábamos a sabor. Este día estando comiendo, vinieron manadas de toninas, como manadas grandes de puercos. Son pescados muy grandes y suelen barruntar gran viento y mudanza de tiempo. A la tarde echaron tres veces la sonda, a ver si había suelo, lo cual se hacía creyendo que estábamos cerca de la provincia de Yucatán; pero no hallaron suelo. A la tarde hallaron cuarenticinco brazas de hondo; después hallaron veinte; y de allí adelante siempre bajaba. Duronos el viento hasta sábado en la noche, y aquello nos bastara si el gran temor que traíamos de franceses no nos impidiera, por esta causa ya nos metíamos en alta mar, ya nos llegábamos a tierra, según a los oficiales de la nao que saben aquellos rincones les parecía. Aquel sábado en la mañana vimos tierra firme que fue la provincia de Yucatán, donde nosotros pretendíamos salir, pero es larguísima tierra, íbamos poco a poco buscando el puerto; a la tarde pareció al maestre que reconoció la tierra y puerto donde deseábamos apartar, y por temor de la noche nos metimos en alta mar y por no pasarnos adelante del puerto donde fuera dificultoso volver, amainamos aquella noche, y a la mañana hallámonos lejos de la tierra, y aunque a la mañana hizo calma a la tarde hizo muy buen viento y tiempo y por

lo mucho que anduvimos vimos que el maestre se había engañado. A la noche nos tornamos a meter en alta mar, a la mañana reconocieron tierra y hallaron que era la que buscábamos, por lo cual con suma alegría dimos gracias a Dios nuestro Señor y con el placer que podéis considerar, cantamos un *te deum Laudamus*. El señor obispo nos predicó un gran sermón exhortándonos mucho y trayéndonos a la memoria los deseos que nos hicieron dejar nuestras casas y deudos y amigos y salir de nuestras tierras y venir a aquellas tan extrañas. Toda la mañana nos hizo viento contrario, que nos dio harto trabajo en detener el navío, no se nos pasase del puerto la costa arriba; después hizo calma y veíamos la tierra muy cerca y no podíamos entrar en ella y deseábamos poder celebrar la Epifanía, mejor que las demás fiestas de Nuestro Señor. A la tarde cantamos nuestras vísperas en parte con tristeza de ver que no podíamos tomar tierra, y en parte con placer de vernos tan cerca de ella. En la tarde hizo un airecito muy flaco con el cual nos acercábamos poco a poco a la tierra. El puerto de aquí abajo y tiene muchos bajos y así no llegan las naos a tierra con una gran legua y es malo de conocer por ser toda aquella tierra llana a maravilla, y así fue necesario que en la nao hiciesen lumbré para que de tierra nos hiciesen alguna señal con que no errásemos y así se hizo en anocheciendo y de tierra nos socorrieron bien. Por temor de los bajos iban siempre con la sonda en la mano y llegado a tres brazas de fondo escasas echamos anclas. Aquella noche bien noche, dadas gracias a Nuestro Señor, descansamos esperando lo que venida la mañana había de suceder, porque según las nuevas que

en las islas nos dieron, esperábamos muchos trabajos y angustias y que el recibimiento sería con muchos arcabuces, si Dios no se apiadase de nosotros y de aquellas pobres almas que íbamos a buscar.

XXXIV

De la llegada y estada de nuestros religiosos en Campeche

Antes que salgamos de la mar quiero apuntar algunas de las mercedes que nuestro Señor ha hecho a esta comunidad, porque quizás no las echarán todos de ver aunque las lean. Primeramente es de notar cómo se dio licencia a tantos religiosos y tan queridos allá, y algunos no poco necesarios en aquel tiempo y cómo los juntó todos tan presto unos de una parte, otros de otra. Gran merced fue de nuestro Señor que saliésemos de Salamanca tantos frailes juntos y algunos, delicados y con tan recio tiempo y a pie y no nos faltase nada por el camino y llegásemos todos buenos y sanos a Sevilla. Gran merced fue que tuviesen cincuenta huéspedes en Sevilla tantos días tan sin pesadumbre antes con tanta alegría cuanto jamás vieron frailes que pasasen a Indias. Gran merced fue que nos embarcásemos, cuando todos decían que habíamos de morir con calma y que nunca las viésemos hasta cerca de Santo Domingo, y que en tal tiempo tuviésemos el temporal que he dicho. Gran cosa fue que amigos y devotos nuestros visitasen la nao y no echasen de ver una falta tan grande y que de tan gran peligro como padecimos hasta la Gomera nos librase el Señor. Gran cosa fue que negándonos nuestros

naturales y endureciendo sus corazones para nosotros, los de la isla de Santo Domingo, nos proveyese Dios mediante una cuerva y una viuda, como a Elías. Gran merced fue de nuestro Señor que cuando hervía la mar de franceses viniese una navecilla sola tan segura sin tiros y sin pólvora y sin armas ningunas y que con tan mal aparejo de navio y tan recios nortes no peligrásemos nosotros ni nada de lo que traíamos y que salidos de la isla no viésemos nortes donde más peligrosos y de temor son por el tiempo en que nosotros venimos; cosa es cierta digna de notar, que donde a otros les acaesen tantas cosas notables de muertes, hambres, naufragios, a nosotros en tales tiempos y con tales aderesos y con tan largos caminos no nos acaesiese nada de esto. Allende de lo que habéis oído que en fin venimos a puerto todos buenos y sanos y loando al Señor, aunque muchos éramos flacos y delicados y todos desacostumbrados a semejantes trabajos; pero una de las mayores mercedes entre muchas grandes que de nuestro Señor recibimos, fue, que siendo la jornada tan larga y la gente tanta y al parecer tan moza, los más de ellos, y con tantas ocasiones de tierra y especialmente de la estrechura y malas disposiciones de la mar, que no se ofreciese jamás una disensión, una riña, una mala palabra, una descortesía, u otra cosa semejante; y que siendo dudoso si traíamos prelado o no, que él nos guardase y sirviese y procurase como si fuera cierto que era obligado a serlo, y que nosotros le obedeciésemos en todo como hiciéramos al general, sin haber una desobediencia ni una cosa que pareciese mal a nadie; antes todo quietud y paz y humildad con gran edificación de todos cuantos

por mar y por tierra nos vieron; y por cierto los marineros decían que no habían visto pasar tales frailes a las Indias y otros lo decían también de más autoridad que ellos. Todo esto he dicho para gloria del Señor y edificación de otros que vendrán y por fidelidad de la historia y para responder a algunas de tantas objeciones y pensamientos que acerca de nosotros se podían ofrecer a los que esto leyeren.

Otro día de mañana que era día de los reyes, cuando amaneció nos hallábamos dos leguas de tierra. En este puerto está un pueblo que llaman Campeche de quinientas casas y una Villa de españoles de trece vecinos; y muy de mañana echaron el batel a la agua y envió el señor obispo a saber como estaba la tierra y que les hiciese saber su venida y la nuestra y como venía por su obispo y pastor. A las nueve volvió el batel y con él muchas canoas, y vino el clérigo y otros españoles honrados a ver y recibir su prelado con harto dolor de su corazón. Vinieron en las canoas muchos indios, donde vimos los tesoros que veníamos a buscar a las Indias; iban todos desnudos en carnes, solamente cubrían sus vergüenzas con una manta poco más ancha que una mano, aquella traen ceñida al cuerpo, y el un cabo vuelven por entre las piernas, y muy deshonestamente cubren sus carnes porque como la manta está apretada, tan mal andan como si del todo estuviesen desnudos. Unos principales que eran bautizados traían camisas y savagüeles y una manta de algodón rodeada al cuello como beca de clérigo. Mucho nos holgamos de ver nuestra gente por que tanto habíamos trabajado, en aquellas canoas, y en el batel nos sacaron a todos a tierra; al salir de

las canoas nos tomaron los indios a cuestras y otros alzaban la saya porque no se nos mojase y así con gran risa y placer nos pusieron en tierra, donde estaban todos los españoles y en lugar de los tiros que esperábamos, se echaron todos a los pies del señor obispo y humildemente tomaron su bendición. Luego nos entramos a la iglesia que está junto al agua donde oímos una misa que se dijo y no más porque era tarde, pero cantamos un *Te deum Laudamus* y otras oraciones, dando infinitas gracias a Nuestro Señor, porque había dado fin a tan largo y trabajoso camino y porque hallamos la tierra tan otra de lo que nos metían en las islas. La iglesia es de palos y paja como las demás casas del pueblo; habíamos determinado de no recibir nada de aquellos españoles mientras nos durase el matalotaje para no atarnos, para no les poder predicar la verdad; era grande indiscreción hacer otra cosa, que no muriéramos todos allí según salimos de la mar que aun con muchos regalos había mucho que hacer hasta volver en nosotros. Así repartidos comimos muchos días y aquellos señores cristianos lo hacían bien, y nos daban altamente de comer según la costumbre de las Indias. El pan eran tortillas y si son bien hechas como los españoles las comen y calientes ha de ser bueno el pan que las hubiere de hacer dejar; dábannos también a beber vino y corríanse si no lo bebíamos. En lo de las camas ni nos dieron ni nos ofrecieron nada porque ellos no tienen sino ajuar de frontera y así dormíamos en la iglesia sobre la tierra desnuda, las capas por cabecera. Este regalo hallamos para descansar de los regalos de la mar; pues teníamos por gran regalo el poderarnos destender en la cama y saber que no nos

habíamos de meter a ella como en cuna. En la tarde fuimos al pueblo de los indios; hizonos gran lástima verlos sin ningún conocimiento de Dios trabajaban aquel día; finalmente infieles. No tienen orden el pueblo sino una casa, allí, otra allí, las casas de paja cubiertas, la puerta tan larga cuanto es de alta la casa de tres palmos porque no quieren que nadie los vea. Hicimos colación en casa del cacique señor del pueblo, y saconos la tacita de beber, que es la mayor fiesta que ellos hacen a los huéspedes que vienen a su casa. Después nosotros concertamos nuestra vida y decíamos misa, vísperas y completas, cantadas, donde jamás se dijeron y con todas nuestras fuerzas loabamos al Señor que en aquella tierra había sido y era tan ofendido. En aquella provincia era gobernador don Francisco de Montejo y antes que desembarcásemos, le enviaron a decir con posta, que fray Bartolomé de las Casas era llegado allí por obispo con una *hueste* de frailes de Santo Domingo y luego envió allí al teniente de gobernador que era hijo del ya dicho y un cuñado suyo mandando que nos hiciesen toda la fiesta posible y que si quisiémos entrar la tierra dentro de Mérida a la ciudad donde él estaba que nos proveyesen de cabalgaduras y de todo lo necesario. Con esto se acrecentó el buen tratamiento que nos hacían, que era todo lo que ellos podían. Desde a pocos días pareció al padre vicario que no debíamos ir a sus casas, pues nosotros traíamos de comer aunque no muy bueno; pero fuéronnos tan importunos los seglares que no bastó enojarnos y decirles que nos llevaban por fuerza, y que no se los agradecíamos para que nos dejasen, sino que a mal de nuestro grado nos hacían recibir molestos servicios;

pero desde a poco tornó a romper el vicario con ellos, diciéndoles que no quería que fuésemos a sus casas ni nos estaba bien y así nos reducimos en una casilla en que tenían el cepo, las paredes de varas sin lodo; pero nosotros las cubrimos de hojas de palma para que no nos vieses desde la calle y allí estábamos padeciendo no sé si muy discretamente, pero el celo de todos era bueno; comíamos biscocho malo, mohoso y amargo, bebíamos agua la cual es mala en este pueblo y poca y cuando corría cierto aire olía mal; cuando no había pescado comíamos un tasajo de vaca; también hacíamos migas de biscocho y por hay pasábamos como podíamos con harto trabajo y necesidad; pero temíamos tanto la conversación de los españoles no nos trajesen a parecernos bien sus cosas, como han hecho a otros muchos frailes, que por no caer en esto, dábamos lo demás por bien empleado. De lo que sobró del mataloje vendió aquí mucho pesquera, y se dio también a trueque de unas campanas que compramos y parte de ello se repartió entre los vecinos, así como biscocho, habas, garbanzos y tasajos que no hay allí y otras cosas y nosotros traímos mucho de ellas, aunque de muchas cosas del matalotaje se perdió mucho, y en algunos no se acertó mucho, así como en el pan y en carne y en otras cosillas; en otras se acertó bien y se aprovechó por mar y por tierra y hubo que dar que vender y que guardar, y aunque en gran manera deseábamos vernos sin nada, porque este deseo fijó mucho Nuestro Señor en nuestros corazones, de vivir en suma pobreza y no ensuciarnos con cosa de este mundo, pero todavía pareció prudencia guardar algo hasta saber la tierra donde íbamos y así nos quedó algún vino,

aceite, harina, pan, garbanzos y otras cosillas. El señor obispo se vio aquí en grandes trabajos, porque solo el clérigo lo conoció y recibió por obispo, los demás hallando en las provisiones ocasión para ello, no lo conocieron ni recibieron y se le desacataron, y padeció el buen viejo aquí grandes trabajos; pero los españoles holgaron mucho de la ocasión que hubo en las letras para no lo recibir porque entrañablemente lo aborrecen muchos de las Indias y le heberían la sangre si pudiesen. Acarrióle esto grandes trabajos, porque no le acudieron allí ni en la ciudad con diezmos ni con nada para pagar los fletes y así se vio en grandes aprietos y angustias, y envió a Chiapa a pedir parte y el clérigo de allí le prestó parte y nosotros le dimos vino y harina y otras cosillas de que hubo allí cien Castellanos; y así pasó como pudo aquel trago, quedando con muchas deudas.

Aunque sea extraño de nuestro intento; pero por satisfacer y contentar en alguna manera a lo que en España esto leyeren, diré dos palabras de esta tierra en que primero entramos, y de las costumbres de sus habitantes, según vimos y oímos a los españoles que allí moraban.

Esta se llama la provincia de Yucatán, tendrá ciento cincuenta leguas de largo, confina con la provincia de Honduras y de Guatemala y de Chiapa y de Tabasco es tierra muy poblada y muy sana, comúnmente es muy calurosa, aunque esto de Campeche es templado y por el tiempo que allí estuvimos hacía frío por la mañana. Es tan grande allí la menguante de la mar que casi la perdíamos de vista. Las aguas comienzan aquí por el mes de abril hasta mediados de octubre, de allí adelante hace sol, aunque los calores y las aguas

vienen juntos y el sol y el frío. Siembran los panes por abril, cógenlos después de todos Santos. Llamán al trigo de esta tierra los españoles *maíz* y en lengua mexicana que es común en todas estas indias le llaman *Taulí*. Hácese la espiga en medio de la caña a manera de zanahoria, cubierta de muchas camisas; pero ya mucha de esta hay en España y allá lo llaman trigo de las Indias. Hacen el pan de esta manera, si ha de ser muy bueno, despuntan cada grano de por sí y después cuecen una olla de ello con cal y después que lo han bien lavado, muélenlo las mujeres en unas piedras y este es continuo oficio y trabajo de las mujeres de las Indias; después hacen *pellas* de masa y ponen sobre un poco de fuego un plato grande de barro que llaman acá *Comali* y sobre aquel cuecen cada pan de por sí como una tortilla de huevo, y así llaman los españoles a estos panes *tortillas*. Si se come caliente es muy sabroso este pan, y podíase comer por fruta de sartén; pero si está duro está como suela de zapato y sin sabor y así no lo comienzan a hacer hasta que se sientan a la mesa; por supuesto los indios como quiera lo comen y este es pan común de todas las Indias. La fruta que allí hallamos era patatas, aunque por acá se llaman camotes y no son tan buenas como en las islas. Hay también xicamas que son raíces, que así como los camotes nos las comíamos porque nos sabían a nabos crudos; pues es muy gentil fruta y muy fresca para de camino y conservasen muchos días y es jugosa y sábenos ahora a puerros verdeñales, comenzaba haber otra fruta muy buena que es del sabor; que en el Andalucía llaman cervas y aquí llaman sucozapot. Comenzábase a dar aquí seda y ganado va-

cuno y ovejuno para lo cual parece la tierra aptísima. Decíamos que ogaño habían comido allí muy buenas uvas; vimos en casa del alcalde un injerto de higuera de cinco meses con brebas grandes y higos pequeños; de todo hay poco por que ha poco que esta tierra se pobló, aunque fue la primera que se descubrió y conquistó; pero como la insaciable codicia de los españoles no halló aquí oro, desampararon esta tierra después de haber hecho en ella inauditas crueldades y males como el día de hoy se hacen. Tiene poca agua este pueblo por la negligencia de los españoles, y aunque es buena, pero cuando corre viento de tierra huele mal. Hay abundancia de cera y miel, de que los indios pagan tributo a los españoles sin ninguna tasa ni medida, porque su codicia no la tiene, y así decían que se acabará presto porque no solo daban las de sus colmenas pues no paran buscándola por los huecos de los palos, y los españoles venden todo aquello a los mercaderes españoles que los llevan a México y a Chiapa y a todas partes. Las abejas no tienen aguijón porque todo es manso lo esta tierra, como los hombres naturales de ella. Algodón hay mucho pero ellos no lo gozan porque hecho mantas lo tributan a los cristianos y si algo les sobra vendenlo para comprar gallinas para el tributo. Allende de estas cosas dan a los españoles todo lo que les piden y las mujeres y los hijos para navorías que es un género de servidumbre y ellos vienen a servir a los españoles o por bestias para llevar las cargas de los mercaderes o por alquiler que lleva al amo, o para traer agua o leña, todo lo que es menester, todo lo cual acarrean sobre sus desnudas espaldas; todo esto vimos allí. Hay en esta tierra tigres, leones, venados y papagayos di-

versos, esto es común por estas partes; todos son los naturales de esta tierra de Yucatán muy lindos hombres, que es placer verlos; andan desnudos como arriba dije; las mujeres son feas y abominables, andan descalzas y el cabello suelto y una manta rodeada y mal atada, traen desnudo del ombligo arriba y de la rodilla abajo es abominación verlas. Algunas veces se cubren con una manta como sábana, no la lavan desde que se hacen hasta que se hacen pedazos; los principales traen unos que llaman güipiles, que les cubre todo el cuerpo a manera de sobrepelliz de clérigo sin mangas sino unas aberturas para los brazos. Son blancos y sembrados de rosas coloradas o amarillas, es hábito hermoso; los principales traen por calzado unas suelas como de alpargates, con cuello por detrás muy pintado y labrado y presas por delante unas cintas coloradas y un botón, paréceles bien. Todo lo que visten y calzan los indios es labrado galanamente con plumas de diversos colores y con algodón colorado y amarillo. Todas las gentes de estas provincias son infieles y sin bautizar por no tener quien les enseñe nada, porque los cristianos que el rey les ha dado por curas mandándoles que se sirvan de ellos con condición que los enseñase y traigan al conocimiento de Dios, no les enseñan sino lo que ellos hacen que es robar, deshollar, matar hombres, estuprar doncellas, sin ningún freno ni medida. Así solía ser al principio y así lo es allí ahora; hacerles una iglesia y pónenles por imagen un feroz español con una cruz en la mano y una espada en la otra, caballero en un caballo matando hombres. Esta llaman imagen de Santiago y esta les mandan reverenciar y apenas se halla pueblo sin ella; hincan también una cruz

y si llueve mucho o hay falta de agua, o pestilencia o otro mal luego dicen los indios que aquel palo lo hace y ruegan importunamente a su amo que se lo quite de allí. El no les sabe decir sino que aquel palo es buena cosa y que el vaya para perro bellaco que no quiere creer en Dios y a nosotros nos decían que eran emperrados aquellos indios y que no adoraban la cruz. Veís aquí algo de lo que para con los cristianos: derribados los templos y así tienen los ídolos escondidos por los montes y cada día hallan sangre derramada de los sacrificios y fiestas y tiestos de sahumeros; pero no sacrifican hombres ni comen carne humana, ni se halló jamás rastro de sodomía en esta Provincia; pero no han faltado entre algunos quien lo enseñase. Ahora no creen la inmundicia del alma, cuando alguno muere entiérranlo en su casa y deshácenlo luego; compran la mujer por un arco y dos flechas y está con ella un año en casa del suegro y después llévala a donde quiere; antes que se acabe el año la puede dejar, pero después no. No hay caciques naturales en estas tierras por que no ha muchos años que por sus tiranías los mataron los esclavos que hacían y se levantaron por señores, y así no los tienen en nada y sin mandar y regir es por ruegos. Estos comúnmente están bautizados, digo los señores, porque sus amos se los mandan y cuando les agrada a los españoles alguna india llévanla al clérigo para que la bautice porque se les hace escrúpulo llegar a infiel, y con aqueste catecismo hay algunas indias bautizadas más que indios; y un español concienzudo me dio esta razón tratando de esto. Ninguna doctrina poca ni mucha hay en esta provincia más que la dicha. Cuatro frailes franciscanos decían

que estaban allá en la ciudad que llaman de Mérida; pero ni aun ellos trataban de doctrinar a los indios porque eran allí recién venidos. También andaba allí un fraile mercedario; dicen que valientísimo hombre que ni bastaba justicia ni nadie se podía valer con él. Un carmelita dicen que anduvo mucho allí y descalabró muchos indios; pero dicen que no mató ninguno, sino diz que cuando lo tenía aturdido llamaba a otro que lo matase diciendo que no quería él quedar irregular. Los clérigos y los cristianos han tratado todos en una cosa; veis aquí los apóstoles de esta tierra porque veáis cuan culpables son los indios que no han creído el evangelio que les han estado predicando. Nosotros no quisimos tratar con los indios de hecho porque no pensábamos parar allí; pero con todo eso enviaba el padre vicario muchas veces a hablarles y consolarles y por un intérprete les decían no sé que, pero con aquello solo, no los podíamos echar de nosotros y se venían a casa y se estaban allí y alzaban los ojos y las manos al Cielo pidiéndonos por señas que les dijésemos algo de Dios y las manos juntas decían Jesús, Jesús. Grandemente nos quebraba esto el corazón viendo su aparejo para recibir la doctrina y que no había quien se las diese, y llorábamos acordándonos cuantos buenos frailes se están ociosos en Castilla, que tendrían bien aquí en que se emplear y como se les pierde allá la vida aderezando instrumentos para salvar hombres sin entender en ello. De estos males que los españoles hacen aunque son públicos y notorios los echan de ver poco los obispos y los religiosos; antes muchas de estas cosas las aprueban y tienen por necesarias, diciendo que todo es necesario para que los españoles se puedan acá

sustentar; pero Dios nuestro Señor nos abrió los ojos desde el principio para que les viésemos y asistiésemos y temiésemos el ser ciegos como los demás, para lo cual nos hizo mucho al caso después de la misericordia de Dios, primeramente la doctrina santa y católica que aprendimos y los avisos que de nuestros maestros de esto traíamos y preceptos de los que nos querían bien y la compañía Santa del señor obispo que a los principios nos dio gran lumbré de todo y el no entrar en nuestra compañía ni fraile ni otra persona que tuviese diferente parecer del nuestro. Con esto estuvimos todos tan a una como si todos tuviéramos un mismo corazón y un ánima y ninguna cosa osó ninguno hacer sin el parecer de todos; que para cada cosa que ordenábamos nos juntábamos y la platicábamos y la disputábamos antes que la comenzásemos.

XXXV

*De los primeros religiosos que salieron de Campeche
para Tabasco y cómo se perdieron en la laguna
de Términos*

Gran pena teníamos por ver el mal aliño que había para pasar adelante, porque nos quedaban hasta Chiapa ciento veinte leguas y las primeras sesenta hasta la villa de Tabasco, eran más dificultosas porque habían de andarse por barcas grandes que andan por aquellas costas, y esto hacíase nos muy dificultoso, porque no teníamos ganas de entrar en la mar, ya que Dios nos sacó de ellas vivos, y se había de andar en canoas; y esto parecía imposible, lo uno por ser las canoas pocas y nosotros muchos y mucho nuestro hato y el del señor obispo, porque entre él y nosotros llevábamos muchos libros con sobras de matalotaje, campanas, relojes, órganos, baratijas necesarias para su casa y para la nuestra y parecíanos cosa peligrosa y poníanos grande espanto ir en ellas, alende del que nosotros nos teníamos, especialmente por la mar donde hay grandes olas y nosotros vestidos y atados y sin saber nadar y sin entender los indios que nos habían de ayudar y llevar por tierra decían que no podía ser por las grandes ciénagas y lagunas que hay y porque los mosquitos nos comerían en vida; pesados todas estas razones, nos pareció mejor ir en barca; al padre vicario le

pareció mejor ir en canoas; pero viendo que no las había, acordó luego que fuesen en una barca que ya estaba de partida, y allí metieron buena parte de nuestro matalotaje, señaladamente muchos libros nuestros y del señor obispo, aunque ya la barca estaba cargada; y allí entraron fray Agustín de la Hinojosa por vicario, fray Gerónimo de Ciudad Rodrigo, fray Dionicio Bertavillo, fray Alonso de Villa Sante, fray Miguel Duarte, fray Martín de la Fuente, fray Franco de Quezada, fray Felipe del Castillo, fray Pedro de los Reyes, fray Juan Corrión, que eran los diez por todos. Domingo a 18 de enero en acabando de decir misa nos abramos todos y despedimos y ellos se fueron a embarcar y nosotros a misa mayor. Los barqueros codiciosos de ganancias viendo que iba mucha gente y que la barca iba muy cargada, alzaron velas antes que la visitasen y fuese. Nosotros quedamos encomendándonos a Dios y a nosotros suplicándole nos guiase en su voluntad y esta fue la principal ocupación mientras que allí estuvimos, darnos a oración, de noche y de día, no solamente en las oraciones comunes, pero en particular no entendíamos en otra cosa, cada uno en su rincón o de la iglesia o de la chozuela donde dormíamos, o sentados a la orilla de la mar, sin que nadie ni indios ni español se quejase de nosotros. También predicamos a los españoles los domingos y las fiestas, cada uno el día que le encomendaban; pero de los males y tiranías en que estaban no les decíamos directamente nada, lo uno porque tenían allí su prelado que se los decía sin pepita y en público y en secreto diciéndoles que no se podían salvar en aquella vida y que eran robadores públicos e infamadores del evangelio y

otras cosas como buen pastor que se dolía de la perdición de los suyos; lo segundo, por que teníamos por cierto que no aprovecharíamos nada, como veíamos que no aprovechaba nada de lo que el obispo decía, antes se empeoraba teniéndolo por hombre de malas entrañas y que era enemigo de los españoles. Y como viésemos esto y la gran desvergüenza en pecar, teniendo la casa llena de mujeres y de tiránico servicio, dejábamoslos sin decirles nada en común, aunque en particular respondíamos a lo que se ofrecía. Con todo eso para el día en que todos nos habíamos de partir, se encomendó a fray Alonso de Villalva que les predicase sus tan manifiestos males y él lo hizo tan sabia y cuerdamente como él lo sabe hacer todo; él les dijo el sueño y la soltura con tan dulces palabras que a nadie desabrió y dejó la puerta abierta para que preguntasen lo que dudasen a sus huéspedes, porque aquel día por ser el postrero y por su mucha importunación y nuestra gran necesidad, estaba determinado que comiésemos en sus casas, de la manera que al principio, a donde se los acabamos de declarar y muchos quedaron confusos y espantados de ver cuan a una y cuan ciertamente les afirmábamos su condenación. Hizo esto mucho al caso haber ya ellos tomado concepto de nosotros como de gente buena y cuerda; algunos se quisieron confesar pero sus confesiones querían más espacio; pero dijímosles algo de lo que habían de hacer y creo que por las misericordias que nos habían hecho les puso el misericordioso Dios un deseo de salvarse y nos fueron tan importunos que tomásemos allí posesión para un monasterio que la hubimos de tomar aquel día que era domingo, día de la conversión de San Pablo y tomose junto

a la mar entre el pueblo de los indios y el de los españoles, creyendo nosotros que visto lo de Chiapa volverían allí algunos, porque nos pareció que había aparejo para lo que pretendíamos, y aun para más. Los indios nos hicieron donación de aquella tierra delante de escribano y aquello fue lo primero que la Orden tuvo en aquellas tierras, aunque no se pobló. Estando aquí tratamos si sería bien pues ya estábamos en las indias enviar a México a hacer saber al prelado de nuestra venida para que proveyese de nosotros lo que más le agradace y pareció a todos los padres que se debía dejar hasta que llegásemos a Chiapas, pues para ella rezaban nuestras licencias y allá nos enviaban los prelados de España y así se quedó. Otras muchas cosillas había que contar de esta tierra donde por no poder más, nos detuvimos tres semanas; pero ni se puede contar todo ni hay para qué.

Paréceme que el caso que quiero contar pide al principio, como suya, aquella autoridad del Profeta: *quis davit capiti meo aquam et oculis meis fontem la crimarum et plorabo, die ac nocte, interfectos filios populi mei...*? Muchas lágrimas se han derramado sobre él; pero él fue tal que jamás podrá ser bastantemente llorado de nosotros porque fue fin del placer, si alguno tuvimos hasta entonces, y fue principio de grandes trabajos que padecimos y lo sentimos mucho por faltarnos la consolación que aquí perdimos. Ya dije como fray Agustín con nueve compañeros se partieron de nosotros con gran tristeza y lágrimas, que aunque pensábamos vernos en breve por otra parte parece que el Espíritu nos decía que nos despedíamos para siempre, y así dábamos unos suspiros cuando de

nosotros se apartaron, como que jamás nos hubiésemos de ver; especialmente daba esto el Espíritu del padre vicario, que sin saber por qué ni por qué no arrostraba el que los frailes se fuesen en la barca pero ninguno otro remedio había, sino aquel, o estarnos allí, o salir de dos en dos y que tardara medio año en salir el hato y nosotros también. Los vecinos nos decían que no podíamos salir sino en barca, y el obispo tenía por locura otra cosa, decía que si no queríamos ir en barcas que él se iría por otra parte y que nosotros aguardásemos canoas, con esto se inclinó el padre vicario contra su voluntad a lo que dicta la razón y todos queríamos; pero debíerose mirar si aquella barca sufría, pues estaba tan cargada, que le echasen otras veinte cajas nuestras y del obispo y diez frailes y un mancebo que los serviese de los que venían con nosotros de España; pero en fin somos hombres y tenemos limitada prudencia y no lo podemos mirar todo. La barca era vieja y en demasía cargada, porque debajo de cubierta llevaba muchas mantas y cera y encima del mástil que había, un estado en alto de costales de sal y por añadidura veinte cajas nuestras y más de cuarenta personas con su matalotaje. La barca era vieja y hacía agua y con la mucha carga no anduvo con buen viento, el domingo y el lunes, más que treinta leguas. El lunes llovió mucho y como no tenían amparo en la barca mojáronse mucho y no pudieron aderezar nada de comer y así pasaron mal día; el lunes en la tarde vino el norte aire de quien se dijo: *Ab Aquilone pandetur omne malum...* y creo yo que lo soplaría y ayudaría el que *sedere voluit in monte testamenti* & porque sabía lo que la barca llevaba. Ya pensaban en

Campeche que la barca estaría en Tabasco, cuando el norte vino. Otros la encomendaban mucho a Nuestro Señor. Habíanse metido bien diez leguas en la mar, diciendo que si hubiese después viento de la mar que podrían arribar a Tabasco, antes que los arrimase a tierra y cuando el norte comenzó a soplar, ya todos estaban durmiendo; pero como la barca era vieja y muy cargada hacia tanta agua que no la podían los marineros vencer y como las mantas iban debajo empapábanse en agua y cargaban más la barca sin sentir, y como vieron los marineros malditos que la mar se embravecía no echaron nada de la barca para aligerarla, sino volvieron aunque tarde las espaldas al viento para que los echase en tierra para guiar allá la barca. En esto vino una ola grande y como la barca iba muy metida pasó por encima la ola y sumió la barca tanto que les daba el agua a los pechos dentro la barca, los frailes estaban sentados encima de las cajas y como la ola fue grande y furiosa trastornó la barca un poco y dio con las cajas en el agua y con ellas muchos seglares y a fray Agustín y a fray Felipe del Castillo y a fray Pedro de los Reyes. El mancebo que iba con los frailes, que se llamaba Segovia, que era gran nadador desnudose presto y creyendo que los frailes lo habrían menester, comenzó a dar voces al prelado diciendo padre fray Agustín; pero ya él había escapado de la tormenta de esta triste vida y dejado la barquilla de su cuerpo y así no respondió. Mirando por los demás y dándose voces unos a otros hallaron que faltaban estos tres aunque no se oían con el ruido del viento y de la mar, quedó fray Dionicio Bertavillo abrazado con el mastil y cercado de muchos seglares que a grandes voces

les decían y confesaban sus pecados, él les santi-
guaba y decía que llamasen a Dios y le pidiesen
perdón. En esto vino otra ola que acabó de volver
de lado la barca y de esta vez se ahogó fray Dioni-
cio con muchos seglares. Esta ola echó también
de la barca a fray Francisco de Quezada y al man-
cebo Segovia y a otros seglares y al pobre de fray
Gerónimo de Ciudad Rodrigo al cual fue un con-
tinuo martirio toda la navegación, tanto que cada
hora miraba al mástil y al timón y toda la jarcía
y siempre daba voces a los marineros; cuando se
meneaba el navío, pensaba que iba a fondo, tanto
que muchas veces nos hacía reír y muchas le
habíamos lástima de ver la angustia que él traía
y de miedo de ir en canoas, aunque mal dispuesto,
quiso ir en aquella barca. De estos que cayeron
se ahogaron muchos y otros que sabían nadar vol-
vían a la barca de los cuales fueron fray Francisco
y Segovia; fray Francisco cayó debajo del agua y
ahogándose topó con una sogá debajo del agua
y asiose a ella y por allí subió a la popa que no
iba cubierta con el agua y allí se asió fuertemente
a una argolla donde atan las áncoras. Estando
allí vino nadando fray Gerónimo y dando voces
pidiendo a fray Francisco que le ayudase; él le
extendió el pie para que se asiese; pero una ola
lo apartó, pero él tornó nadando dando voces; ex-
tendíole otra vez y volvíolo a apartar la ola, apar-
tándolo y tornando a nadar y dando voces, exten-
dióle otra vez el pie y tornólo apartar la ola por
tercera vez y se lo llevó donde nunca más tornó.
En esto apareció fray Alonso de Villa Sante y fray
Martín de la Fuente metidos en el batel; pero
estaba desfundado y a ellos les daba el agua a la
cintura y las olas llevaban al batel fuera; pero

como la barca estaba de lado y sus velas y jarcia tendidas por el agua hacíase a ellos el batel y no podía salir, y así le socorrieron y metieron encima de la barca; pero como estaba de lado y no había de que se asir y estaban molidos y como fuera de sí, desde a poco se cayó fray Alonso y murió, fray Martín que era más recio estuvo allí un rato y revesó el agua que había bebido. Desde a poco cayó desmayado sin poderlo remediar porque había de ser nadando y como estaban desmayados y sin fuerzas no sabían que se hacer; fray Juan Carrión estuvo un rato asido a la jarcia y allí nadando le quisieron quitar el escapulario; pero dijo que pues no lo podían sacar lo dejaran morir en su hábito, y así encomendándose a Dios, murió. A fray Miguel Duarte socorrieron y lo pusieron en buen lugar de donde les dijo a los que se ahogaban y a los que quedaban el credo y la letanía; pero como la barca se trastornaba de una parte a otra porque llevaba las velas tendidas y cojías el viento y volvía la barca, y como estaban desmayados del día y la noche pasada sin comer y como fuera de sí, a las vueltas de la barca, cayó él y se ahogó. Todos estos trabajos vio el triste de fray Francisco, viendo con sus ojos las muertes de los más de sus hermanos, esperando cada hora la suya; pero tuvo mejor lugar de donde se asir que fue en proa, donde suelen estar las anclas y como la barca es allí angosta aunque se volvía y lo tomaba debajo, fácilmente se volvía él de la parte de arriba y aunque la mar lo echaba fuera como él sabía nadar fácilmente se volvía; pero los grandes golpes que la mar le daba cuando venían las olas, alzándolo y levantándolo en la barca, quedó molido y descoyuntado; pero en fin escapó con un

sayuelo y escapulario sin otra cosa ninguna. Quedó medio ciego y abrumados los huesos y desnudo en carnes; después se vistió la saya de fray Martín y con ella anduvo muchos días. Ahogáronse por todos treinta y dos personas, nueve religiosos y los demás seglares, algunos mancebos y buenos mandadores, y salió entre los otros un mercader viejo de setenta años y de los gordos y pesados que he visto; escapó por no desasirse de la barca. Allí estuvo con el agua a la garganta y después queriendo los que escaparon subirlo en alto no podían, y deciales: "Señores asidme de esas barbas y tirenme y no me habeáis duelo" así lo subieron de las barbas y los cabellos. Comenzaron a ahogarse día de San Sebastián después de medianoche y acabaron de ahogarse los que se ahogaron el mismo día de San Sebastián, al mediodía. La tormenta duró hasta la tarde no se desayunaron ni comieron bocado hasta el jueves en la tarde. Veis aquí el caso triste como pasó, triste digo para nosotros, no para vosotros compañeros amantísimos, por cuya compañía dejamos nuestras provincias y parientes y casas y todo lo teníamos junto en vosotros; gran bien nos fuera que como nos amamos en vida así también no nos apartáramos en la muerte; o fray Agustín con toda vuestra compañía como nos faltasteis al mejor tiempo, cuando vuestros consejos y prudencia cuando vuestra ayuda nos era tan necesaria. Mucho agradasteis a Dios pues tan presto os quiso llevar para sí; de vosotros se podrá decir que *consumati in brevi esplevistis tempora multa* pues tan presto alcanzasteis la victoria dejándonos a nosotros apenas en el principio de la batalla; llevoos Dios como a Enoc, porque la malicia de estas tierras no os trocase por dicha

vuestros corazones y dejástenos acá privados de lo que a vosotros ya os sobra. Poco trabajasteis en las Indias; pero en memoria eterna seréis en ellas, seguros de no oír mala palabra y nosotros no. ¿Qué dirán todos, sino lo que decían en Santo Domingo, que el deseo del oro que aquí nos traía nos daría el pago que mal fin hubiésemos, pues turbábamos la tierra? No oiréis vosotros esto, y si lo oyereis, reiros habéis; pero nosotros lloraremos, y plugue a Su Majestad que, *tristitia nostra vertatur in gaudium* y que por vuestras oraciones gocemos de lo que sin duda creemos que gozáis, porque conocemos vuestras obras y vuestros servicios; ¿quién no conoció las letras, y la prudencia de fray Agustín? En todo era el primero y más eminente, y en la humildad más que en otra cosa. El era el primero en servir a la mesa, a servir al enfermo y cualquiera cosa de humildad; descuidadísimo de sí y cuidadoso de lo que a todos les convenía, nunca una palabra áspera y de murmuración se le oyó; en todo era pies y manos del prelado y padre de todos. Fray Gerónimo era tan paciente que jamás lo vio nadie enojado, ni de burlas ni de veras, con ofrecerle cada día mil ocasiones. Como el trataba todo lo temporal, cada día lo reñía el padre vicario sobre lo que traía, o que no era bueno o que era caro; jamás le vimos volver palabra al prelado sino con tanta paciencia deshacía lo que había hecho, como lo deshiciere otro extraño. Pues de la caridad de fray Martín, no sé que diga, sino que si yo pintase las obras de misericordia, a él lo pintara sirviendo a los enfermos. En los dos de Valladolid perdió el prelado dos alas con que había de cubrir los frailes; y la comunidad, dos columnas con que se había de sustentar; y finalmente

todos eran tales, que parécenos ya una nada sin ellos y temo que por nuestra soberbia, nos los quitó Dios porque más parece que estribábamos en el negocio que veníamos a hacer en su bondad de ellos, que en la bondad del negocio y de cuyo es; y más veces decíamos a tan buena gente no le ha de faltar Dios, que no un tan buen Dios no nos ha de faltar. Finalmente Dios se los llevó sin ninguna duda a su gloria y creemos que si algunas penas debían, que con el agua de la mar y angustias que pasaron los purgó Nuestro Señor.

Volviendo a la barca, acabada la tormenta poco a poco echó la mar a la barca tal cual estaba a la ribera. Llegó el jueves muy tarde a encallar en tierra; los que allí venían, venían más muertos que vivos; de ellos salieron algunos nadando de ella como pudieron, que allí está baja la mar; al viejo sacaron atado con sogas y después lo vimos en camisa y saragüelles como una gran cuba. Salió la barca en la isla que llaman de Términos y es que allí salen dos brazos de mar muy anchos y entran mucho en tierra y ciñense allá arriba con unas grandes lagunas y hacen una isleta que llaman Términos de siete leguas de largo. Allí salió la barca, entraron por aquel monte y hallaron una frutilla silvestre que llaman icacos, que aunque es como ciruelas, no tiene que comer como una ruín cereza; hubo cuatro o cinco para cada uno, uno buscó agua y les trajo una poca. El jueves cuando aun se estaban en la mar, vieron pasar por tierra unos cristianos, que a ratos iban en caballos y cuando no podían iban en canoas; uno de los que escaparon que se sintió con más ánimo fue tras ellos y halló que ya querían entrar en canoas para pasar la boca de la laguna y contoles el caso y

como los españoles son en esta tierra comúnmente cumplidos con otros españoles y humanos volvieron a ellos y diéronles de comer de lo poco que llevaban porque como son despoblados, siempre hay poco que comer. Después se fueron los españoles su camino y los escapados se fueron con ellos; dejaron a fray Francisco atrás dándoles una canoa e indios que los llevasen; pasaron gran trabajo y pensaron morir de hambre como iban ya tan gastados, ya Segovia desmayaba del todo y perdía la esperanza de vida, fray Francisco lo animaba diciéndole que pues Dios los escapó de la mar que no los dejaría perder y con esto caminaban hacia Campeche donde nos habían dejado. Los españoles que se adelantaron, llegaron a un pueblo que se llama Champotón que está diez leguas de Campeche y contaron el caso al cacique el cual era cristiano y nos había ido veces a ver a Campeche y héchonos limosnas. Espantose mucho e hizo mucho sentimiento y como les dijeron que dos padres quedaban allá atrás, que eran fray Francisco y Segovia que traía una saya de fraile y un bonete; envió luego dos indios con tortillas de maíz y una gallina aderezada: los indios fueron y como no los conocieron por padres viéndolos medios desnudos y el uno con bonete, diéronles de la comida que llevaban para sí y no la demás, hasta que después tarde sí les conocieron ser aquellos los padres; y como comieron aquel buen manjar porque lo que los cristianos les dieron no era de sustancia sino naranjas y no sé qué; con el buen manjar esforzaronse y aunque ya se querían morir, todavía anduvieron dos leguas que ya mucho atrás habían dejado las canoas. Andadas las dos leguas tornaron a comer y desmayaban porque no sabían si

estaban cerca o lejos; pero aun no les faltaba dos leguas por andar. Estando allí caídos soltáronse los caballos al que los cuidaba en Champotón y tiraron por el camino de los cansados: como fray Francisco los vio dijo: hermano no nos tiene Dios olvidados pues tras la gallina nos envía caballos; porque ellos no entendían por donde venía nada. Aseguraron los caballos y tomáronlos y cabalgaron en ellos y en poco rato llegaron al pueblo de Champotón. El cacique recibíolos bien y tratolos humanísimamente y no sabía placer que les hacer; y pues quedan descansando, dejémoslos, que lo han bien menester, y volvamos a los demás que quedan en Campeche.

XXXVI

*De la salida de los demás religiosos de Campeche,
Hega allá la nueva del naufragio y
sentimiento que se hizo*

Partidos nuestros hermanos de Campeche, viendo que tanta gente y hatos no podían salir de allí sino en barcas, porque decían que no había canoas, sino para tres o cuatro cuando más, y que las barcas era cosa segura porque jamás hombre peligró en ellas, porque aunque padecen tormenta, como van a orilla de la tierra, luego la barca encalla, y aunque ella se quiebre todo lo que lleva se escapa y esto es cosa muy platicada que después la vimos muchas veces, sino que aquella desgracia tan extraña estaba guardada para nosotros por justos juicios de Dios, determinamos entrar en barca y el padre vicario, aunque de mala gana, se conformó con el parecer de todos y al presente estaba allí una muy buena barca y nueva. Allí metimos todo lo que restaba de nuestro hato sin que nos quedase nada y esto también fue parte para que aceptásemos el convite de la partida, según que arriba tocamos. Habíamos de embarcar aquel domingo en la tarde; pero hubo cierto embarazo en la barca y así no nos pudimos embarcar y con esto hubo lugar de tomar la posesión del sitio que arriba dijimos, y como ya no teníamos nada hubímonos de ir a cenar a las casas donde habíamos comido. Las

camas que eran siempre la tierra no nos faltaron. Aquella noche vino un bravo norte que duró hasta el martes de mañana, y así no pudimos salir; y ya entonces había ocho días que el triste caso acaeció y nosotros no sabíamos nada. Ya que nos íbamos a embarcar aquel día, después de comer, vino la marea o viento de la mar y así no pudimos salir y denodados no quisimos volver a las posadas, ni al ranchuelo donde dormíamos, sino quedámonos allí en la iglesia rezando y leyendo; ordenándolo así Nuestro Señor porque sabía que nos convenía velar y orar para la tentación y trabajo que nos esperaba. Era la fiesta y traslación de Santo Tomás y acordamos de cantar las vísperas y las completas; y estando en las completas, sacó del corrillo un hombre al padre vicario; no supimos que le dijo; pero como lo vimos santiguarse, presumimos que había algún mal, aunque no supimos el que era. Acabada la salve mandonos que nos sentásemos todos en el coro y estuvo un rato añudado que ni nos podía ni sabía decir nada. Estábamos todos callando, y a cabo de un ratillo, dijonos: padres, nuestros hermanos son ahogados; y quiso añadir más y no pudo. Yo, cierto, no basto para explicar lo que sentimos; cada uno lo podrá imaginar. Como el padre vicario no pudo hablar, arrojámonos todos en tierra, él y nosotros, y allí caídos y postrados delante del altar, lloramos amarguísimoamente, con tantos sollozos y gemidos que los que allí acudieron no sabían inancilla; ¿pero quién no había de llorar; aunque tuviera el corazón de hierro, una pérdida tan grande, un mal tan incurable? Allí se nos pusieron delante nuestros deudos y parientes, que dejamos, nuestras casas y monasterios y padres y hermanos espirituales que por aquella

compañía trocamos; allí se nos pusieron las angustias que en esta tierra esperábamos, según lo que ya habíamos gustado, las necesidades de los indios, lo que los españoles dirían, todo se nos puso delante y teníamos los corazones como presos, con ponzoña y el cuerpo como embarado que no nos podíamos menear. ¡Oh Santo Dios que hora fue aquélla! ¡Qué punto tan espantable! Los indios que allí estaban, estaban como atónitos, porque nos veían y nos oían y no sabían la causa de aquellos efectos. Después nos levantamos y comenzamos a decir un responsorio cantado; pero en comenzando fray Vicente "Liberame domino" se nos estremecieron los huesos y fueron tantos los sollozos y lágrimas que lo dejamos de cantar y apenas lo acabamos rezado. Después allá bien tarde tomamos aliento para decir una letanía por nosotros, más que por ellos, porque de la gloria de los difuntos no dudábamos; pero no teníamos certidumbre de los vivos, porque ya decían que eran dos, ya que era uno, y que se llamaba fray Francisco, esto confirmaba en una carta que nos escribió el maestro de la nao que por el concierto que hicimos en Santo Domingo nos iba a poner aquel hato en Tabasco, y aunque valía más de cinco mil ducados lo que allí se perdió del obispo y nuestro, porque lo más eran libros que acá valen mucho y Pesquera llevaba allí su parte, pero todo esto no sentíamos ni se nos acordó de ello, tanta fue la angustia que la muerte de los religiosos nos causó. A algunos se les perdieron los más de los libros, a algunos todos, como fue al padre vicario que no le quedó sino un cuarto, a fray Alonso de Villalva no le quedó ni aun breviario, ni una túnica, a fray Gerónimo de San Vicente, y otros los dejó también

pobres de libros, a otros se les quedaron todos en Campeche para la segunda barcada y así no perdieron nada. Parecimos sería bien enviar de allí algunas personas hasta donde el caso sucedió para que pusiesen cobro en la hacienda si algo pareciese y para que llevasen de comer a los que quedaron, y ofreciose a ir un hombre honrado de allí que se llamaba Diego de Arandia. Con toda voluntad tomó el camino llevando para esto todo lo necesario. Fue también con él Pesquera y otro vecino que se llamaba Ximénez. Nosotros con la lástima que teníamos, no sabíamos si ir atrás o adelante, y ya en esto era noche y de la barca nos daban prisa que nos fuésemos a embarcar, y el señor obispo quería que fuésemos con la barca y todos decían que aquel había sido un caso fortuito y que era indiscreción no embarcarnos. Con esto nos determinamos de embarcar aunque ya era tarde. En esta villa de Campeche nos hicieron grandes caridades por cierto y les somos en cargo porque veníamos muy necesitados de todo el regalo que nos hicieron, y nos muriéramos según salimos de la mar si no halláramos aquella humanidad, allende que aquella tierra es buena y sana y aunque todos lo hicieron bien entre nosotros, se señaló aquel Diego de Arandia y a su casa acudíamos con todas nuestras necesidades, y él las remediaba con toda voluntad. Para la partida nos dieron muchas mantas, cera y tocino, plugue a Dios que les aproveche para salvarse, y esto debemos siempre rogar a Dios nuestro Señor por ellos. Idos aquellos españoles con todo buen recado, llegaron a Champotón, donde hallaron a todos los que se escaparon de la barca, y sabidas las cosas que pasaban después que vio Arandia cuan bien lo

había hecho el cacique y cuan buen recado les daba para lo que faltaba, determinó devolverse a su casa porque era viejo, y Pesquera y Ximénez con fray Francisco y Segovia y algunos otros fueron su camino parte a pie y parte en canoas por la orilla del mar. Dejémoslos ir y volvamos a nuestra barca.

Aquella noche tarde y sin cenar, nos embarcamos y con buen viento alzaron velas y sobre nuestra tristeza cayó bien el mareamiento, porque no nos meneábamos de un lugar, hasta otro día en la tarde; íbamos cubiertas nuestras capas y echados en aquel suelo toda la noche y el día siguiente. Si alguno se meneaba era para echarse a bordo, para revesar y luego se tornaba a echar; no comimos ni hablamos palabra. Otro día bien tarde nos alzamos y con gran abundancia de lágrimas cantamos bien solemnemente un responsorio. Después nos repartió el señor obispo unas aves cocidas que llevaba, las cuales comimos con hartas lágrimas. No creo que frailes han sido tan llorados de frailes ni con tanta razón. Antes de mediodía nos faltó el viento con que salimos y tuvimos calma hasta otro día, a las ocho; temíamos mucho nosotros no hubiese alguna desventura, deseábamos mucho aportar aquella parte donde aquellos santos merecieron, por si hallásemos que la mar hubiese echado algún cuerpo lo enterrásemos, que nos fuera gran consolación; pero los marineros no querían en ninguna manera. Aquel día a las ocho comenzó a correr norte y los marineros con gran prisa fuéronse a semeter a una de aquellas bocas para guardarse del norte, y quiso Dios guiarnos a la boca postrera donde se hace la isla de Términos, que era el paraje donde aquellos siervos de Dios acabaron sus tra-

bajos y allegándonos a tierra vimos anegada la barca donde pasaron a la gloria que sentimos entonces y materia copiosa había para lo uno y para lo otro. Aquel viento aunque era contrario para nuestro viaje, no lo fue para nuestro desco, y era tal, que en breve nos metió una legua la boca arriba; allí nos deparó Dios una canoa, porque la barca ni llevaba canoa ni batel y los que salieron a traer la canoa nos trajeron una parte de Santo Tomás que conocimos ser de fray Miguel Duarte; aun aquello nos renovó la lástima ver cosa que había sido de nuestros hermanos y escapado de la tormenta y luego salimos todos en tierra, el obispo y nosotros, y fuimos aquella playa abajo más corriendo que andando pensando que si topáramos algún cuerpo. Hallábamos muchas mantas y el mástil y escotilla de la barca y otras cosillas de esta manera; pero de las cosas nuestras o de nuestros hermanos, no hallamos más de otra parte de Santo Tomás compañera de la primera y una escazuela que era de fray Miguel, abierta y según supimos de él, la abrió fray Francisco y puso en cobro un Cáliz que llevaban aunque estaba muy maltratado. Los corporales nos dijeron que se ciñó un marinero, no sabiendo lo que eran y así no parecieron; viendo que no hallábamos nada, determinamos volvernos sintiéndonos cansados y hambrientos; pero como fray Luis de Cuenca, y fray Juan Guerrero vieron que nos alejábamos, volviéronse y salieronnos al camino con pan y vino, que lo habíamos bien menester. No pudo salir la barca de allí en tres días por el bravo norte que hacía; aquella noche nos tornamos a dormir a la barca por la infinidad de mosquitos que había en tierra. El viernes salimos para la parte de arriba de la laguna

y porque pareció que el norte había de echar a la otra parte de la laguna, que tiene una gran legua en ancho, lo que fuese más pesado, envió allá al padre vicario a fray Pedro Calvo y a fray Cristóbal Pardave, porque entonces había en que pasar la boca. Otro día volvió fray Pedro con nuevas de que había hallado cuatro cajas; pero que no había rastro de los cuerpos. El sábado caímos en que llevábamos un ornamento y sacámoslo y entre muchos árboles tendimos un pabellón y aderezamos lugar para decir misa lo mejor que pudimos, y allí hicimos las exequias de nuestros hermanos lo mejor que pudimos. Dijimos muchas veces los oficios de finados y salterios, cantamos muchas misas y responsorios con hartas lágrimas y devoción y estábamos muy consolados en que en Campeche no acordásemos de guiar allí nuestro camino para aquel efecto y que nuestro Señor tan en breve nos echase donde ellos murieron para que allí honrásemos con sacrificios aquel lugar. Gran merced nos hizo Dios nuestro Señor en esto. Viendo que parecían las cajas envió allá otra vez el padre vicario a fray Pedro Calvo y a fray Domingo de Ascona para que con fray Cristóbal y con otros seglares buscasen la hacienda y principalmente los cuerpos, y los demás nos quedamos allí, determinados de no entrar más en barca, así por ver cuan común era el norte, como porque la caridad de nuestros hermanos nos obligaba a buscarlos para enterrarlos. El domingo de mañana amaneció buen tiempo, y el señor obispo se fue en la barca. Fueron con él el viejo fray Rodrigo y fray Jordán y fray Luis de Cuenca y fray Pedro Martín que hasta entonces había sido y era compañero del señor obispo. Aquel día tuvieron calma, y a la tarde tuvieron un tan bravo

norte que pensaron perderse y los que quedamos en la isleta les tuvimos gran temor. Quisieron meterse en la boca de un gran río que llaman San Pedro y San Pablo pero no quiso el arraes o piloto porque era de noche y no sabía aquel río, y así fueron sin saber donde; apretoles tanto el viento que no sabían de sí, y el temor de los otros les turbaba más y pensando allí morir se confesaron todos, y el viento parecía hacer pedazos la barca que por ir mal cargada corría más peligro. En esto se les apareció o descubrió en tierra una lumbre con que conocieron que estaban cerca del río de Tabasco y que entraban por él, y así mudaron las voces que daban llamando a Dios, en voces de alabanza, y a las voces salieron los de Tabasco creyendo que era el obispo porque ya sabían de su venida, y salieron con muchas lumbres a recibirlo, fingiendo él alegría que no sentían, porque con aborrecerlo todo el mundo todos le temen por saber la constancia que tiene en los negocios que trata y las victorias que Dios le ha dado contra todo el mundo, pues pelea por la verdad que siempre es vencedora. Desde allí tomó su camino el señor obispo para Chiapa y pues ya no es de nuestra compañía dejarlo hemos hasta que Dios nos junte con él, y volveremos a los que quedan en la isla de Términos.

XXXVII

*De lo que hicieron los religiosos en la isla de
Términos y de su venida a Tabasco*

Quedamos pues en la isla de Términos veinte frailes solos sin otra persona alguna, y comenzó la isla de Términos a ser habitación de siervos de Dios y de sacerdotes, que hasta entonces lo había sido solamente de venados y de tigres y de innumerables mosquitos. Atrevimonos a quedar aquí por pensar que no podía tardar Pesquera que venía por allí a buscar lo que nosotros andábamos buscando: aquí vimos por nuestros ojos lo que habíamos leído en los libros de naufragios que los hombres han padecido y experimentamos algunos días las vidas de los santos del yermo. Palabras me faltan para decir los corporales trabajos que padecimos y las consolaciones que Nuestro Señor nos dio, espirituales, que sobrepujan todos los sentidos, con qué devoción estuvimos allí, cuan ferventísimas oraciones se enviaron al cielo, cuantas lágrimas de devoción se derramaron porque no había nadie que lo estorbase; a las tardes y a las mañanas nos juntábamos, y a decir los oficios y misas por nuestros hermanos y a su tiempo nos juntábamos a comer eso poco que teníamos dando gracias a nuestro Señor y comíamos con silencio y lección. La ración era entre 20, una gallina, porque teníamos vivas unas cinco o seis y con un poco de pan y queso,

los platos eran fresquísimas hojas de árboles de que aquella isla abunda. Con toda nuestra devoción padecimos allí las mayores hambres que habíamos padecido; y así a ratos andábamos por la isla buscando icacos para comer que nos sabían muy bien. A las tardes íbamos a buscar leña y traíamosla a cuestras y de noche hacíamos unos grandes fuegos, de miedo de los tigres; los demás estábamos sentados solos debajo de aquellos árboles leyendo nuestros libros, o dándonos a oración. Otras veces nos paseábamos solos por la ribera o por aquella isla buscando si por dicho salía algún religioso de la barca en alguna tabla y buscando de comer si había quedado en aquella isla; y fray Alonso de Villalva que fue el que más sintió el naufragio, así por perder casi todos sus compañeros, como por no le quedar consolación de libros ni cuadernos, dando voces con lágrimas andando solo por la isla, llamando a fray Agustín. Cosa larga sería contar todo lo que allí pasó; esto baste para memoria de nuestros trabajos, de las mercedes que allí nuestro Señor nos hizo, que considerando ahora mi sequedad tendría por ganancia perderme otra vez; allí para ganar lo que allí todos tuvimos. Para libranos de los mosquitos quemábamos muchos de aquellos herbasales y también nos ayudaron mucho los pabellones de mantas, que entre otras cosas, nos dieron en Campeche. Antes que la barca se fuese, nos cabaron un pozo, un tiro de piedra de la mar, de un estado de hondo, de donde tuvimos suficiente agua dulce aquellos seis o siete días que estuvimos allí porque por los nortes no pudo Pesquera venir antes, y por estos casos que acaecen no fue discreción quedarnos allí aislados, que pudimos perecer de hambre; y así padecimos mucha, como ya dije.

mos. Desde allí comenzamos a traer alpargates por no andar descalzos, que era para nosotros hábito muy extraño y aun vergonzoso en alguna manera hasta que nos hicimos a él. Allí celebramos la fiesta de la purificación de Nuestra Señora, y el día siguiente levantamos una gran cruz que allí hicieron unos padres, así porque allí murieron aquellos padres, como porque quedase memoria que allí había sido lugar de oración, y para esto dejamos allí también hecho el altar. Estando levantando la cruz llegó Pesquera y fray Francisco, Segovia y los demás. No sabré decir las lágrimas con que los recibimos, viendo en su aspecto representado el naufragio, aunque ellos recibieron gran consolación de verse con nosotros, pareciéndoles que entonces renacían, y de ellos y de los demás que allí venían supimos la verdad de lo que habemos contado. No pudimos pasar aquella gran boca aquella tarde, ni otro día, hasta después de comer por el tiempo que hacía; comimos de lo que ellos trajeron, porque ya nosotros no teníamos nada. Pasada la laguna nos salieron a recibir una hueste de mosquitos que pensamos que nos habían de comer vivos; y nos persiguieron hasta que el viento de la mar los alejó de nosotros. Hallamos a nuestros compañeros buenos, ya habían pasado grandísimos trabajos en buscar los libros. Hallaron diez o doce cajas que echó allí la tormenta; estaban enterradas en cieno en las orillas de aquella laguna, y para sacarlas, ellos se metían en el río, que les daba a veces a la garganta, porque es blando, y no tenían otro remedio sino llevar unos palos gruesos y largos, y cuando se iban sumiendo asíanse de aquellos palos y con ellos y ayuda de una mano sacaban las cajas que no se hundían tanto. Pade-

cieron aquí grandes hambres, día hubo que no comió ni bebió cada uno sino una naranja agria y sin pan y por guardarles un indio un cuartillo de agua estuvo un día sin beber. Traía fray Cristóbal una salea en la cabeza con dos agujeros por los mosquitos y desde a poco de aquellas frialdades, le dieron a fray Pedro Calvo unos dolores de tripas que se le torcían y añadaban, de que no pensamos que sanara ni alzara cabeza pero desde a muchos meses sanó del todo. Aquella noche pasamos allí con muchos fuegos, así por los tigres como por los mosquitos. No tenían aquellos padres, mientras que allí estuvieron otro alivio sino enlodarse los pies y los brazos y piernas que traían desnudas, y viendo que aun así se los comían los mosquitos metíanse huyendo en la mar. Los libros estaban tales que no pensamos poderlos aprovechar, cubiertos de cieno, y era tan ralo que se metía entre las hojas y seco era peor que engrudo y fray Domingo de Ascona había ido a un pueblo seis leguas de allí y había llevado muchos en canoas porque ya las cajas estaban desechas, para lavarlos en agua dulce. Otro día de mañana, dijimos misa antes que los mosquitos nos sintiesen y los libros que quedaban cargámoslos en las canoas y enviámoslos con Pesquera y Segovia a Xicalango; que era el pueblo donde estaba fray Domingo con otro español que envió el señor obispo para sus libros. Ximénez, que era el vino de Campeche, dijo que se quería ir con unas canoas para tenernos aderezado de comer o de cenar allá en unas lagunas y dejó dos indios que nos guiasen por tierra, porque no había tiempo de ir nosotros en canoas ni habría aparejos para ello. Nosotros tiramos tras nuestros indios a pie sin entenderlos y sin llevar pan ni otra cosa

alguna. El camino era el más fresco que jamás hasta entonces habíamos visto; partes era todo cerrado de árboles de diversas maneras, que no velamos el cielo, otras partes iba por una dehesa tan anchas como un tiro de ballesta y a las veces más y menos y por las orillas arboledas fresquísimas. Ibamos muertos de hambre y de sed, para la hambre dábannos los indios de su pan que eran unos bодоques cocidos en agua, ensartados en una cuerda (tamales) como rosarios negros y duros y desabridos y este es como un bizcocho de los indios para caminar, y para la sed dábannos una frutilla que nace en unos cardos y sabe a granada agria (piñuelas); aquella chupábamos aunque poco, porque abre luego la lengua como una navaja y hace dentera; ibamos cansados y desmayados y preguntábamosles *gucan* que quiere decir lejos y ellos respondían muchas cosas de las cuales no entendíamos nada, mas de que por señas entendíamos que no nos quedaba mucho por andar. Ellos no curaron de ir a las canoas, sino tiraron camino de su pueblo porque allá nos viese su gente; tras el buen camino llegamos a unas lagunas o lodazales donde cuando nos subía el agua de la rodilla, no lo estimábamos en nada, y debajo estaba un lodo que cada vez que metíamos el pie lo sacábamos desencajado, y así fuimos media legua; y como no teníamos otro remedio determinamos pasarlo con alegría cantando *te deum laudamus*. Ibamos todos en hilados que no osábamos poner el pie sino donde el indio lo ponía. Iba todo cubierto de árboles que no nos daba sol y en muchas partes, así de ciénaga, como de toda esta tierra había unos árboles maravillosos, y es que a su principio tiene una raíz pequeña que en breve se pudre (manglares)

y antes que se acaben descenden muchas ramas de aquellos árboles que son lisos y no muy gordos, y arraigan en tierra y estribando en ellas el pesado tronco de su raíz desasido, sube arriba y así tiene ramas arriba y ramas muchas hacia abajo y el tronco grueso está en medio. Cuando estos topábamos en la laguna nos daban trabajo porque a veces habíamos de pasar agazapados por debajo de las ramas a las veces trepando por encima, y así pasábamos muy mojados y sucios. Como el día se acababa y la hambre crecía y la sed, decíamos a nuestra guía *gueca* Xicalango, volvía hacia nosotros y señalaba con el dedo hacia oriente diciendo muchas cosas; nosotros solamente entendíamos que cuando el sol estaría allí llegaríamos y llevábamos tragado que habíamos de andar toda la noche. No sé si os diga que nos reíamos o que llorábamos porque todo lo hacíamos y para todo había materia. Acabo de un rato topamos con un indio con una calabaza de agua y por señas se la pedimos y mojámosno la boca porque él nos la dio luego y decíamos muchas cosas; pero no lo entendíamos sino esta palabra *hue hue* que quiere decir *viejo* que estaba en aquellos montes. No lo osábamos beber toda; pero viendo que se volvía atrás nosotros tomamos la calabaza entendiendo que era para nosotros y tornamos a beber. A puestas del Sol llegamos a unas casillas, y los indios pareció que se holgaron de vernos y pedimosles pan metiendo el dedo en la boca y significando nuestra hambre, y no nos lo dieron aunque vimos que una mujer molía maíz y todo lo que decían no entendíamos más de que pasásemos adelante y que comeríamos pan y pescado y no sabía un vocablo y otro y otro y juntándolos formaba estos conceptos.

Topábamos indios que en viéndonos se volvían corriendo. Ya que era puesto el Sol llegamos a una plazuela donde vimos una gran cruz y una iglesia pequeña pero muy enramada y fresca. Holgámonos y consolámonos mucho en gran manera creyendo que donde había estas señas, caridad habíamos de hallar. Hecha oración salimos y tiramos nuestro camino como encantados que ni sabíamos que era aquello ni lo sabíamos preguntar, y era la primera vez que nos hallábamos entre indios, que cierto pudieran hacer lo que quisieran de nosotros, sin que le supiéramos resistir, antes les habíamos miedo. En esto llegamos a una plaza donde estaban muchos indios sentados, y en viéndonos se levantaron y nos pusieron asientos, que eran unos banquillos de un jeme como trozuelos de vigas. Dijo el padre vicario, no pasemos de aquí esta noche, que esta posada nos tiene Dios aparejada. Viendo los indios cuáles veníamos, hicieron gran lumbré, que desde España no la habíamos habido menester hasta entonces por el frío de la laguna y después el principal vino con una media calabaza y lavonos a todos los pies y después diéronnos a cada uno dos tortillas y un pedazuelo de pescado fresco y otro de batata. Comimos y holgámonos en gran manera, y púsonos devoción y admiración ver la caridad de aquellos indios, para ser tan bestiales como los españoles dicen que son. Después de noche vino Ximénez que les entendía, y por él les preguntamos qué era la causa de lo que habían hecho. Respondieron que en el camino nos vio un indio y que supo como veníamos con sed y se lo vino a decir y que por eso nos envió aquella calabaza de agua y que nos hospedasen con buen corazón, porque habían sabido que ahora ve-

níamos de Castilla y que veníamos por su bien. Mucho nos holgamos de la buena respuesta de aquellos bárbaros. Aquella noche llegó aquí un labrador que venía con el obispo que se llamaba Zamora y después que todos nos acostamos, algunos sobre algunas tablas y otros en el suelo sobre unas esterillas que hacen los indios de juncos, y algunas muy galanas con labores coloradas y negras de la misma hoja, comenzaron Zamora labrador que entonces venía de Castilla, con Ximénez antiguo en la tierra y conquistador de Yucatán, a conversar, y porque fue muy gracioso, pondré aquí algo de lo que me acordaré. Dijo Ximénez a Zamora; mal cobro pusistes en aquella bestia, los indios os la han de tomar y comérsela: dijo Zamora, coman por Dios, que más que eso les debemos los cristianos Ximénez: ¿qué diablos les debemos? Zamora: que les habéis robado su hacienda y tomádoles sus hijos y hécholos esclavos en su misma tierra. Ximénez: más que eso nos deben, pues somos cristianos. Zamora: ¿Cristianos? Cristiano es el que hace las obras. Ximénez: cristianos somos y por hacerlos cristianos pasamos a estas partes. Zamora: par diez pasastes vos por vuestras bellaquerías a osadas que si no hiciérades por que no dejáredes vuestra tierra, juro a Dios que ninguno pasa a Indias sino por bellaquerías que allá hizo y yo el primero. Ximénez: cada uno pasó por lo que Dios sabe; pero en fin hemos conquistado la tierra. Zamora: ¿y por eso queréis que los indios te den de comer y su hacienda porque los habéis muerto en sus casas? Buen ánimo traíais. Ximénez: no dijérais eso si hubiérais derramado vuestra sangre en la guerra. Zamora: a osadas que no se fueran al infierno aunque os mataran, ¿qué os hicieron ellos

para que les hiciérades guerra? *Ximénez*: son perros y no quieren creer en Dios. *Zamora*: buenos predicadores se lo decían para que creyesen. *Ximénez*: a buen seguro Zamora que no volváis rico a Castilla. *Zamora*: el diablo me lleve si blanca pienso llevar sino es ganada con mi azada, que los indios no me deben nada. A este diálogo estábamos callando todos y a oscuras, y callonos tanto en gracia que no pudimos tener la risa y por otra parte nos confundimos, vienlo cuan sin pepita y cuan simplemente decía aquello aquel labrador sin letras, sino lo que su razón le dictaba, decía por estas palabras o por otras semejantes que no me acuerdo letra por letra de todo. Con esto pasamos un rato de aquella mala noche, mala, digo, por los infinitos mosquitos, aunque algunos venían tan cansados y dormían tan bien que moscardones no los despertarian, cuanto más mosquitos. A otro día por la mañana fuimos a Xicalango, aunque no es sino una legua se nos hizo largo el camino porque la noche fue mala y la cena poca y así íbamos cansados y muertos de hambre; pero llegamos donde todo lo suplió Dios.

En Xicaltenango nos salió a recibir el cacique y principales y nos llevaron luego a la iglesia y la tenían bien adornada y enramada y con velas encendidas. Después que dijimos misa nos llevaron a comer y nos dieron tanta abundancia de comida como nosotros lo habíamos menester. El primer día nos sirvió el cacique el primer plato, los demás días un principal, dábannos de comer pescado en gran abundancia porque no les cuesta nada; pasa por junto al pueblo la laguna que sale de Xicalango y salen brazos de ella grandes y largas tierras, y porque aquí es dulce excepto cuando comienzan las

aguas, por algunos meses tienen en ella muchos y muy extremados pescados y tortugas tan grandes, las comunes como dos palmos de largo y casi de la misma anchura. Es muy buen pescado y tiene sabor de carne; de estos y de otros pescados nos daban cada día y pan en abundancia. Hay en el pueblo muchas naranjas y limas y limones y de los árboles fructíferos de la tierra en gran abundancia. La plaza está llena de ellos, tienen la muy barrida y así se están ellos sentados a la sombra de ella. Es pueblo en gran manera apacible; pero tiene muchos mosquitos de los zancudos; y así nos aprovechó mucho traer aquellos pabellones para dormir, que sin ellos pasáramos muchos trabajos; aunque ya algunos venían tales que no podían ser peor como dicen, al cuervo que las alas. Traían el vicario y fray Diego Hernández las piernas tan hinchadas de los mosquitos, que era lástima porque este género de mosquitos es muy ponzoñoso y enconan cuando pican mucho, tenían estos algunas costumbres que porque nos agradaron las notamos aquí. Una es que cuando el señorío viene a mujer, hónrrala todos; pero no manda ella sino un pariente suyo rige hasta que tiene ella hijo que pueda regir. Y así pasaba ahora aquí. Otra es que no hace el que rige nada sin parecer de los viejos, y así se juntan cada día a su puerta para tratar de lo que se ha de hacer. Otra costumbre, bien es que aunque entonces no la tuvimos por mala ahora la abominamos, y es que todos los mozos por casar duermen juntos en una casa y esta hallamos en muchas partes de esta tierra, pero totalmente se ha quitado y destruido. Allí la había porque no tenían doctrina, allí les dejó Pesquera con los religiosos pedazos de doctrina escritos. Padecemos aquí

grandes trabajos y soles y calores, en curar los libros y lavarlos, deslodarlos, despegarlos y si todos no viniéramos, nunca se remediara, y así con trabajo de todos se aprovecharon los más, especialmente los que tenían encuadernaciones de pergamino que se les pudieron quitar; pero quedaron con pestifero olor que jamás se les quitó. Después hemos visto que sin tocarlos se van ellos pudriendo y gastando; en esto de los libros entendimos con más trabajo que nadie puede pensar desde el viernes que llegamos allí hasta el miércoles de esa otra semana. Desde allí tornó el padre vicario a enviar a fray Pedro Calvo y a fray Cristóbal a correr otra costa para ver si hallaban algo de lo que buscábamos y pasaron estos padres tantos trabajos por buscar los cuerpos de los difuntos y los libros que no se pueden contar. Día hubo, con hacer grandísimo sol, que no bebieron gota de agua hasta la noche porque no tenían sino agua de la mar y na comieron sino tres naranjas entre ambos sin pan y sin otra cosa; y el agua que bebían, cuando la tenían, era salobre de pozuelos que hacían junto a la mar y cuando comían pan era de aquellos bosques que arriba dije. Los mosquitos que los comían eran tantos, que fray Cristóbal traía metida una salea en la cabeza con dos agujeros para ver y aun no se podía valer; fray Pedro sufría mas; y contaré la fidelidad de un indio que los acompañaba, que llegaba un poco de agua en una calabaza y dejáronlo para que guardase aquello y parte de su ropa, mientras ellos buscaban lo ya dicho, y un día tardaron hasta la noche y con todo el calor y sed y sol pasó sin beber y tuvo el agua guardada para los padres. Padecieron tanto trabajo estos padres allí que de solos ellos se podía hacer una

historia; no había memoria en ellos de decir no podré hacer esto, o siéntome cansado sino con grandísima simplicidad y prontitud obedecían todos. Viendo el padre vicario cuan bien lo hacían aquellos indios y que éramos muchos y que nos deteníamos, envíoles a decir con Ximénez que no tuviesen pena que presto nos iríamos y que habíamos vergüenza de estar allí. Respondieron que habíamos visto para pensar que recibían pena con nosotros; que si éramos auras (zopilotes) o éramos cristianos o gentes que les comíamos la hacienda: que era grande el placer que tenían de vernos allí y que podría ser que otro tal día como aquél no lo vieses; que estuviésemos allí cuanto quisiere nuestro corazón: que un poco de pescado no erapreciado en su pueblo y que estaban corridos de ver que no comíamos gallinas. Esto dijeron aquellos bárbaros, que aunque eran bautizados, todos o los más ninguna doctrina tienen, y nos dijeron que ni sabían que hacían cuando los bautizaron ni lo pedían ni entendieron lo que era; pero como ha sido pasó a Yucatán, los clérigos que pasaban con el ejército de los españoles los habían bautizado. Allí les decían fray Domingo de Vico y fray Juan Guerrero la doctrina cristiana y mostraban ardentísimo deseo de ella; frecuentan la iglesia y hacen todo lo que les han enseñado; pero harta duda tuvimos si eran bautizados o no, aunque por no tener lengua nosotros para tratar de ello, los dejamos así, encomendándolos a Dios, que los redimió a ellos y a otras innumerables gentes que por aquí se pierden.

XXXVIII

*Salen los padres de Xicalango y llegan a Tabasco
y de lo que les sucedió allí*

Como viésemos que nos deteníamos allí y mucho y que la vida se nos gastaba, pedimos al padre vicario que nos despachase de allí. Viendo que de los que andaban en busca de los libros y cuerpos no había nuevas y que no nos habíamos de ir sin ellos acordó que él y fray Juan de Cabrera, fray Alonso de Villalva, y fray Domingo de Vico, y fray Juan Guerrero se quedasen allí y que esperasen a los demás para enterrar si algún cuerpo pareciese y para poner cobro en los libros que se hallaren, y que los demás se fueren a Tabasco y así se hizo, y dándoles su bendición y fray Tomás de la Torre por vicario y la comida que los indios ofrecieron, los despidió en las canoas que trajo Ximénez y en otras dos que los de Xicalango añadieron con toda voluntad. Salieron el miércoles para aquella poderosa laguna; iban con grandísimo placer, más que desde que salieron de España habían tenido, porque iban las canoas atadas de dos en dos y así no podían peligrar y la laguna es dulce, en parte dos leguas en ancho y en parte una y en partes un tiro de ballesta y en algunas de piedra, y tiene diversos brazos unas y otras partes, y aunque pocas, se parecen y los remates de ellos llenos de fresquísimas arboledas que es un traslado del

cielo. Aquella noche desde que fue muy noche hincaron unos estacones los indios en el suelo, porque la laguna era allí baja y ancha y allí atadas las canoas en medio del agua durmieron hasta la mañana. Otro día en amaneciendo desataron las canoas y sueltas comenzaron a caminar por su laguna adelante; desde a poco se metieron con las canoas por una senda angosta tan estrecha que apenas cabía la canoa, daban los juncos y yerbas con los ojos, que ya no había árboles por allí; parece imposible haber hallado naturalmente aquel camino. Iban dando muchas vueltas que bastaba para desatinar aunque fuera por tierra; pero los indios iban como por camino que ellos sabían. De esta manera anduvieron legua y media; después llegaron a una laguna que tendría tres tiros de ballesta en ancho y allí almorzaron en medio del agua; después entraron por una calle de árboles tan cerrada que no solamente no veían sol, pues apenas veían cielo. Había poca agua para nadar la canoa que lo más era lodo, y allí llevaban los indios arrastrando la canoa gimiendo y con trabajo. Viendo esto desnudáronse muchos padres en túnicas y escapularios; iban con harto trabajo por aquel lodo y allí otros que no se atrevían quisieron ir por el monte, pero era tanta la espesura y espigas que no pudieron pasar y así tornaron a la canoa y desde allí ayudaron a remar y a empujar a los indios. Con esta suerte pasaron casi dos leguas, hasta que salieron a un muy ancho y amenísimo río (este es brazo del río de Sacapulas) que llaman los cristianos San Pedro y San Pablo. Es tan hermoso y apacible que les pareció que salidos del purgatorio entraban en la gloria. Tiene las orillas cubiertas de muchos y hermosos árboles que es para alabar a Dios, no

parece sino que a posta lo han entoldado para el Corpus Cristi. Este río arriba caminaron hasta que era muy noche y entonces toparon un brazo que sale de este río y fuéronse por él agua abajo toda la noche y el día siguiente a mediodía que llegaron a un río que en las historias de los indios llaman de Grijalva (este es del de Tabasco), allí se juntaron otros ríos todos fresquitos como el de San Pedro y por ellos juntos caminaban. Veían en el camino a las orillas del agua lagartos poderosísimos, de más de quince pies en largo; son malos y cómense a los hombres cuando los toman descuidados en las riberas, y hay en aquellos árboles verdes infinitas aves blancas que parecen de lejos rosales llenos de rosas; grande es la frescura de aquellos ríos. Ahora de visperas llegaron a un pueblo que se llama Tabasco; moran allí hasta treinta vecinos españoles, tienen una iglesia como la de Campeche, porque no es el principal intento de esta tierra ser cristianos, sino allegar caudal para volverse a España. Aquí hallaron a un fraile de nuestra Orden, que en España se llamaba fray Domingo de San Vicente y acá se llamaba de Medinilla, que tenía madre y hermanos en Chiapa. Este se iba a España y sabida nuestra venida determinó quedarse en esta tierra y servir a Dios en nuestra compañía. De este padre y de una carta de fray Jordán supieron como por quitar de trabajos a todos, habían enviado delante mucho de nuestro hato y después con lo demás se había ido fray Luis y un buen mancebo que siempre había venido con nosotros y había trabajado mucho, así en guardar el hato como en servirnos, que se llamaba Rodrigo López. Decía también como el obispo con los demás habían salido de allí el día antes,

cansados de nos esperar; dejáronnos barbacoas hechas para dormir en una casa grande y desembarazada, y dejáronnos alguna provisión, aunque poca, pensando que estaríamos poco. Dejó el señor obispo mal recado para sus libros; pero los religiosos que llegaron, los pusieron en cobro.

El padre vicario les mandó que no comiesen carne y que tampoco comiesen en casa de los españoles, aunque iban bien necesitados por salir de la mar y de tantos trabajos como habían padecido en tierra, y así llegados a Tabasco y recibidos bien de los vecinos, repartieronlos por las casas de dos en dos. Venida la hora de cenar o por mejor decir de comer, porque aquel día viernes en ~~El~~ río no habíamos comido nada por no haber qué, dijéronles que en ninguna manera habían de ir a comer a sus casas. Ellos recibieron alteración y admiración de verlos tan determinados en aquel propósito con tan poco aparejo para guardarlo, y después de muchas alteraciones y razones, fuéronse y enviáronles de lo que tenían con vergüenza suya porque nadie tenía aparejo para enviar para todos. Padecieron aquel día necesidad porque no había ni aun jarro en que beber agua, ni quién la trajese. Otro día tornó toda la villa diciendo, que aunque fuesen ellos demonios y los frailes unos ángeles en tanta necesidad se habían de aprovechar de ellos, pues ni allí había quién nos diese agua, ni leña, ni mantel, ni qué guisar, ni quién lo hiciese, ni ellos lo podían ni querían proveer de aquella manera que era echarse así en afrenta. Viendo que tenían razón, que el padre vicario condescendiera si se hallara presente, determinaron comer en sus casas; pero no quisieron comer carne, aunque era quincuagésima y la habían bien menester y aunque los huéspedes

por ser el tiempo que era recibían molestia, hubieronla de pasar. Allí hicieron otra vez con mucha solemnidad las exequias de los difuntos el domingo en la tarde y el lunes de mañana. Aquel domingo de quincuagésima predicó fray Domingo de Ara, el primer domingo de cuaresma, fray Tomás de la Torre, y viendo fray Tomás que los religiosos empezaban a hallarse allí mal por ser el pueblo muy enfermo y por ver cuan cansados iban ya de caminar; y deseosos de asentar donde aprovecharasen, trató de tirar camino adelante porque de aquí a Chiapa hay sesenta o setenta leguas, la mitad se andan por canoas, porque no hay otro camino sino un río arriba, la otra mitad van después por tierra; pero como el señor obispo había poco que había salido y las canoas aun no eran vueltas, era harto dificultoso salir de allí. Aquí estaban dos frailes franciscanos que se iban a España, y aunque el señor obispo les hizo mil ruegos y persuasiones, no aprovechó nada y así les profetizó fray Rodrigo que pues le negaban la misericordia a los indios y se iban que nunca llegarían a España. Estos hicieron muchas caridades a los religiosos y les dieron muchas cosillas y después se embarcaron ellos para España y salieronse, en las islas, de una buena nave en que iban y entraronse en otra que se anegó y sumió en el gran golfo. Todos los de esta villa hicieron muchas caridades y regalos a los religiosos; pero especialmente tres, el primero fue Gregorio Nieto, el segundo Diego de Córdoba, el tercero Ledcsma. Ellos hicieron como si fueran hermanos de todos, y el Córdoba tuvo a cuatro frailes en su casa y les dio una canoa en que fueron y con toda voluntad los proveyó de pan y vino y de todo lo necesario para el camino. Ha-

llose allí un hombre honrado llamado Francisco Gil: este tenía su casa y hacienda en el cabo de aquel río, o por mejor decir en el principio y hallose (allí un hombre) aquí a la sazón con canoas y aunque la tenía para otra cosa, dejola y llevó consigo a los religiosos, los cuales partieron la provisión que allí hallaron y tomaron parte para sí y dejaron parte para los que faltaban por venir; pero no fue necesaria porque aquellos señores españoles los proveyeron copiosamente como para una larga navegación. Miércoles de la Ceniza en la noche se embarcaron en las canoas e iban con harta prisa en aquel amenísimo río arriba, que estaba tan fresco que parecía cosa de encantamiento ir por allí; y pues van bien y tienen mucho que andar, dejémoslos ir y volvamos a los que quedan en Xicalango que los dejamos muy atrás.

XXXIX

*De lo que les pasó a los religiosos que quedaron en
Xicalango y su venida para Tabasco*

Salidos los religiosos de Xicalango, el padre vicario y los demás que con él quedaron, prosiguieron la obra de remediar los libros; y aunque fue mucho lo que se perdió, pero todavía se remedió mucho con mucho trabajo, digo de lo que pareció que fueron diez o doce cajas; de las demás nunca hubo memoria. En este mismo tiempo siempre anduvieron fray Pedro y fray Cristóbal con un seglar por aquellas ciénagas y lagunas y costas de mar, buscando con los trabajos ya dichos y otros mayores, porque los mosquitos los comían de noche, a las veces dormían en tierra metidas las piernas en el agua y así a las veces con todo el calor que allí hace, dormían pegados a la lumbre con grandes humos que por otra parte no los dejaban dormir. Otras veces sobre unas paleras muy altas por miedo de los tigres que robaban por allí a los hombres aun de sus casas; y algunos días acudían a comer a un pueblecillo que se llama Tasta a donde un indio les daba frijoles negros a comer, muy sucios, y porque el agua era mala bebían posol como indios que es un brebaje que ellos hacen desliendo un poco de masa de maíz en agua, que esta es la bebida común de los indios de estas provincias, sino es cuando tienen cacao, que es otra cosa

más alta. Pasaron tantos trabajos estos padres que cuando lo supo el padre Vo. le pesó y quisiera más que los libros se perdieran que no a tanta costa se cobraran. Viendo pues el padre vicario que aquellos dos padres no volvían y sabiendo cómo el obispo se había ya partido y que los demás que habían ido a Tabasco estaban ya para partirse, el martes de carnestolendas pues cobró a los libros y muy tarde se partió para Tasta, a donde pensaba saber de los religiosos y llegó allí a medianoche y halló allí a los padres muy cansados y el día de la ceniza por la mañana después de dicha misa y tomada la ceniza se partieron de aquel pueblo, donde ni conocían a Dios ni hay apariencia que lo conozcan, sino hay más ministros que ahora, y fueron por un muy fresco llano y apacible: caminaron a comer cabe la mar donde tenían canoas para ir a Tabasco por la mar: no tenían que comer sino iguanas que los españoles bautizaron por pescado y los obispos juntos las confirmaron en aquel nombre, pero a parecer de (todos) muchos y sabor que todos hallan en ellas, son conejos muy buenos; tienen parecer de lagartos ó de sierpes muy fieras; tienen el cuero pintado de verde y negro y tienen dientes con que hacen mal; tiene la cola de una vara en largo, la mitad verde y la mitad negra a pedazos; es cosa fiera pero muy sabrosa en perdiendo el asco de comerla; cuando nosotros la tenemos ahora, pensamos que es comida de Pascua. El padre vicario entonces más quiso no comer, que llegar tal cosa a la boca; aquella tarde entráronse en las canoas y entráronse bien dentro la mar y caminaron hasta después de medianoche. Después vino un bravísimo norte que los hizo temer y dar voces y volviendo las espal-

das tomáronlo en popa porque las canoas llevaban velas, y salieron en tierra no poco contentos de haberse escapado, aunque no había peligro porque la mar era muy baja; pero ellos no lo sabían sino solo fray Pedro y fray Cristóbal que habían andado por allí. Pasaron allí hasta la mañana una muy mala noche, porque el norte era muy bravo y no tenían reparo contra él, y así estuvieron temblando de frío y molidos en la arena. Otro día fueron a pie hasta el río de Tabasco y allí los pasaron en canoas a la villa donde fueron bien recibidos y fray Alonso de Villalva les predicó allí el primer viernes de Cuaresma y les dieron muchas limosnas, especialmente entre dos personas les dieron cuarenta pesos, que en años después no nos dieron otro tanto en toda la tierra: salidos de allí iban con toda la prisa del mundo pensando poder alcanzar a los religiosos porque el padre vicario los amaba tanto que temía tanto que no lo pasasen mal, que una hora sola no quería que se apartasen de él; de manera que todos iban ya el río arriba, sin saber los unos de los otros, comidos de mosquitos, con que se templaba el placer que la vista por allí tomaba; aunque el cargar de los mosquitos era de noche.

Hay en aquel río arriba algunos pueblecitos pequeños, porque como la tierra es enferma por las muchas lagunas y ciénagas, a cuya causa no hay camino sino es por agua, y como es también calidísima y opresos sobremanera con tributos, no se multiplica allí la gente, pero son ricos de infinito cacao. Es moneda de los indios y hace ricos a los españoles, porque con ella contratan con los indios. Es una fruta del tamaño y hechura de piñones, tiene una telilla muy delgada encima y la pepita

de dentro tiene cien partes pegadas entre sí. Este molido y desleído en agua hace una bebida asquerosa a los que no la acostumbran, y fresca y sabrosa y preciada a los que la usan beber. Comúnmente la beben los españoles que no tienen vino y los más de nosotros la bebemos, especialmente en tierras calientes y cuando llegamos de camino. Esta fruta nace dentro de unas mazorcas, en árboles muy frescos que se crían debajo de otros en tierras muy húmedas; este se llama *cacuatli*; pero como los españoles, como toda esta tierra han corrompido, también han corrompido la lengua, y lo llaman cacao; de esto hay mucho en este río arriba, y de aquello pagan en aquellas tierras el tributo principal a los españoles; en todos aquellos pueblecitos los hacían salir los indios y les hacían mucha caridad. Especialmente llegaron el viernes a comer a uno donde tenían hecha una calle de ramos y hojas verdes desde el río a la iglesia y casi en brazos los llevaron a ella, donde por intérprete les dijeron tres palabras. Después les dio el cacique de comer debajo de unos naranjos espléndidamente y rogando fray Tomás a Francisco Gil que le diese las gracias al cacique, extendió las manos y le dio dos higas al cacique, diciendo, toma par ti bellaco, que más que eso nos debes. Los religiosos se corrieron y afrentaron y por señas mostraron al cacique les pesaba de aquello y que le agradecían lo que había hecho. Esto he dicho para que conozcáis conquistadores y veáis como se han con los indios los que quieren hacer cristianos. Este, supimos después, que había sido conquistador y muy cruel con los indios; desde a poco murió este pobre con muchas deudas fuera de su casa y bajándose su mujer y todos sus hijos y su suegra con toda su casa a Tabasco, por

aquel río abajo se ahogaron todos que no quedó cosa suya y toda su hacienda se perdió, que parece un juicio de Dios; y así es de todos cuantos han sido algo en esta tierra. La canoa que dio Córdoba a sus huéspedes, que eran fray Domingo de Ara, fray Pedro de la Cruz, fray Jorge de León y fray Pedro Rubio, se comenzó a quedar atrás, y aunque la aguardaban tres y seis y ocho horas, no venía. Hizo-les entender Francisco Gil que uno de los ríos que habían visto entrar a aquel río iba a dar al pueblo de a donde eran aquellos indios remeros y que solo Dios bastara para hacerles ir sino por el camino de su pueblo y que después habían de pasar todos por él y allí hallarían a aquellos padres y así perdieron cuidado de ellos, y prosiguiendo su camino llegaron a un lugar llamado Toacotalpa que era el fin de aquella navegación. Decían sus horas en la canoa y la salve decíanla todos juntos allí en las canoas: acaeció que venían unos españoles en canoas el río abajo y holgarónse en gran manera de oírlos y diéronles pepinos con que hicieron colación, que por ser cosa de Castilla la estimaron mucho. Al lugar de Atlacotalpa llegaron el primer domingo de Cuaresma, antes que amaneciese y siendo de día se fueron a la iglesia, que aunque estaba a gran distancia era toda de cañas y cubierta de paja; habiéndola hecho para el obispo que aquel sábado había salido de allí. Allí descansaron aquel domingo y como los indios quedaban cansados del obispo, dábanles poco de comer y aun de aquello se llevaba las gracias un español calpixque que estaba allí, (calpixque llaman al que tiene cuidado de cobrar los tributos y guardar la casa y la hacienda del oro) y estos son muy perjudiciales en los pueblos y muy dañosos a los indios; y aunque algu-

nos tienen nombre de caritativos entre los españoles con sangre de indios hacen ellos caridad, según hemos entendido después, que entonces como palos veníamos que no sabíamos nada. Hallaron en este pueblo mucha parte del hato, así libros como aceite, como túnicas con que no se vieron poco embarazados por que fray Tomás y los demás sabían poco de aquel menester y creyendo que por ser domingo no se habría partido el señor obispo de donde durmió aquel día escribió fray Tomás al obispo y a los frailes y envió las cartas con Segovia que no se atrevió a enviar indio, el obispo y los frailes se holgaron en gran manera sabiendo que venían y fray Luis volvió desde allí hasta Tlacotalpa; el obispo y los demás que iban malos se partieron el día siguiente, y holgáronse mucho con fray Luis sabiendo que con él se podrían descuidar de todo. Fray Domingo de Medinilla no sabía hacer nada porque no había tratado con indios, tampoco sabía de ellos como nosotros que veníamos nuevos; sino viniera fray Luis allí se quedara el hato; pero en llegando buscó indios que lo llevasen y ellos lo hicieron con toda voluntad, porque ellos no tuvieron otras bestias de quien se servir sino de sus mismos cuerpos y venidos los españoles lo habían bien usado aquel oficio; pero nosotros habíamosles lástima y hacíamos las cargas pequeñas, y como con ser cosas de padres estaban ya ellos ciertos que lo habían de llevar; viendo que no pesaba lleváballo con toda alegría y regocijo y fray Luis sin entenderlos se lo hacía hacer con mucho mayor placer con su buena gracia, diciéndoles: Dios, Dios, padres, padres, y mostrábalos el Cielo y decíales en romance: ea hijos que para vosotros venimos y presto os pagaremos lo que por nosotros trabajáredes. Descui-

dados de aquel embarazo porque fray Luis lo hacía todo, ya que se querían partir el lunes de mañana, llegó fray Domingo de Ara y sus compañeros, muy cansados y molidos y muertos de hambre porque se les había acabado la comida y en todo el domingo no habían comido ni lo tenían y los indios de los pueblezuelos no habían salido de ellos y así venían muy lacerados.

Aquel día empezaron a gustar los caminos de estas tierras que son tales que no se pueden dar a entender sino por la vista; decíanos fray Domingo de Medinilla, que era cosa de burla y que eran llanos como la palma de la mano en comparación de los de adelante; pero nosotros creíamos que lo decía burlando y para ponernos mal ánimo, porque nos parecía querer llegar las cuestras al Cielo y bajar hasta los abismos. Decíanos que los demonios habían hecho aquellos caminos para despeñar hombres, y no se habían de llamar hombres los que por allí andaban y otras cosas de que ahora nos reímos mucho porque hemos visto y cruzado toda la provincia y vemos que difiere aquello a lo demás como las Sierras Morenas o la peña de Francia de la tierra de Medina del Campo o de la Vega de Carmona; pero entonces como era la primera hornada y no estábamos avezados a aquello y veníamos tan lacerados de la tierra y de los ríos y de la mar, sentíamoslo más que yo lo podré aquí explicar, pues sierras y puerto habíamos visto en España. Cuando llegamos a estas llanuras había también muchos arroyos y lodos, porque aunque aquel tiempo es verano común de las Indias pero en aquella provincia, que llamamos de Zoques, casi todo el año llueve y dos o tres meses que deja de llover aun llueve muy bien de quince en quince días. Hay

árboles tan altos que parecen llegar al Cielo, dioles la naturaleza unos estribos que salen del mismo tronco que parecen hechos de cera o puestos por manos de maestros y así tienen los troncos tan gruesos que diez hombres no los abarcaran con los brazos. Hay unas hermosas sierras altas delgadas y derechas, que parecen un ciprés y ellas y todo lo demás de la tierra tan lleno de arboleda que no se puede creer sino se ve; hay infinitos arroyos amenísimos y de clarísima agua y muy buena, que cría naturalmente oro. Topamos un río muy recio, aunque no muy hondo; pero fue el primero que algunos pasamos en nuestra vida; a fray Domingo de Medinilla pasaron los indios en peso y parecían a los demás (como si vieran al demonio) que era gran crueldad; pero ahora que hemos visto la condición de los indios y el amor con que aquellos hacen y como se huelgan de hacerlo y tienen por honra que el padre los acepte aquel servicio no lo tuviéramos por tan grave. Comieron en aquel camino una miseria que llevaban y algo temprano por que algunos no podían ir ni atrás ni adelante y algunos iban mal dispuestos y todos necesitados de comer carne, aunque estuvieran en casa, pero después les sacaron de comer del pueblo donde iban y no lo quisieron, pensando poder ayunar; pero aquel día entendieron que era necedad pensar tal cosa sino era para quedarse por aquellos caminos muertos. A cabo pues de cuatro leguas del camino que ya he dicho llegaron al pueblo de Teapa y Tecomaxiaca, que son dos barrios, y antes que llegásemos al pueblo salió toda la gente a recibirlos y los niños en procesión con la cruz; por cierto no se podían contener en las lágrimas, antes las derramamos con mucha abundancia, viendo con cuanta honra reci-

bían una gente que no conocían, no más de por saber que venían a remediarlos en sus trabajos y opresiones corporales y espirituales porque ya esto se había divulgado entre ellos y el obispo no les iba diciendo otra cosa. Lleváronlos a la iglesia que tenían bonita en medio de la cual tenían unas andas de plumas verdes y largas, que es cosa preciada entre indios; parecíoles a los religiosos cosa riquísima y mucho de ver; después los llevaron al aposento que habían hecho para el señor obispo, el cual estaba adornado de muchos arcos de flores y ramas verdes que era para alabar a Dios. Todo aquello nos parecía cosa de sueño y de encantamiento, aunque ahora que los indios han despertado y conocido lo que tienen en nosotros, vemos que es todo basura lo que entonces hacían, para lo que hacen ahora cada vez que nos ven, porque entonces eran bestias y muy brutales en efígie humana, y ahora son hombres de mucha capacidad y cristianos y algo de lo que ahora sentimos. No se podía la gente apartar de los religiosos y todos los niños se andaban siempre con ellos, haciéndoles aire con unos mosqueadores, porque es tierra caliente y de mosquitos de unos muy chiquitos que andan solamente de día y de estos son todos los que nombraremos de aquí adelante, porque los zancudos que atormentan de día y de noche, en Tlacotalpa se quedaron y por acá en pocas partes los hay y no muchos. Cenaron aquella noche aunque en el camino no habían querido merendar lo que del pueblo les sacaron porque ellos llegaban tales del camino que todo escrúpulo cesaba.

El día siguiente era día de Santo Matía y así por esto, como porque no se podían tener, como también porque llovió desde la mañana hasta la noche,

no pudieron salir de allí; predicoles un poco fray Domingo de Medinilla en lengua mexicana, interpretándolo el cacique a la gente en la lengua de la tierra, y estaban los padres espantados de ver como aquel padre predicaba y hablaba en aquella lengua y parecíales que nunca llegarían ellos allí en su vida y como que se desconfiaban; pero ninguno hubo que en diez días después que comenzó la lengua, no supiese más que Medinilla, y nos reímos mucho de él porque vimos que no sabía nada y presto no fue necesario intérprete sabiendo nosotros todas las lenguas de la tierra. Contábanos aquellos indios los continuos agravios que de los españoles padecían y daban gracias a Dios que les había dejado ver venir su remedio que decían ser nosotros y rogábanos que poblásemos allí y que nos harían presto casa y nos darian huertas y todo cuanto quisiésemos. Hay aquí y en muchas partes de esta provincia unas avocillas nocturnas que llaman Sinacán que son murciélagos o como ellos; estos muerden sutilmente a los hombres cuando duermen tan mal que se llevan el bocado que cogen y tan suavemente que pocas veces duele, ni se siente, aunque sale mucha sangre y comúnmente muerden en las yemas de los dedos de los pies, o de la mano, en el pico de la nariz o en la ternilla de las orejas, y sino pueden aquí, muerden donde pueden. Era placer ver cual se levantaban algunos padres a la mañana mordidos en diversas partes. Fray Luis se descubría los pies para que lo mordiesen porque era pesado y venía lleno de sangre; ya rarísimamente nos muerden a nosotros porque sabemos guardarnos de ellos, aunque no dan pena; como he dicho, antes causan comúnmente risa y placer. Fray Tomás de San Juan iba allí ya bien mal dispuesto y así acordaron de

enviarlo adelante en una hamaca. Hamaca es una red de cordeles delgados de un arte hecha, que sin verse no se puede bien declarar y atan los extremos de ella a una vara recia y de una parte y de otra llevan sobre los hombros al que va en ella sentado. Es cosa bien apacible ir allí, aunque algunos se almarcan y en estas duermen comúnmente los indios, los hombres digo. Estas usan ellos para llevar a sus señores y principales y a los enfermos y en estas andan ahora las mujeres de Castilla que van en camino y aun los españoles se hacen llevar en estas cuando van a sus pueblos, especialmente cuando es mal camino por donde no pueden ir a caballo. En una de estas enviaron a fray Tomás con gran voluntad y placer de los indios porque no habia caballo ni por aquellas sierras se pudiera tener en él, aunque lo hubiera, porque iba malo y con gran trabajo lo habíamos llegado allí. Aunque este pueblo era grande; pero entendieron allí que no era posible ir todos juntos, porque darian gran trabajo a los indios en llevar tanto hato de una vez, en hospedarlos y que pasarían hambres y necesidad, y así se dividieron en dos partes, fray Tomás con nueve compañeros tomó la delantera y fray Luis quedó allí con los demás para que llevasen ventaja los unos a los otros y así hallaban donde comer y dormir y que llevase las cargas y lo necesario. En pasando el pueblo se pasa un gran río donde se vieron en trabajo los religiosos porque lo pasaron a pie desnudos en túnica y el escapulario al cuello como beca. Estaba muy frío y dábales a los pechos y no lo osaron pasar sino que los indios que llevaban las cargas iban asidos de ellos dos o tres indios con cada fraile; no tenían otras túnicas que se vestir, y así este día, como otros muchos enjugaban las

túnicas en el cuerpo y pasaron hartos días en estas lavaduras: estaban que se helaban de frío y temieron de no poder ir adelante y así comieron allí un poquito de pan y queso que llevaban y cierto fue cosa de maravillar no morir cada día los religiosos según lo que padecían, sino que Dios los quería maravillosamente guardar; de la misma manera pasaron los demás cuando allí llegaron. No hay necesidad de repetirlo, todo, pues lo que era de los unos era de los otros, excepto el almorzar que no se usaba en todas partes. Fueron aquel día solas dos leguas de un trabajoso camino, y muchos de él se iba por agua, por otras partes había grandes lodazales por otras ásperas cuestas; pero llenas de arroyos muy frescos. Había por aquel camino rastro de los recibimientos del obispo, casas de ramos y otras cosas. Llegaron aquel día a un pueblezuelo donde no hallaron sino al cacique viejo con otros tres o cuatro porque toda la gente había ido a dejar al obispo al otro pueblo de adelante; pero como eran pocos todavía hubo de comer, aunque poco para la necesidad que traíamos. En este tiempo venía el padre vicario con sus compañeros a gran prisa el río arriba y porque les llovió mucho, cargaron terriblemente los mosquitos sobre de ellos que los comían vivos; y así muy cansados y pobres llegaron al pueblo de Tlacotalpa y como no hallaron allí a los demás, el padre vicario escribió una cedulita al padre fray Tomás de la Torre mandándole que a donde quiera que aquella le tomase lo aguardase con todos los religiosos. Esta vieron los que estaban en Teapa y luego la enviaron a fray Tomás que había pasado a Istapangajoya a donde los alcanzó aquel miércoles que allí llegaron, digo, es de verdad, que ni de los unos ni de los otros hubo quien

se holgase con ella, porque entendían que la voluntad del padre vicario era llevarlos a todos juntos y de lo pasado del mar y del río y de tierra tenían visto que era muy gran trabajo; pero en fin no se mudaron de allí, sino hicieron lo que les mandaban. El padre vicario llegó martes a Tlacotalpa y miércoles a Teapa, y de allí con todos los que halló vino el jueves a Istapangajoyá hechos todos una sopa de agua porque llovía muy reciamente. Después que los que allí estaban les lavaron y enjugaron y apiadaron; quisieron pasar aquel día adelante pero ni en aquel día ni en el siguiente cesó de llover, y así no pudieron salir de allí hasta el sábado. Fray Domingo de Medinilla que aun no era sujeto al padre vicario quitose de ruidos porque sabía el trabajo que había de padecer y fuese delante aquel jueves de mañana diciendo, que sería bien irse a la ciudad para enviarnos algún refresco; pero ya teníamos entendido que no se daría mucha mafia a ello y por eso ni se nos daba nada que se fuese ni que se quedase.

XL

Prosiguen los religiosos su viaje hasta llegar a la Ciudad Real

El sábado de mañana salimos de Istapangajoya y el cacique nos dio indios que nos llevasen las cargas; y a estos que llevan así cargas llaman los indios Tlamemeque; pero los españoles corruptores de la lengua los llaman Tamemes. Díonos también unas tortillas y naranjas y plátanos que hay allí muchos y hasta dos libras de pescado, que con haber comido poco les habíamos dado trabajo en proveernos por ser muchos, y el padre vicario les dio a él doncellillos de cosas que tríamos de España, como comúnmente hacía a todos los caciques y porque con lo mucho que llovía no se podía pasar el río que antes habíamos pasado y aquel día se había de pasar cuatro veces por el camino real, lleváronnos por otros caminos por unas sierras, que porque sé que no he de saber decir que tales son y que por mucho que diga no se han de entender sin verlas, no digo más sino que son los que el agua hace cuando llueve y hace arroyos por las sierras abajo, y así son los caminos comúnmente en esta tierra; subimos asidos con manos y pies colgándonos de las raíces de los árboles que hay muchos que ni dejan ver el Sol ni el Cielo. Hay fresquísimos arroyos por aquellas quebradas; pero como íbamos en ayunas pocos bebían de aquel agua, aunque íbamos sudando a

chorros; pensamos ir a comer tres leguas de allí a un pueblo que llaman Xiloxuchiapa pero en más teníamos andar allí una legua que en España tres, y así no pudimos llegar. Ibamos con todo esto cantando salmos a altas voces sin poder alentar; pero el padre vicario nos animaba mucho a cantar porque la devoción nos quitase el hambre porque su grande espíritu y devoción le hacía parecer sacralégio no ayunar una gente que su vida había de ser los milagros con que los indios se habían de convertir, y trayéndonos a la memoria los hechos de los santos padres nuestros, nos esforzaba a trabajar. Como no pudimos llegar al pueblo, comimos de aquello que llevábamos en un arroyo: apenas nos cabía a una onza, pero algunos no podíamos comer aquello de desmayados; otros que llevaban alientos para comer un buey ibanse a un arroyo y allí con agua procuraban matar la hambre. Esto padecemos por aquellos caminos y no solamente no se añade más; pero aun se quitan muchas cosas por no gastar tanto tiempo en escribirlas. A la tarde llegamos más muertos que vivos al lugar de Xiloxuchiapa. El cacique nos abrazó a todos con gran regocijo; pero viendo que no había aparejo para estar allí el domingo y que nos comían los mosquitos, acordamos de bajar a dos casas de españoles que nos decían estar casi una legua de allí al pie de la cuesta, y así la bajamos o la rodamos porque es áspera y muy larga. Llegados a casa de los españoles hallamos allí a fray Domingo de Medinilla que no había podido pasar adelante, hallamos también a fray Tomás de San Juan contando del peligro que en aquel río había pasado, porque por ahorrar camino los indios habíanlo llevado por el río y como iba tan crecido no se podían valer a sí y la hamaca y

algunos arrancábalos el río de la hamaca, y si acaso no se hallara allí Segovia que bajaba por el camino de las sierras que se junta allí con el otro camino, sin duda se ahogara; pero Segovia y muchos indios que iban con él se arrojaron al agua y con ayuda de Dios le dieron la vida. Este padre estaba ya para entrar en la barca y por no sé que estorbo se quedó y después en el río de Tabasco se comenzó de noche a anegar su canoa, y a las voces acudieron los demás y lo remediaron y ahora aquí se hubiera también de ahogar. Diéronnos aquella noche colación de una conserva que el señor obispo nos había dejado y fray Domingo nos lavó los pies y limpios y muertos de hambre nos acostamos sobre unos sartos de palos que acá llaman los españoles barbacoas y porque no había ropa ninguna más que los palos y los hábitos y sentíamos frío hicimos algunos grandes fuegos: el día siguiente porque era segundo domingo de cuaresma y aun las cargas no eran venidas de Xiloxuchiapa y porque no nos podíamos tener, nos quedamos allí. No estaba presente el principal español de aquellas casas y porque su mujer no tenía que nos dar, no osaba ella ni los demás parecer delante de nosotros. Después que dijimos una misa para todos queríamos matar la hambre con yerba buena que hay por allí y no podíamos; allí bien tarde nos enviaron creo yo lo que para sí habían aderezado, que no bastaba para hartar a cuatro, y aquello comimos entre todos y pasamos aquel día mucha hambre y necesidad. Otro día de mañana viendo que las cargas no venían, dejó el vicario allí a fray Pedro Cabrera y fray Luis que las esperasen, y nosotros tomamos nuestro camino y llevamos a fray Tomás de San Juan con nosotros a pie y cayendo y leván-

tando. También tuvo allí el padre vicario una calentura y así iba mal dispuesto; envió desde aquí a Rodrigo López por la parte del ható que él dejó en Tlacotalpa; pero los caciques lo enviaron de pueblo en pueblo sin que nada faltase y así nos tornó a alcanzar presto con ello: envió también delante a fray Domingo de Medinilla y con él a fray Alonso de la Cruz; también compró aquí una botija de vino y holgáramos que fueran seis, que nos hicieran más al caso que el ornamento para que según andaban los pesos que nos dieron en Tabasco. En saliendo de casa nos desayunamos con pasar el río a ayunos, iba muy frío y dábanos a las cintas; aun no venían bien enjutas las túnicas cuando aquí las mojamos otra vez, porque no bastaba nuestro calor apenas para vivir cuanto más para enjugar la ropa, porque como ya dije, no traíamos entonces otra cosa. El camino era como los pasados asperísimos pero cubiertos de árboles que nos defendían del recio sol que hacía y cada tiro de ballesta topábamos un fresco arroyo. Es el camino un pie de ancho, como todos los demás, y así íbamos todos enhilados como es costumbre de los indios, aunque vayan mil; va a las veces por las lomas de los cerros con grandes despeñaderos a los lados que pone espanto. Algunas bajadas de cuestras hallábamos puestas pasamanos a manera de barandas a que nos asíamos para poder bajar. Acabósenos la arboleda y íbamos muertos de hambre y cansados; hablaban algunos de los trabajos que pasábamos y contaban de la suma pena de España a donde llega y cuanto regalo nos fuera entonces comer pan y agua sentados en un refectorio regado; contemplábamos a los frailes que aquella hora salen de visperas y van

a comer al refectorio buenas viandas y a beber vino frío y con esto nos consolábamos en nuestro trabajo, sin saber dónde ni qué habíamos de hacer.

Moraba en una quebrada que hace entre aquellas grandes sierras junto a un río un cristiano que se llamaba Pedro Gentil. Este era casado con una honrada y devota mujer y entreambos tenían cédula de hermandad y eran hermanos de nuestra orden allá en España. Como supieron de nuestra venida, aderezaron lo que supieron que habíamos menester y viniendo nosotros cansados y más de lo que he dicho, llegamos a unas casas sin saber lo que en ellas teníamos, que hecha oración en un devoto oratorio que entre las casillas había, llevemos luego aquel cristiano a su casa, donde fuimos alegremente recibidos de su mujer y en entrando por las puertas vimos las mesas puestas con manteles alemaniscos hasta el suelo y encima muchos vasos y porcelanas con muy buen pan y muchos melones de Castilla. No os sabré decir con cuanta devoción y lágrimas nos llegamos a aquel santo altar que el Señor nos tenía en aquel desierto ya aparejado donde nos dieron una limpiísima y abundante comida y bebida, no de cacao sino de muy excelente vino de Guadalcanal; por cierto nosotros topamos lo que habíamos menester y muy menester. Comimos aquel día allí con mucha alegría servidos de nuestros huéspedes y hermanos, que eran por cierto muy devotos y caritativos, sino que los echó su desdicha a mala tierra para poderse salvar. Tenían cerca de allí pueblos que los servían y proveían largamente de lo que habían menester, y no solo este día nos consoló, pero después veces muchas andando visitando la tierra y los lugares de los indios han aportado por allí los religiosos cansados

y han hallado allí lo que este día nosotros y los han lavado y servido en sus dolencias. Dios les dé gracia, para que alcancen misericordia como se las deseamos. Por aquí pasó el señor obispo y dejó malo aquí a fray Rodrigo al cual hallamos malo en cama y lloró mucho con nosotros y nosotros con él. Dejonos aquí también el obispo a un clérigo manco y buen hombre que sabía la lengua de la tierra para que nos guiase y ayudase en el camino. También nos dejó una botija de vino, que lo habíamos bien menester. Aquí nos vino a ver un cacique y recomendársenos diciendo que porque mostraba que les pesaba de los agravios que los españoles hacían a sus indios, le habían quitado su cacicazgo. Dionos Pedro Gentil pan de maíz y huevos para el camino y alpargatas porque algunos iban descalzos y así nos despidió. Fray Rodrigo no estaba peligroso aunque estaba cansado y flaco y así lo dejamos allí y quedó con él fray Cristóbal Pardave para que lo cuidase y sirviese. En saliendo del pueblo pasamos dos veces el río en ayunas y fuimos aquel día por un camino fresco; pero no nos quitaban los árboles el sol y así padecemos mucho trabajo y calor porque todo es de cuestras ásperas como las demás. A la mitad del camino hallamos en un arroyo mucha gente, y así indios como indias como muchachos que eran de un pueblo que está entre aquellas sierras, y habían salido allí a vernos y a traernos huevos y pan de aquellos bodoques, que arriba dije. Allí nos hartamos de huevos cocidos que era ya mediodía y pasamos adelante. Llevábamos doliente y a pie a fray Tomás de San Juan con gran trabajo y el padre vicario iba también a pie con actual calentura, cayendo y levantando. Por cierto no se puede pintar lo que en este camino se

padeció. A la tarde llegamos a un ingenio que se hacía al pie de unas altas sierras, donde estaban dos españoles que entendían en la obra y allí también era la habitación del clérigo que venía con nosotros. Bajaron de un pueblo que está en aquella sierra más de quinientas personas a recibirnos; recibiéronnos en procesión y tenían hecha una calle de ramos hasta la iglesia y muchos arcos muy frescos que nos puso en devoción e hizo derramar lágrimas. Hecha oración y cantada la salve en la ermitilla, nos fuimos a una gran casa que allí está donde había unas grandes barbacoas en que descansamos aquella noche. Viendo el padre vicario el trabajo que se pasaba y que tales veníamos, acordó que esperásemos las cargas allí aquel día que escribió a fray Luis que viniese presto, porque allí venía bizcocho y algo con que nos podíamos remediar; pero había tan mal recaudo que fray Luis hubo de volver a Xilocuchiapa y apenas con trabajos los arrancó de allí. Como descansamos allí el miércoles, luego adolecieron fray Gerónimo de San Vicente y fray Jorge de León y fray Alonso de Noreña. Habíamos de subir en saliendo de allí, la cuesta de Tlapilula que es afamada en toda esta tierra, y viendo el padre vicario que caían tantos malos y que todos íbamos en disposición de caer, dio licencia para que los flacos almorzasen y así almorzaron allí a un huevo asado cada uno. En saliendo de la posada comenzamos a subir aquella espantosa cuesta a las veces en pie a las veces a gatas donde todos especialmente los enfermos padecieron gran trabajo. El padre vicario nos decía que el que no pudiese que no ayunase, porque él no se atrevía a dispensar o dar licencia; pero con esto no había nadie que dejare de ayunar hasta entonces. Lie-

gamos tales al cabo de la cuesta que vimos ser imposible pasar de allí sin comer, y así el padre vicario como todos, bebimos allí en una fuente clara con un poco de pan y queso. Desde allí se adelantó el clérigo y fray Pedro Rubio para hacernos de comer en un arroyo, más no hallaron agua hasta tres leguas de allí, que para nosotros y en aquella tierra eran doce. Ibamos muertos por aquellos soles y añadiósenos el trabajo que habían pegado fuego a los montes y pasábamos corriendo a las veces saltando por sobre el fuego con no ser el camino más ancho que de un palmo. A hora de vísperas topamos con nuestra gente tales cuales podeis considerar y ya no íbamos todos juntos porque ya no podíamos andar; pero el padre vicario aguardaba a los cojos y enfermos. Volvió luego el clérigo en su busca con un jarro de agua y un poco de conserva que nos había dado, y con aquello les ayudó a venir a los que apenas se podían menear; y no bastara aquello si Dios no trajera por allí a un vizcaíno en un caballo que viéndolos cuáles iban se apeó, que subida la cuesta había razonable camino y traía a uno y volvía por otro. El padre vicario con venir con una calentura que se asaba no quiso subir él sino que los demás subiesen en el caballo, padeciendo él porque los otros se aliviasen, y así llegó poco menos que muerto, diciendo que había visto el cabo de sus fuerzas y viéndolo a él tal nos animamos nosotros a trabajar con los demás. Llegó también allí enfermo fray Vicente Núñez; no quisimos comer hasta que todos viniesen y así comimos aquel día cuando se ponía el sol. Hasta allí parecióle al padre vicario no entrar en hamaca y lo tenía por sacrilegio; pero allí no pudo dejar de condescender con el ruego de los padres más antiguos

viendo cuales iban los frailes y él, aunque consigo ninguna misericordia usó, que siempre fue adelante en los trabajos. Otro día de mañana fue el clérigo a pie a gran prisa a buscar hamacas a los pueblos comarcanos y nosotros quedábamos todo aquel día allí en unos ranchuelos que nos hicieron los indios. Aquel día vinieron fray Juan Cabrera y fray Luis que traían las cargas que podían y dejaban a Segovia y a otro primo suyo que llamaban Roldán que eran de los que venían con nosotros, en casa de Pedro Gentil enfermos donde finalmente quedó sepultado Roldán, aunque mozo y reciesísimo pero vencieronlo los trabajos que Nuestro Señor nos ayudó a pasar. Dejaban a otro mancebo que llamaban Núñez que también iba con nosotros, en Tlapelula aguardando otro poco de hato, pero adoleció allí y acojiose a casa de Pedro Gentil donde despidió el mal echando por las narices infinidad de gusanos. Pesquera quedaba atrás con los libros. Rodrigo López iba adelante con otro hato, y así ya no iba seglar en nuestra compañía. Aquel día que descansamos caímos muchos enfermos que no sé cuántos éramos, más de que no había quién pudiera servir a otro, creo que estábamos trece echados en aquella choza, tres en un colchón del clérigo y los demás en el suelo todos con calentura en un despoblado. La cena de los enfermos a quien dejó la calentura fueron unas migas y a los que no habían comido aquel día les añadieron unos bledos que trajo allí no sé quien. Después comenzó a tronar y llover y con esto los sanos se dieron prisa e hicieron una chozuela con ayuda de los indios en que con mucho fuego pasaron aquella noche. Otro día de mañana día de nuestro padre Santo Tomás dieron a los enfermos para esperar

la calentura y para caminar un poco de bizcocho y un poco de queso. Con esto comenzamos a caminar enfermos y sanos por aquellos horribles caminos todos a pie no podían llevar a los más enfermos especialmente a fray Pedro Calvo que le tomó allí el dolor de tripas que arriba dije, y no podía quitar la cabeza de las rodillas que era lástima verlo y pensamos que muriese. Fray Alonso Portillo no lo podíamos menear, lo llevaban sobre un palo en los hombros fray Vicente Ferrer y fray Francisco de Quezada y fray Domingo de Ascona, otras veces ellos y fray Domingo Vico que decían en España que se había de derretir al sol, llevaban a fray Alonso a cuestras. Con todo esto íbamos dando gracias a Dios cantando y aunque cuando llorábamos, íbamos alegres, fray Luis corría y discurría de unos en otros dándoles bizcochos y vino y a las veces les cantaba porque comiesen y a las veces lloraba de verlos: al cabo de buen rato topamos al clérigo que venía corriendo con tres hamacas e indios y no se pudo acabar con el padre vicario que fuese en una y así llevaron a fray Pedro Calvo y a fray Tomás de San Juan y a fray Alonso Portillo. A la noche dormimos en aquellos montes en una chozuela sobre un poco de paja. Los sanos comieron solamente unas migas, a los enfermos dieron solo un huevo a cada uno que no había más.

Otro día subieron los tres en las hamacas: los demás fuimos a pie dos leguas de una cuesta como las pasadas. Todas las cuestras y puertos de España son salas barridas en comparación de estas cuestras. Traían con gran fatiga a fray Jorge que venía muy malo a pie. Llegamos de esta manera a un lugarcito que llaman Amaticán a donde oímos una misa

que se dijo por ser domingo y luego nos derribamos por aquellos suelos con nuestras calenturas que ya teníamos; a otros les vinieron allí. Era lástima de vernos. En este pueblezuelo hallamos refrescos que el señor obispo enviaba de conservas y melones que era todo tan menester como podéis imaginar. Era este lugarejo como un horno creado todo de sierras; no hay más memoria ni conocimiento de Dios, que ahora cien años, aunque decían el credo en latín sin que palabra de las que decían significase nada en ninguna lengua y aquello era lo que sabía, el que más sabía en esta tierra. Envió desde aquí el clérigo a rogar a otros indios que nos viniesen a ayudar en hamacas; pero dijeron que ya el gran padre era pasado y lo habían hecho flesta, que nosotros éramos padrecitos, que no querían venir y así nos hubimos de ir el día siguiente. A fray Pedro Calvo y a fray Alonso Portillo y a fray Jorge llegaban en hamacas fray Tomás de San Juan no podía ir a pie y quedó con él allí fray Francisco de Quezada. Como los indios se vieron solos con fray Pedro Calvo decíanle: Vellaco bueno vas y gordo, vete a pie y echábanlo en el suelo y el pobre estaba anudadas las tripas que no se podía menear hasta que lo levantaban. Aquel día caminamos con gran sol y en el camino no había árboles sino es en los arroyos que los hay allí muchos y muy frescos. Habíamos de subir aquel día para llegar al lugar, una cuesta casi de una legua y es tal que con estar ya nosotros hechos a cuestas cuando visitamos los indios siempre ordenamos la visita, de suerte que bajamos aquella cuesta y no la subimos por su aspereza y por el sol que hiere allí, y la gran calor. Al pie de ella se pasa un arroyo que tienen por achaque

los indios que adolece el que lo pasa y nosotros lo hemos experimentado y así nos pasaron por allí a cuestras y allí bajaron indios con un poco de comida, y allí hicieron los indios fuego y nos asaron huevos y en una olla de miel que nos traían, que decían ellos que era virgen y muy buena, cocieron aquellos bodeques y así comimos y nos esforzamos a subir la cuesta; pero apenas dábamos veinte pasos y luego nos echábamos que no podíamos alentar pero el padre vicario tiene una gracia especial en esto que era ir cual podéis imaginar que iba sintiendo por propios los males de todos; en sentándose un enfermo se sentaba él también y hacía que todos se sentasen y mostraba que no se le daba más por llegar hoy que llegar de aquí a un mes; y aquel era gran consuelo para los flacos. Yendo con esta aflixión en medio de la cuesta tomamos a Rodrigo López y a un cristiano en un muy fresco arroyo. Enviábamos con aquel español el señor obispo, refresco, y así nos tenía allí una cesta de roscas de pan de Castilla que desde Santo Domingo no la habíamos visto y una caja de conserva y un gran jarro de vino con una galana vasija para beberlo. No podéis pensar el regocijo que sentimos, tanto que con lágrimas lo bendecimos y dimos gracias a Dios. Nunca bocado de pan ni trago de vino tomamos tan suave en nuestra vida, como aquel, porque íbamos para expirar y desmayados del agua del arroyo. Con aquello comenzamos a caminar y resucitamos a fray Alonso de Villalva que lo hallamos caído con una gran calentura, que hasta allí venía bueno; pero aun nos quedaba la cola por desollar y lo más agrio de la cuesta por subir, que era una fuerza de indios donde se subían cuando las guerras de los cristianos y nunca

allá llegaron, sino que como los indios supieron que veníamos, a manadas se arrojaron a aquella cuesta abajo y en un punto nos tenían en hamacas sobre la cuesta a todos los enfermos. Tenían desde lo alto hasta la iglesia hecha una calle de ramos con muchos arcos de hojas y flores, recibiéronnos con un gran mitote que era para alabar a Dios. Tenían en la iglesia muchas y muy gran cidras, las mayores que en nuestra vida vimos y muchas naranjas que traen de huertas que allá abajo tienen: junto aquel río tenían hecha una casa de ramos verdes la más fresca que se puede imaginar, donde diéronnos de comer a los sanos muy bien, mucho huevo cocido y fruta y a los enfermos gallinas. Aquí vinieron todos los pueblos comarcanos y numerosas gentes desnudas a vernos, sino los principales que venían vestidos a la manera que los de Yucatán y sus mujeres también; los demás hombres y mujeres todos venían como allá arriba dije, que todos es una cosa y no lo hay para que repetir. En cada pueblo traíannos presentes de plumas verdes, huevos, pescado, pan, gallinas, frutas en gran abundancia que nos hacían llorar de placer de verlos y de lástima por otra parte, porque por aquí casi todos eran infieles y los bautizados eran como ya arriba dije sin ningún conocimiento de Dios. Por intérprete les decíamos algo pero todo era aire porque ni nosotros sabíamos lo que le habíamos de decir, ni el intérprete los entendía y por consiguiente no le podía volver, como después hemos largamente experimentado. Aquí comienza gente de otra nación y lengua que se llaman *queleños* y comienza desde allí ya su tierra fría y hacia por allí nieblas y habíamos menester lumbres. Había tanta gente para llevar las cargas

y hamacas que a porfía andaban sobre quien lo había de hacer; pero no quiso el padre vicario que fuesen en hamacas sino los que iban muy enfermos. Otros fueron en caballos que el obispo envió, porque pasadas dos leguas era ya hasta Chiapa camino llano; digo hasta la ciudad de los españoles. Otro día partimos de aquel pueblo y fuimos a otro que llaman Nistlán, a donde por no ser prolijo, no cuento los recibimientos que nos hicieron que fueron muchos y mayores que hasta allí y más gente hubo que en el pueblo pasado, porque creo que no quedó hombre ni mujer en los pueblos alrededor que no nos viniesen a ver. Poníanos en admiración ver lo que con nosotros hacían con nuestra venida, diciendo que veníamos a enderezar sus corazones y a sacarlos de sus pecados y a darles a conocer a Dios, mostrando gran deseo de las cosas de Dios; cada hora derramábamos lágrimas, acordándonos de nuestros amigos que no quisieron venir con nosotros viendo lo que perdían y deseábamos que ya hubiese mensajero para escribirse los, como ellos nos lo habían rogado.

Aquí pasamos en casa del cristiano a quien aquel pueblo sirve; había muchas azucenas y flores de Castilla con que nos consolamos. Venían los principales a rogarnos que fuésemos por sus pueblos, pero nosotros no sabíamos la tierra y así por donde nos llevaban íbamos. La comida que traían tomábamosela por hacerles placer y dábamosela a otros, que eran tantas las gentes que venían que los lugares no las pudieran mantener, sino lo que unos nos daban dábamos a otros y eran tantas las alegrías que estos bárbaros nos hacían, que parecía que sus corazones les daban a entender el bien que les venía, que a la verdad fue el mayor que ellos.

jamás tuvieron ni merecieron tener. Otro día fuimos algunos en las hamacas, otros en sus caballos y el vicario con los sanos a pie a comer a un pueblo que llaman *Ixtacustuc* que es una buena legua. Tenían por fiesta abierto camino nuevo junto 'al viejo; fueron tantas las fiestas, arcos, calles de ramos, casas de flores que todo lo pasado no había sido nada, que por no ser tan largo no lo cuento en particular, gente y numerosa comida, presentes muchos. Salidos de allí fuimos a otro pueblo que llaman *Muztenango* donde tenían casas nuevas en que posásemos porque estaba allí un mestizo que nos había ido adelante a ver y aquel había traído de su casa aderezo para darnos de comer. Recibieronnos con cruz, sin creer en ella ni ser cristianos como después hallamos, porque a todos estos pueblos que he dicho nosotros los hemos después alumbrado y bautizado y destruido de ellos el culto de los ídolos, como adelante se dirá. Allí vino un cacique y dejadas muchas cosas que con nosotros pasó la causa de su venida era que viéramos si un indio que traía consigo estaba instruido en las cosas de la fe, porque lo llevaba para que lo enseñase a él y a los de su pueblo, porque decían que deseaban conocer a Dios y dejar las cosas de sus antepasados, y que los cristianos a quienes tributaban, no les habían dicho ni enseñado cosa ninguna. Haciannos estas cosas gran lástima, viendo en España tantos buenos deseos sepultados que se pudieran bien emplear. El predicador sabía el credo en latín y los mandamientos en romance y aquello iba a enseñar. ¡Oh ceguedad grande de cristianos que el que más mostró a los indios fue una o dos veces en el año cuando iba a ver a sus ganados y coger sus tributos! Juntábalos a palos en la

iglesia y deciales el credo en latín y los mandamientos en romance si los sabía y los oí yo alabarse muchas veces de esto que habían hecho y llamar a los indios perros emperrados que no querían saber las cosas de Dios ni creer en él, y después que los religiosos les dieron a conocer a Dios en su lengua, había quien dijese que destruíamos la tierra y que éramos locos, que enseñábamos las oraciones y artículos en lengua de indios y hacían que no la dijesen en lengua de cristianos, que era una calderería ver los indios cantar la doctrina en su lengua que no sabía él si llamaban a Dios o al Diablo. Mira que ceso, mira que prudencia de cura, que sé yo que tiene cinco pueblos que lo sirven con condición de que los traiga a conocimiento de Dios. Largas serían de contar todas las locuras y desvarios que sobre esto hemos oído, queriendo insipientísimos hombres convertir la sabiduría a su insipiente.

Esto he dicho para que se vea el deseo que en estos indios hallamos de la fe y el ayuda que los apostólicos conquistadores han tenido con no tener otro color que dar a sus conquistas y tiranías sino que por hacer a estos cristianos fue justo todo aquello. Otro día de mañana fuimos dos leguas a una estancia de la madre de fray Domingo de Medinilla, donde nos decían que había todo recaudo para comer; pero llegados allí, no hallamos nada; de lo que llevábamos comieron algunos que no podían ya andar, otros no comieron de ello por estar con calenturas; y otros porque querían ayunar y querían guardar para comer después. Partidos de allí fuimos camino de la ciudad a vista de la cual hallamos en un arroyo muchos mexicanos en una ramada, que nos tenían allí muchos melones de

Castilla. Desde allí se volvieron todas las hamacas y los religiosos fueron todos a pie acompañados de algunos indios principales, excepto los que de ninguna manera podían caminar que fueron a caballo hasta un río que se pasa junto a la ciudad, desde donde entraron a pie todos y algunos cayéndose con la calentura.

XLI

De la fundación de Ciudad Real y conquista de aquellas provincias que llaman de Chiapa

Habiendo de tratar de la Ciudad Real de Chiapa por las muchas cosas que en ella acaecieron a nuestros religiosos, será razón dar alguna luz de aquesta ciudad y sus provincias y como se sujetaron y cuando se conquistaron; en que conocidamente nuestro Remesal padece engaño en decir que su primera conquista la hizo Diego de Mazariegos por haberse rebelado a la obediencia que habían dado a Su Majestad, pues que las conquistó el capitán Luis Marín el año de 1524 por la Cuaresma, como latamente refiere Castillo que se halló en aquesta conquista y pasó el caso de esta manera. Conquistada la ciudad de México, trató Cortés de ir reduciendo otras provincias; y entre ellas sujetó la que está sobre el mar del norte y confina con Tabasco y la provincia de Oaxaca. Allí se fundó una villa que llamaron Guazacualco con muchos conquistadores, entre quienes se repartió aquella tierra y especialmente lo que tira a la Provincia que hoy se llama de los Zoques. Estos acudían mal con sus tributos y cada día se levantaban y mataban a los encomenderos que solían ir a cobrar sus tributos, a cuya causa enviando Luis Marín con doce soldados y otros indios de ayuda para que los redujesen a que estuviesen de paz y cesa-

sen aquellas hostilidades; entre ellos fue el mismo Castillo y saliendo los indios de guerra los desbarataron y mataron a los más de ellos y casi milagrosamente escapó aquí el mismo Castillo como él cuenta. Viendo esto Luis Marín y que no se podía hacer cosa alguna para traerlos de paz, se fue a ver con Cortés a México para tratar de aqueste negocio, quien dispuso que entrase Luis Marín con la gente que le dio y otra que había de salir de la Villa de Guazacualco y fuesen a sujetar aquellos pueblos y en especial aquella nación chiapaneca que era la más belicosa y valiente de todas aquellas provincias, nación que nunca pudo sujetar Moctezuma, antes hacían grandes hostilidades en sus vasallos; y así viven muy engañados los que piensan que estos fueron procedidos de los que traían los tributos de Nicaragua a Moctezuma y que allí se fundaron para tener descanso en el camino. Es verdad que ellos proceden de aquella provincia de a donde se vinieron muchos años antes de la entrada de los españoles, buscando tierras en que vivir como otros muchos, viniendo todos de hacia aquella parte, como se ha dicho. Estos habían hecho sus fortalezas en unos peñoles o eminencias que están sobre el gran río que hoy se llama de Chiapa, y siendo indios osados y valientes daban guerra a todos los comarcanos y los tenían como sujetos, trayendo indios de los que rendían y fundando unos pueblezuelos junto a sí, que tenían como a esclavos y les labraban y cultivaban sus tierras, con que ellos se daban solo a la guerra. Sobre estos como más valientes y belicosos vino Luis Marín por los principios del año del 1524 al mismo tiempo que Alvarado estaba en las conquistas de Utatlán y viniendo Luis Marín con su gente

por Xucuxuchiapa aportó a Ixtapa y saliéndoles allí un grueso ejército de indios chiapanecos se vieron en gran conflicto por ser gente esta muy belicosa; pero con el ayuda de Dios los hubieron de vencer y tomando después la marcha para el pueblo de Chiapa le salieron al encuentro otras gentes con quien tuvieron otra recia batalla en que casi todos salieron heridos y hubo algunos muertos y retirándose los indios pensando ellos que los llevaban de vencida de repente le salieron muchas emboscadas con muchos artificios que hicieron para poder coger en ellos los caballos, pero no fue posible sino que también quedaron vencidos con lo cual pasados de la otra parte de aquel río caudaloso trataban de rehacerse para venir con más pujanza; pero disponiéndolo Dios mejor, movió a los indios que ellos tenían como esclavos que se levantasen contra sus dueños y avisando aquella noche al ejército que estaba en vela les prometieron a la mañana canoas para pasar y un vado razonable. Como lo prometieron así lo hicieron y a la mañana venidas las canoas se arrojaron al agua y acudiendo luego los indios a la defensa del vado, hubieranlo defendido bien porque los españoles no podían tomar tierra; pero sobreviniéndoles por las espaldas sus esclavos que se les habían alzado hubieron de ceder al combate por hallarse acometidos de ambas partes, con lo cual pudieron tomar tierra los españoles y acometiéndoles valerosamente se retiraron los indios a las fortalezas de sus peñoles que son muy fuertes; pero enviándoles mensaje de paz asegurándoles volver sus presos y que les perdonarían lo hecho, se hubieron de rendir y dar la obediencia a los Católicos Reyes. Con esto se fueron sujetando los demás pueblos comarcanos como

fueron Copanaguastla, Chamula y Sinacantlán que eran los mayores; pero sucedió que desmandándose un soldado que no dice Castillo como se llamaba por su honor fue al pueblo de Chamula diciendo cómo el capitán Luis Marín les demandaba oro. Diéronle ellos algunas joyas, y viendo él que era poco, echó mano del cacique y lo puso en prisión. Con esto se levantaron los indios de Chamula. Acudió Luis Marín y sabido el caso, puso preso al tal soldado y lo remitió preso a don Fernando Cortés, para que lo castigase, que no se atrevió él, dice Castillo, por ser persona de calidad; y con esto juzgó que se sosegasen los indios. Pero ellos no quisieron sino que se hicieran los fuertes en sus edificios y castillos que costó mucho el ganárselos por ser muy fuertes; pero quiso Dios que se les ganase la fortaleza. Pero cuando entraron, ya los indios habían huido por otro lado; pero después enviándoles mensajes de paz se hubieron de sujetar. De allí se fueron al lugar donde ahora está fundada la ciudad que llaman Zacatlán, que es un llano muy grande de donde fueron sujetándolos demás indios de aquellos contornos y tratando de fundar allí una villa conformé había mandado Cortés hubo contradicción por parte de algunos que tenían sus conveniencias en la villa de Guazacualco; y así se dejó de fundar y dieron la vuelta para su villa y de camino fueron castigando algunos pueblos de los que se les habían rebelado de la nación Zoque.

Esto quedó de aqueste modo hasta el año de 24 que como no tenían a quién temer porque los españoles estaban lejos, se rebelaron otra vez, así los de Chiapas como todos los demás pueblos co-

marcanos, que se hallaban muy bien en su libertad; y así despachó Alonso de Estrada que entonces gobernaba la Nueva España, al capitán Diego de Mazariegos con bastante número de gente para que los pacificase y como la mayor fuerza era la de Chiapa, por allí empezaron la conquista. Defendieronse valientemente porque se habían fortificado en los peñoles que están sobre el río; pero viéndose ya ellos sin poder resistir a los españoles se precipitaron muchísimos al río donde muchos perecieron sin duda temiendo el castigo por su rebelión. Habiéndose ganado los españoles y sujetado aquestos indios tan belicosos, se fueron sujetando los demás, con lo cual trataron de hacer la fundación de la Villa que se les ordenaba en las instrucciones que se les habían dado y dando después vuelta al pueblo de Chiapa dispusieron la fundación dándole asiento en aquel llano una legua apartados de la población de los indios, aunque no de propósito, sino mientras se hallaba sitio más acomodado y así a principios del mes de marzo de 1528 se nombraron alcaldes a Luis de Luna y Pedro de Orozco. Poco duraron en este sitio porque luego se pasaron al lugar de Acatlán y a treinta y uno del mismo mes de marzo le dio asiento a la Ciudad o Villa Real que ese nombre tuvo por entonces aunque después la llamaron San Cristóbal de los Llanos. Hecha aquesta breve relación de la conquista de aquestas provincias de las Chiapas, quiero proseguir para su más claro conocimiento de lo que fray Tomás de la Torre en su historia manuscrita prosigue tocante aquesta ciudad, para que de allí prosigamos el hilo de aquella historia y de la nuestra. Prosigue pues en el capítulo siguiente y dice:

"Pues tanta memoria se ha de hacer de esta Ciudad, justo es que digamos que ciudad es y de su asiento. En lo más alto de todas estas sierras se hacen unos hermosos llanos que a partes tienen una legua y por partes más y están tan cercados de sierras muy altas, que el agua que llueve y la del río y las demás fuentes, que son muchas, grandes y hermosas, y arroyos que es muchedumbre, no tiene parte ninguna por donde desaguar sino unos secretos agujeros por donde al pie de una sierra se embebe el río y los arroyos que haya recogido consigo y al cabo de dos leguas sale detrás de unas sierras grandes muy grande, más que entró aquí. En estos valles esta una población de españoles que los indios llaman Zacatlán por la propiedad del lugar, que es dehesa o yerbasal; pero los españoles la llaman Ciudad Real, que es en el reino de Toledo. Añádenle la Ciudad Real de los llanos de Chiapa porque así se denomina esta tierra del principal pueblo de ella que es de indios y se llama Chiapa, de quien después diremos. Es la ciudad bien fría y caen hielos de noche, y se queman las hortalizas y los cojoyos de los árboles; pero mientras hace sol ningún frío se siente aunque no estén al sol; también hace frío por San Juan, como por Navidad que hace sol, que por San Juan llueve y así navidades que se queman los árboles y se hiela el agua. Los españoles siempre tienen fuego; pero los religiosos pocas veces nos llegamos a él. Es muy apacible vivienda, el tiempo ayuda a todo recojimiento, a oración y a lección, no se siente pena con los ayunos, hay nieblas por las mañanas por tiempo de los soles; pero no son dañosas, aunque andan por fuera de casa. Con ellas

dicen los indios que se ha visto anegado todo aquel valle por no poder despedir por aquellos ocultos agujeros tanta agua como recibe; pero ni se ha visto en nuestros tiempos ni de antiquísimos indios que ahora viven. Danse todas las cosas y semillas de Castilla en grande abundancia así como cebollas, ajos, habas, lentejas, lechugas, coles, rábanos, espinacas y todo lo demás que mandáredes; dase todo género de flores así como claveles, azucenas, lirios, alelíos, rosales, y cuanto hay; de todo, gran abundancia. Es tierra la de esta ciudad aptísima para muchas frutas de las de Castilla, y así hay muchos árboles, al presente especialmente en casa hay duraznos, albaricoques, ciruelas, almendras y con nogal y guindas: no hemos visto la fruta todavía, porque casi todas las cosas dichas las hemos nosotros procurado y traído de diversas partes e impuesto a los indios para que las planten y aun plantándoselas nosotros y cabáboles los hoyos y de las más de estas cosas fuimos nosotros quien las trajimos y de la otras las hemos hecho multiplicar y las que los españoles tienen, digo albaricoques, almendras, nogales, guindas, rosales y de las semillas y flores nuestras, nosotros se las hemos dado o los árboles o los cüescos; lo que hallamos y en pocas casas eran duraznos; pero aun de esos trajimos gran número de cüescos de México y así se han multiplicado y es su propia tierra y halla ya en mucha abundancia y cortada una rama de durazno y hincada en la tierra nace como de hueso; y esto basta del sitio y ciudad, que acá llaman, que tendrá sesenta vecinos españoles, aunque hay otros mejores sitios en que pudieran poblar, por ser allí el medio de la gobernación y provin-

cia y estar en comarca de ella; y aquí acuden todos los indios de la comarca y vienen a pagar sus tributos y servir a los españoles y a los mercados y a las cosas de justicia y a todas las que se les ofrecen y así hay aquí siempre grandes concursos de ellos y aunque en el mismo valle pocos hay al presente poblados que apenas serán trescientas casas; po. presto serán muchas más por los principios que están echados, como adelante diremos. Aquí en esta ciudad tienen su silla los obispos de Chiapa, aquí está la iglesia Catedral y la justicia de la tierra. Aquí venimos nosotros guiados, y aquí se encaminaba el gran tesoro de sacerdotes y siervos de Dios y cuales la ciudad y la tierra los había menester, porque no había en toda la provincia sino pocos y cuales adelante oiréis o ya habréis entendido por el fruto que he dicho que hallamos hecho en los indios naturales de ella. Estos pues sacerdotes que ya habéis oído que venimos, recibieron de la manera que adelante oiréis; recibieron, digo, a los cristianos y apostólicos varones que pasaron a predicar el evangelio de esta tierra a quien por título de su conversión han dado los indios sin número de tesoros y muerto infinitos sacándoles oro de las minas y acabándose los pueblos dándoles esclavos con los cuales también dicen los gobernadores en las cédulas por donde encomiendan indios que descargan la real conciencia de su Majestad porque ellos han de traerlos al conocimiento de Dios y por esta causa les dan licencia para que se sirvan de ellos".

XLII

De la entrada de los religiosos en la ciudad

Desde el río que está cabe la ciudad entramos todos en procesión callando y guiándonos dos espafíoles que topamos. Nos fuimos a la iglesia y hecha oración y dadas gracias a Nuestro Señor por las mercedes que nos había hecho en traernos a tierra de cristianos y dar fin a nuestra jornada, nos fuimos a casa de un vecino que se llama Diego Martín, a donde nos tenían aposentados y fray Jordán había pedido muchas cosas de las que habíamos menester, así como colchones, almohadas, toallas, mesas, manteles y para los enfermos tenía hechas buenas camas y para los demás colchones y almohadas y tenía hecho un refectorio donde comiésemos y puestas mesas, y un oratorio con altar donde rezásemos, todo lo mejor que él pudo. Aquí en esta casa posamos y descansamos. Llegamos aquí jueves día de San Gregorio después de la tercera dominica año de 1545 a cabo de grandes trabajos y fatigas: acostados los enfermos se fueron los demás a comer, aunque hallaron ruin aparejo. Luego vino el señor obispo a vernos y nos dijo como tenía ordenado de salirnos a recibir con los clérigos y toda la ciudad, sino que no pensó que llegáramos tan presto, y como a él le habían hecho grandes fiestas, como había puesto en paz la ciudad, que estaba revuelta con el dean de aquella iglesia; y otras muchas cosas

que habían pasado en que le mostraban toda voluntad; pero no era necesario que nadie le dijese el bien tenía en ellos, que el bien los conocía y sabía que buscaba *qua sua sunt*. Luego vinieron los vecinos a vernos y mostraron que se holgaron mucho con nuestra venida y hiciéronnos grandes ofertas que con las obras las confirmaron muchos días, porque todos nos visitaban y enviaban limosnas de pan, vino, carnero, gallinas, pescado, huevos, miel, manteca, melones, plátanos, conservas y de todo lo que habíamos menester nos proveían largamente. Hay aquí también una casilla de la Merced en que había tres o cuatro frailes y tenían por comendador un viejo honrado, antiguo en estas tierras, y conocido viejo del obispo y como supo que venía alzó reales para salirse de su obispado creyendo que no serían para en uno porque él y los demás que son antiguos en la tierra no creen más nuestra teología y opiniones que los moros el evangello; pero el obispo en saliendo del río de Grijalva como esto supo, le escribió que no se fuese de allí sin que lo aguardase porque él haría todo lo que cumpliese a su consolación y le daría pueblo donde se asentase para criar sus ganados y vivir en descanso. (No se puede dejar de notar aquí la gran falsedad de un cuaderno manuscrito del convento de la Merced da Ciudad Real, que dice que el señor obispo no quiso dar los pueblos sino que todos los dio a la religión, pues como se irá viendo en el progreso de aquesta historia pocos pueblos nos dio el señor obispo por entonces y los más, porque éramos pocos, se estaban sin ministros, hasta que fueron viniendo más religiosos que tardó muchos años. La causa fue que no se aplicaron a saber lengua y así por esto no consintió que visitasen los pueblos, porque bau-

tizaban sin catecismo, como se verá; y si no, diga como cuando el padre Arbolancha mercedario fue provisor no les dio pueblos por lo mismo. Tampoco los tuvimos en Guatemala y porque no se queja del señor Marroquín. Lo cierto es que uno y otro obispo deseaban tener ministros; pero como no se aplicaban a saber lenguas no administraban. Adelante se irá viendo esto más claro). Con esto se quedaron allí los padres de la Merced y teníamos su casa desembarazada y aparejada para que posásemos en ella pero fray Jordán que sabía lo que nos cumplía y hallando esta otra casa vacía de los huéspedes y mayor que la de la Merced, aposentonos acá; pero en la Merced había tenido y curado a fray Alonso de la Cruz que vino con Medinilla y había estado muy malo y lo estaba. Luego los padres de la Merced vinieron allí y nos ofrecieron todo lo que tenían con gran voluntad y cada día de allí adelante nos guisaban allá la comida de los enfermos y nos enviaban conservas y todo lo que tenían, porque lo podían hacer mejor que los vecinos, que tenían muchos ganados y todo lo necesario y así nos hicieron muchas buenas obras entonces y otras muchas veces, y si quisiésemos decir otra cosa mentiríamos en ello porque eran hombres honrados y de caridad y de buena fama en el pueblo. También acudieron aquí indios de toda la tierra, de cerca y de lejos, y traíannos muchos presentes y así abundábamos de todo. Los caciques traíannos buenos presentes de gallinas, miel, frutas y de todo lo que tenían los pobrecitos: venían a traer unos huevos, otros un pollo y por ventura con mayor voluntad que los ricos, traían lo que traían lo poco que tenían. No quedó pueblo ni indio principal que no enviase presente y nos viniese a ver y muchos mace-

guales pobres también; y queriendo el padre vicario que estuviésemos bien ocupados, desde a tercero día que llegamos, quiso que dijésemos las horas en común y en todas las cosas nos hubiésemos como en convento; y así se hacía que se cantaba misa, vísperas y completas y fray Jordán que solo estaba para ello, predicaba a las veces en la iglesia y a las veces en la casa y así comenzó la casa de Diego Martín a ser casa de oración y la gente venia allí a los oficios y como veían esto y los que entraban allí veían tanto recojimiento como en monasterio y a nosotros jamás nos veían fuera de casa sino a los dos que salían a proveer de lo que era menester, estaban muy edificados y muy contentos con el bien que les había venido y los indios concurrían allí, así los del valle, como los que venían a servir como otros de los pueblos, y aunque comenzábamos a aprender vocablos de la lengua mexicana en que les pedíamos lo necesario, pero no para poderlos aprovechar en nada; con todo eso, conocían ya la casa como casa de sus padres. Fray Tomás de la Torre, fray Alonzo de Villalva y fray Gerónimo de San Vicente y otros enfermos presto convalescieron; a fray Pedro Calvo de cuando en cuando se le torcian las tripas, que estaba días que ni comía ni se menzaba y así pasó muchos tiempos acudiéndole el achaque muy frecuentemente, a fray Tomás de San Juan y a fray Alonzo de Portillo y algunos hermanos legos les duraron días sus enfermedades y los dos primeros llegaron a la muerte y luego convalescieron: fray Tomás perseverando tiempo: fray Alonso en su mal: en estas cosas y otros santos ejercicios perseveramos aquella cuaresma con mucha quietud y sosiego en aquella casa de Diego Martín. Ahora nos hace lástima aquella casa viéndolo cual

está, acordándonos de las lágrimas que en ella se derramaron, de las disciplinas que en ella se tomaron, de las misas y oraciones que desde allí se enviaron a Dios, que sin duda fueron muchos y con mucha devoción porque fue entonces nuestro primer fervor y donde concebimos todo lo bueno que pensábamos hacer en toda nuestra vida. Dicen los españoles que con nuestra venida se consagró aquella casa a su mal, porque allí posaron después los jueces que los han puesto en pretina; y pues el señor obispo es el principal miembro y cabeza de nuestra compañía justo es que aquí le demos un capítulo a él solo, aunque si sus grandes cosas se hubiesen de contar no se encerrarían en grandes volúmenes de libros; pero yo no quiero sino contar un poquito de lo que aquí vi.

Ea valientes héroes de la religión dominica; ea valiente escuadrón volante del ejército de Domingo, ea cachorros generosos de aquel vigilante mastín de la iglesia, ya estáis en la palestra, ya os halláis en el lugar de la batalla y con el enemigo a la vista para que pensabades que os ejercitaba Dios en trabajos y aflicciones, no solo del cuerpo sino del ánima desde la hora y punto que salisteis del vientre de nuestra madre, como a Moisés, él contó que a cada uno le engendró a Cristo pasándoos por el fuego y el agua de la tribulación, pasando hambre, sed, cansancio, peligros de mar y de tierra y de falsos hermanos que os baldonaban y afrentaban y ultrajaban, no para otra cosa que para fortaleceros, para adiestraros para las grandes batallas que se os prevenían en esta tierra, no contra la carne y sangre en que han convertido la tiranía y codicia que se ha apoderado de estas gentes, sino contra los príncipes y potestades, contra los gobernadores

del mundo, de estas tinieblas que los tiene obsecados, contra todo el infierno que se conjura contra vosotros, que os quiere sacar de las manos aquestas simples ovejas para desgarrarlas, estas que os ha entregado el Supremo Pastor que compró con su preciosísima sangre para que las llevéis a los amenos y fértiles prados de la gloria y saquéis las que el rabioso león tiene en su boca para despedazarlas y las libreis de su tiranía cruel. ¿Para que pensabades que fue Dios disminuyendo aqueste lucido ejército, como el de Gedeón, quedándose unos en España, otros en las islas, otros muertos en la mar, reduciéndolo a tan corto escuadrón? No fue para otra cosa que para que se conociese que era obra de su diestra excelsa aquesta mudanza, que era suya la victoria, como la de Gedeón y como la de los Macabeos, no era aquesta sangrienta batalla para poner en ella soldados visos y menos acostumbrados a alcanzar victorias sino para soldados veteranos y diestros y ejercitados en vencer a tan valiente enemigo, ea pues esforzados y animados, pues os ha dado Dios un caudillo tan experto en estas batallas como al venerable obispo, esforzado Moisés para que saquéis a libertad el pueblo de Dios cautivo en el poder de Faraón que lo tiene oprimido y esclavizado con los insoportables servicios y tributos. No es el menor favor de la misericordia del Altísimo en daros práctico y esforzado caudillo, como a los de Israel, para que siguiendo sus pisadas, que son firmes y estables en la sólida doctrina que sigue como de gigante para no volver pie atrás; y así seguidle, animosos y esforzados que sin duda venceréis y veréis puestos a vuestros pies hecho vuestro escabel y trono a vuestros enemigos y ensalzados

el brazo poderoso de Dios en la vara de la recta justicia de que os halláis tan sedientos. ¡Dios apagará vuestra sed de ella hartándoos de justicia y de gloria!

XLIII

Del principio y motivos que hubo para los grandes disgustos y persecuciones que se levantaron contra el señor obispo y los religiosos

Hay en esta ciudad una bonita iglesia, bien labrada, de madera y cubierta de teja, las paredes son de adobes y ladrillo, digo bonita para según son las iglesias en aquesta tierra en los pueblos de españoles; aunque sus casas son asaz soberbias y galanas y costosas, como parece en México y en otras partes. Habría también en esta provincia cinco clérigos en toda ella, un deán, un canónigo y los demás clérigos simples; el obispo trajo un maestrescuela que fue el solo clérigo que llegó acá con él; el deán era jurista y canonista y gran abogado, el canónigo teólogo muy recogido y callado y verdadero sacerdote del Señor, de quien hemos de hacer larga memoria adelante. El maestrescuela era también docto canonista, los demás eran hombres idiotas y mozos y de ellos estaban en los pueblos ganando la vida a bautizar indios y aun el uno calpixque que o poco menos, el otro sembraba caña cabe un ingenio para haber parte de las azúcares; cosas infames en estas tierras. Viendo esto el señor obispo recogiólos todos en la ciudad y prometiólos aprovecharlos en cosas de la iglesia cuando pudiese y de ayudarlos a la costa con esa miseria de su renta y que comerían con él, aunque

su mesa no era apacible a todos, porque como él no comía carne no había abundancia de ella en su mesa, ni de lo demás también, porque no mudó cosa de su antiguo y regular modo de vivir; su vestido era jerga, su andar común fue a pie y con alpargates, su comida huevos y no más, de lo que los religiosos suelen comer, su ejercicio era estudiar y predicar fervientísimamente contra las tiranías de la tierra, mostrando a sus ovejas el verdadero camino de su salvación y de noche prolijas y fervientes oraciones dando, testimonio los grandes suspiros y sollozos que los que estaban escuchando a la puerta de su cámara lo oían dar. Viendo, pues, las tiranías que pasaban y queriendo oponerse a los lobos y no traer el cayado en las manos por ceremonia, probó todos los confesores que había, así clérigos como frailes de la Merced, porque no sabían nada, y expuso por confesores solamente al deán y al canónigo dándoles una memoria de casos que no quería absolver ni que absolviesen, notando por reservarlos para sí, que muy pródigo de su autoridad es, como por advertir a aquellos confesores para que ocurriendo a él con aquellas cosas pudiese guiar al confesor y al penitente en la verdad, porque entonces estaba corrupta esta tierra en esto, y sin miedo digo que los eclesiásticos estaban ciegos y más que los seglares, porque de estos sacrilegios y maldades que nosotros abominamos ningún caso se hacía, así como de tener indios por esclavos, siendo manifiesto al mundo como se hacían, sacar oro de las minas con libres, y otras inauditas tiranías de que este mundo de las Indias abundaba sin que el rey lo haya podido remediar con santas y justas leyes que siempre ha enviado, por la insaciable codicia de sus gobernadores y ofi-

ciales. Esta doctrina santa y buena del obispo bebió el canónigo abundantemente y ha padecido tanto por ella como el que más de nosotros. El deán no así, aunque a prima faz mostró que obedecía al prelado. Al maestreescuela no lo expuso por confesor porque no sabía las cosas de la tierra por la cual causa no quisimos nosotros ser expuestos. En estos tiempos no había justicia ninguna en esta tierra, regían los alcaldes ordinarios vecinos conquistadores como los demás y la Audiencia que en estas partes se había puesto por instancia del señor obispo como no tuvo quien la guiase, de aquí nacían tantos males que no os lo sé decir. El pobre viejo atormentado con esto no sabía qué se hacer, sino dar voces en aquel púlpito y en su casa contra ellos: ¿qué había de hacer cuando venía la india a hurtadillas y se asia a sus pies diciendo mira señor que me lleva un cristiano a vender y no soy esclava y no tengo hierro en la cara? Pues estas y otras cosas veía el pobre pastor padecer a sus ovejas de sus mismas ovejas. Abominando él estas cosas y teniendo atajadas las puertas de los confesores, comenzose a embravecer tanto la gente contra él, que no hay lengua que lo pueda explicar; algunos por parecerles que aquel era camino para quitarles los esclavos y granjerías, otros de vergüenza de los indios porque por allí entendían los indios que eran malos los que los oprimían, otros también porque al bulto de la gente eran cristianos y corriáanse de que no les diesen los Sacramentos al uso de la tierra sin restituir lo robado y sin cesar de robar: hicieron mil ensayos y embustes para pervertir al viejo, echáronle mil rogadores, hiciéronle mil requerimientos con las bulas del Papa, amenazaban de acusarlo porque no obedecía las bulas, hacíanle requerimien-

tos con alcaldes y escribanos protestando de se quejar de él, al rey y a sus altos consejos, al arzobispo y al Papa que les negaba los sacramentos y excluía de lo que los cristianos gozaban; y con todo esto no le podían sacar otra respuesta sino esta: ciegos desventurados, que os tiene engañados Satanás, venid todos, que yo os confesaré, dejad lo robado o siquiera dejad de robar. Respondían que lo determinase el rey y que entonces pecho por tierra lo harían, mostrábles las leyes del rey nuevas, en que mandaba hacer todo lo que él les pedía, respondían que ya de aquellas leyes habían suplicado y que no valían nada; decíanle que los letrados absolvían en las Indias y que a él no eran obligados a darle crédito, que era enemigo de los cristianos y que pretendía echarlos de la tierra. Entre esto, la plática del pueblo era: que el obispo no sabía nada y que se había graduado en Jerez, y que no sabía estudiar sino en Juan Bocasio; y aunque era confesor conocido de Sevilla y el más docto cánones y en teología que yo creo que acá ha pasado en las cosas de esta tierra, notábanlo de luterano, que no daba los sacramentos, y contaban por la plaza, no le llamen obispo que es peor que el Antecristo y otras cosas de esta manera, amenazándolo matar y para ello soltaron un arcabuz, cabe la ventana donde dormía, quitáronle todo el servicio que los indios le hacían y mandáronles que no le vendiesen pan y al dueño de la casa donde posaba, que estaba en sus pueblos le enviaron a decir, que viniese a la ciudad para echar al obispo de aquella casa donde posaba y que no tuviese donde ir. Decían que no era obispo porque no estaban todos los regidores presentes cuando lo recibieron en la ciudad, y otros disparates que sería largo de contar; enviáronle

decir que no predicase porque si lo viesen resucitar muertos, dirían que lo hacía por encantamiento. A muchos que enviaba a llamar con el notario o alguacil no querían ir y decían que no era obispo, que no estaban allí todos los regidores cuando entró y así decían: *fray Bartolomé obispo que se dice ser*. Después que estuvo en su iglesia, que comulgó y descomulgó y ordenó y bendijo el olio y confirmó no lo acompañaba nadie y muchos le llamaban venerable, reverendo y aun *vos padre* y las mujeres especialmente no se querían levantar en la iglesia cuando pasaba aunque fuese vestido de pontifical. La buena venida que daban a su pastor los que le escribían de fuera, era: ese diablo que nos ha venido. Otros decían, no sé en que pecó esa ciudad que tal obispo les dio Dios. Un hombre juró que lo había de matar y estuvo días que no pareció y así tenían gran temor que no lo matase; desde a poco llegó a la muerte aquel hombre de unas cuchilladas que le dieron, y el obispo lo visitó y consoló y desde allí quedó muy su servidor y enmendado. Ver la constancia que el santo obispo tenía nos admiraba. Aconsejámosle veces que se ausentase de su obispado y respondía que si la persecución fuera contra él que se ausentara; pero que siendo contra sus ovejas no se atrevía y que estaba aparejado de morir por ellas y que de sus trabajos había esperanzas que a las ovejas vendría algún provecho. Decíanos que le daba Dios tanta consolación en sus trabajos, que ni los sentía ni se le daba nada por todo, porque aquellas gritas eran viejas para él, y que donde podía ir que fuese bien quisto tratando lo que trataba. Esto nos respondía el santo y dignísimo pontífice y jamás dejó la predicación trayéndonos a nosotros y a sus súbditos aquello del

profeta Exequiel.....Si todas las cosas de este hombre hubiese de escribir más espacio y más papel era menester. Vengamos a la conclusión de las bregas de aquella Semana Santa. El deán cuando alguno de aquellos conquistadores se iba a confesar, enviábalo al obispo con una cedula diciendo, "el portador tiene esclavos o minas Va. Usa. vea lo que ha de hacer, aunque lo que Usa. esceptúa yo no hallo esceptuado en derecho, o bulas" no entendiendo o fingiendo no entender lo que el Prelado mandaba. El obispo lo procuraba corregir y alumbrar diciendo que aquellos eran pecados mortales y que perseveraban aquellos hombres en su impenitencia oprimiendo los pobres. El deán viendo que esto ya iba adelante, parece ser que absolvía de todo, porque vieron que un día de los de Pascua comulgaban algunos de los que se sabían que estaban en aquellos pecados y el obispo queriéndolo corregir paternalmente convidolos a todos los clérigos a comer y el deán disimuló y no fue allá, después enviolo a llamar y halláronlo jugando y respondió que estaba malo y acostose luego: sabida la verdad el obispo tornolo a llamar que sus posadas estaban sin otra cosa en medio; respondió que no podía ir, llamolo la tercera vez y respondió lo mismo, enviolo a llamar la cuarta con una cédula firmada de su nombre y tampoco quiso venir; llamolo la quinta vez so pena de descomunión que viniese y tampoco quiso venir y entonces enviolo a prender con un alguacil y los clérigos que allí estaban, y él echó mano a una espada para se defender y no osaron llegar y estando el canónigo hablándole sobre el caso y cuan mal hacía, viéndolo seguro, arremetieronle y hiriose el alguacil en la garganta del pie de que estuvo muy malo y quedó cojo. Entonces

el deán dio voces a la ciudad diciendo: "ayudadme señores que yo os confesaré a todos". Entonces acude toda la ciudad y dio voces el alcalde aquí del rey y salen todos con espadas sacadas y lanzas y quitaron al deán que lo tenían los clérigos; y temiendo que los frailes habían de salir a favorecer al obispo porque las posadas estaban enfrente, unas de las otras, pónense a la puerta de nuestra posada con lanzas y espadas. Nosotros no salimos ni nos asomamos a las puertas ni ventanas, antes estuvimos quedos encomendando a Dios al Santo viejo. En esto vino el un alcalde dando voces "aquí del Rey" y entran con gran ímpetu en la posada del obispo dando voces diciendo que no eran herejes, y que destruía la tierra. Hallose allí fray Domingo de Medinilla y un caballero de Salamanca que se llamaba Villafuerte que acaso estaba en la ciudad, y apenas a ruegos podían tener la gente en la sala, que el obispo se había metido en una cámara. Después quería salir el obispo a decirles que buscaban creyendo que hubieran vergüenza de él; pero Villafuerte temió que lo mataran y a empujones metiolo en la cámara presto y allí se arrojaron tras él con espadas y rodela contra la oveja mansa, pero él no les respondió nada a sus descomedimientos y así salieron confusos. Temiose que si lo tomaran en la sala donde mucha gente se pudiera llegar a él, que disimuladamente le metiera alguno una daga y lo matara, porque no pudiera uno llevar por los indios mejor cabeza de lobo entonces que la del obispo. El obispo declaró al deán por público descomulgado, y lo privó de confesar para que nadie se pudiese confesar con él, y el deán se huyó aquella noche y después de ido, vino el un alcalde con una cota de maya diciendo que si mandaba Su Señoría prender

al deán que él estaba pronto a darle favor. Este deán absolvió después a muchos de Chiapas, y yendo después el señor obispo al Sínodo de México requirió en Oaxaca al obispo de allí que se lo prendiese y no quiso porque no se halló allí a mano la información. Después en México se echó a los pies del obispo y ahora yendo a España murió. Esta fue la primera brega del señor obispo con sus ovejas; el otro clérigo quiso también acuchillar al provisor y así huyó y se ha dicho que lo ahorcaron en la provincia de Nicaragua y el otro también se fue de aquí, que no bastó el obispo a detenerlo en la estrechura de su presencia y salido de aquí en breve murió; y así quedaron con el obispo solamente el canónigo y otro clérigo que llaman Galiano, y esto baste al presente de las cosas del señor obispo y que a su iglesia tocan; prosigamos ahora lo que a nosotros toca.

Común plática era, así en las islas, como acá en estas tierras, que sentíamos así de estas cosas porque veníamos chapetones de Castilla, que como nos hiciésemos a la tierra y viésemos las cosas, mudaríamos el parecer; y no solamente seglares, pero algunos religiosos que están en la oscuridad de los otros, no solo anunciaron así, riéndose terriblemente de lo que hacíamos diciendo que presto caeríamos de ello y sentiríamos lo contrario, y así estos seglares tomaron todos los modos del mundo para alcanzar lo que esperaban que sería luego. Nosotros les decíamos que por eso no queríamos confesarlos hasta que tomásemos noticia de las cosas de acá. Otras veces les decíamos que cada uno habíamos de dar un nudo más, como a la verdad ha sido y si hicieron lo que entonces les decíamos por dicha confesáramos algunos que no lo confe-

sáramos el año siguiente sino hicieran mucho más; pero dejado esto aparte, viendo que esto se sentía comúnmente de nosotros acordamos que lo que teníamos en el corazón y algunas veces se declaraba a personas particulares, que se les predicase a todos en común porque no pensasen que era sueño lo que el obispo les decía, creyendo que quizá aprovecharía algo por la buena estima que ya parecía tener de nosotros y encomendándolo el padre vicario a fray Jordán, el cual se lo dijo tan a la clara y tan a la larga el jueves de la Cena en el mandato que ya ningún escrúpulo teníamos de haberles encubierto la verdad. No se les dijo antes por muchas razones, la primera por la necesidad corporal en que estábamos; pero esta razón no valía nada ni hacíamos caso de ella, aunque entre otros se contaba; la segunda, porque creíamos que allí fundáramos la principal casa por ser en comarca de toda la tierra y donde de fuerza nosotros habíamos de acudir con nuestras necesidades y de los indios para que de allí salieran a predicar a los indios de toda la tierra y allí se conservaran, curaran y consolaran los religiosos y este era nuestro ánimo y deseo. Así nos lo había aconsejado el sapientísimo maestro fray Francisco de Victoria y los demás padres nuestros en España. La tercera porque veíamos que su prelado se lo decía cada día y no aprovechaba nada; pero después se les dijo por las razones que nos movieron a ello; comenzaron a torcernos el rostro, y no solamente se cortaron las buenas obras que se hacían pero comenzaron a hacénnoslas malas y a decírnos malas palabras y si de nuestra parte no hubiera habido templanza, así del padre vicario como de los que pedían las limosnas, porque de los demás nadie trataba con ellos, podíamos temer de nosotros lo que

veíamos padecer al señor obispo. Luego quitaron que nos sirviese indio ninguno y les mandaron que no fueran a parte ninguna sin que la justicia lo supiese y enviando el señor obispo indios que nos pidiesen limosna por la tierra con un mandamiento que llevaban los indios para pedir, se lo quitaron y rasgaron y le tomaron la limosna que nos traían y la echaron por hay o la dieron a los indios, diciendo que no habíamos de comer pues con nuestras opiniones les quitábamos la comida. Decían que estábamos hechos de concierto con el obispo para quitarles su hacienda y hacer nosotros grandes monasterios y otras cosas semejantes; faltándonos el vino para las misas fuéronlo a pedir a los regidores, pero dijéronle a los frailes que esta provincia era muy grande, que pasásemos adelante, que ellos no nos habían menester, que eran cristianos que fuésemos a convertir a los indios. No lo decían todos, que aun entonces había, aunque pocos, quienes nos hiciesen bien y nos proveyesen de vino para las misas. Tampoco podíamos hallar vino ni aun comprado, por lo cual dijo una vez un viejo de aquesta ciudad una gracia a fray Luis: andaba tan acosado y no le bastaban modos ningunos para mantenernos y todos lo echaron por hay dijo una vez: creo que habremos de salirnos de esta ciudad y sacudir el polvo que se nos pegare a los pies, como lo dice el Evangelio: dijo aquel viejo: no toméis padres ese trabajo que porque no se os pégue polvo ninguno ni saquéis ni aun polvo de esta ciudad, aunque soy viejo, yo os sacaré a cuestras uno a uno hasta aquellos pinares y andad con Dios. Con estas gracías gracias echaban de sí el tesoro que Dios les había enviado. Viendo esto el podre vicario y todos parecíanos que ni era segura habitación

entre ellos para nuestras conciencias, y que podría ser que algún día nos pervirtiesen tantas razones y tan continuos debates; y viendo que no había aparejo de poblar allí, ordenando Dios lo que a nosotros y estas gentes desamparadas convenia, acordamos de salir de entre los cristianos e irnos todos a vivir entre los indios: *ut populus qui habitabat in tenebris, videret lercem magnam et ovivetur lux habitantibus inregion e humbre mortis*. Conforme a la profecía de Isaías; y acordó el padre vicario que fray Tomás de la Torre predicase el domingo de cuasimodo y les declarase la razón de nuestra venida y nos despediese a todos de todos, y así lo hizo trayéndoles a la memoria aquello que San Pablo y San Bernabé dijeron en los actos de los Apóstoles: *Vobis oportebat primum predicare regum Dei; ley quia requisitis illud, ecce convenimur ad gentes*.

Poco se les dio por ello, con tal de que nos fuésemos de allí y por que ostábamos ciegos y no sabíamos la tierra ni hacia a donde ir, ni entendíamos los indios, ni teníamos luz ninguna, pidió el padre vicario a unos seglares y a los padres de la Merced unas descripciones de la tierra, declarando la calidad y temple de ella, porque esta tierra tiene diferentes temples, y en un día se puede pasar del invierno al verano y del verano al invierno, hora sea por Navidad ora sea por San Juan, porque una legua hay del uno al otro o poco más y esta variedad no hace daño a ninguno, ni a los indios ni a los españoles, como está por experiencia. Acordó también el vicario de ir a ver también el pueblo de Chiapa antes de sacar a todos los frailes de la ciudad, para de allí tomar alguna inteligencia de la tierra. Desde aquí se escribió al provincial de México de nuestra venida y las letras del vicario general que

traíamos y como ya el vicario acabó el oficio de provincial todos los demás, y suplicósele que él tuviese por bien que mientras el general proveía, que se creía ser presto, que él confirmase todo lo que traíamos de España y holgose que todo se estuviese así, porque se había enviado al general por la confirmación de todo, y no podía tardar y desde a mes y medio vino su respuesta aunque hay doscientas leguas hasta México y concedió de buena gana todo lo que se pedía y así cesaron todas las dudas que había aunque ya parece que no había razón de dudar pues estábamos en términos de aquella provincia de México. Los religiosos que residían en la provincia de Guatemala hermanos nuestros, antiguos compañeros del obispo, aunque tenían nuestra venida muy deseada y pedida a Dios; pero en esta sazón no nos pudieron visitar ni remediar en nada, porque habían entrado a traer de paz a unas grandes provincias donde ningún español había entrado y de hecho las trajeron y están hoy muchos religiosos en ellas haciendo vida apostólica.

XLIV

*De cómo nuestros religiosos se salieron de la ciudad
y se fueron a los pueblos de Sinacantán y Chiapa,
donde fueron bien recibidos*

Lunes después de Cuasimodo salió el padre vicario de la ciudad y con él fray Jordán y fray Tomás de la Torre y fray Gerónimo de San Vicente y Pesquera y llegaron a Sinacantán sin que los indios supiesen de su venida. Es un gran lugar y cabecera de todos aquellos indios que los españoles llaman *quevenes*. Hallábanse aquellos indios muy tristes por la grande opresión de tributos que tenían de que les mostraron allí la tasa: pareció que era bien sacarla, y así la sacó fray Jordán y la dio al obispo para que pusiese algún remedio si pudiese. Este pueblo no está más que legua y media de la ciudad. Otro día fueron a Iztapa que es sujeto de Sinacantán y es cuatro leguas y media de Sinacantán; les llevaron comida al camino y de Iztapa se la sacaron también y espantábanse porque no querían comer carne, diciendo que no habían visto tal cosa y no se imagine que los indios se fatigan de esto, como la gente de España, porque como su comida común no sea carne ni tengan otra carne que de la caza o gallinas de Castilla o pavas de la tierra, que también los españoles les llaman gallinas, huelgan infinito de que no comamos carne y evitámosles mucha costa y aunque Pesquera les decía por

lengua mexicana lo que podía, pero la principal doctrina procurábamos de les dar por el ejemplo mostrándoles mucho amor allegándoles así y dándoles lo que teníamos, alabando a Dios de día y aun de noche viéndolo ellos. A Iztapa llegaron muy mojados porque ya las aguas comenzaban y allí fueron bien recibidos y proveídos de los indios. Otro día tomaron el camino de Chiapa, que es tres leguas de allí y ya por allí es tierra caliente y a media legua toparon indios de Chiapa que los recibieron con muchas flores y rosas echándoles sartaes de ellas al cuello y dándoles manojos de ellas que llevasen en las manos y esto es costumbre de los indios y a de sufrir quien vive entre ellos y así nos enraman cada vez, que llegamos a los pueblos y tienen gracia en juntar diversas flores y hacen piñas de ellas muy galanas y ellos andan, cuando pueden, con flores y con otros olores en las manos porque son muy amigos de buen olor. Al principio se nos hacía gran vergüenza de andar enramados y luego nos acordamos de los padres que nos criaron como se rieran si nos vieran así; pero ya no se nos da nada; llevamos las flores hasta entrar en la iglesia y allí las dejamos en el altar y así los contentamos y los edificamos. Hallaron que aquellos indios las tenían allí hechas tres o cuatro casitas nuevas y muy adornadas de flores en que los recibieron y les dieron muy bien de almorzar, mucho y muy buen pescado fresco, melones de Castilla y piñas, de lo cual todo abunda este pueblo; y todo esto guiaba y ordenaba un cristiano a quien aquel pueblo servía. Salidos de allí ibanse los indios en cántaros de agua y jarritos para darles de beber. Una gran legua de Chiapa se parece el lugar desde encima de la cuesta por-

que está el pueblo en tierras muy bajas y a esta causa muy calientes: en gran manera se holgaron de ver a Chiapa, no se puede explicar cuánto gozo sintieron cantando con el profeta *Hac requies mea* &c. Parecía que el corazón les saltaba en el cuerpo viendo aquella tierra por la cual dejaron la suya y padecieron tantos trabajos hasta llegar a ella y parecían que allí habían de hallar lo que buscaban y lo que no hallaron entre los españoles y que los indios se habían de holgar con ellos, como ellos se holgaban con ellos. Gran rato antes que llegasen al lugar de Chiapa salió todo el pueblo a recibirlos de esta manera. Venían adelante infinitos muchachos todos juntos y muchos mancebos con ellos e hincáronse todos juntos de rodillas, un tiro de piedra de los religiosos, y como el padre vicario les santiguó, se levantaron todos tan a una como si fueran uno, de la manera que se habían arrodillado y luego todos besaron la mano unos a uno y otros a otro y sin hablar a los frailes y sin hablarles los frailes, fueron todos su camino adelante, llorando los frailes en gran abundancia, viéndolo que buscaban y los tesoros de almas que allí Dios tenía. Venían cuasi todos desnudos, cubiertas las vergüenzas con unas mantillas que llaman acá mantel, como ya dije de los de Yucatán. Tras esto vino a caballo el español, a quien sirven en este pueblo (Baltazar Guerra) venían con él a caballo el cacique que llaman Don Pedro, indio bien grave y al parecer honrado, hombre de cincuenta años, de quien se ha de hacer adelante gran mención, y también venía a caballo otro indio llamado Don Juan, muy principal de aquel pueblo en linaje y en hacienda. Tras estos salieron los viejos del pueblo, que hay muchos y antiquísimos: venían como

sus madres los parieron, excepto aquella mantita que llaman mantel y unas mantas pintadas como moriscas hechas una rosca y puestas sobre la cabeza. Tienen la tela de medio de la nariz abierta y allí encajada una vidriera como embarque les hace salir la nariz como trompa grande y esto fue lo que más se holgaron de ver. Estos hablaban en su lengua a los padres no sé qué algarabías, tras éstos venían no sé qué muchedumbre de hombres, muchos de ellos con jícaras de ciruelas de la tierra que hay en grande abundancia y muy buenas: decía aquel cristiano que ellos querían salir a hacer mayor recibimiento y él les dijo que se dejase para cuando el señor obispo viniese. Grandes regalos les hizo este caballero y venían bien necesitados de ellos; pero no lo quiero nombrar por su nombre por las cosas que después sucedieron entre él y nosotros, y así será de aquí adelante que no nombraré a ninguno de los que nos han hecho mal, como no los he nombrado hasta aquí. Sus obras les tienen acá muy manifiestas y sin que los nombre por lo que dijere son entre nosotros y toda la gente de acá, muy conocidos; cuando no se pudiere dar a entender la cosa sin nombrar a alguno nombrarlo hemos, sin ningún temor que por ello será infamado. Muchas cosas pudiera decir de este pueblo y debiera, y de la gente de él, y de sus costumbres antiguas, pero porque es cosa prolija, contentarse ha el lector con las pocas que referiremos. Este pueblo es muy grande y el mayor que hay en esta provincia, está a la ribera del mayor río que hay en toda la Nueva España y así abunda de pescado, posee tierras muchas y las mejores que hay en Indias, cogen cacao dentro de su tierra, siembran dos veces en el año, y si quisieran sem-

brar siete también pudieran porque la tierra siempre está para ello. Con poca agua que llueva dándose en las vegas del río que son muy grandes todos los mantenimientos de los indios sin que la tierra se labre ni se cabe; solamente la barren y limpian con fuego. Las trojes en que encierran el maíz es la caña donde nace: cuando lo han menester van por ello y lo traen sin temor que nadie lo hurte. Están juntos dos maíces unos con mazorcas secas y otros a las veces con mazorcas verdes cabe el y cada día lo vemos esto que no es acá oculto. De ningún precio es acá la comida, porque cuasi sin trabajo la da la tierra, no han de hacer más de echarle la semilla tan sin trabajo como los indios la echan, ora sea de maíz, ora sea de todas las cosas. Hay grandísima abundancia de las frutas de la tierra, piñas, plátanos, jicamas, camotes, aguacates, ciruelas y todo lo demás: de aquí se provee toda la tierra; frutas de Castilla se dan pocas sino son higos, pero aquí es la madre de los melones, de las cidras y naranjas; albacacas se hacen tan grandes, que no sé si las podría llamar árboles acopados, berenjenas, coles, rábanos y toda hortaliza, nos es menester más de arrojar por hay la semilla que sin ningún beneficio se da todo, especialmente las cebollas; la yerba común de los campos y de los ejidos son bledos y verdolagas, bien creo que no hay en Indias pueblos de su manera tan ricos de todo lo necesario al mantenimiento de los hombres; trigo también se da de regadillo. Hay en él un hermoso ingenio de azúcar y muchos morales para arada y otras granjerías que tiene aquel español; tierra es calurosa, pero tienen muchos regalos con que templar el calor y jamás falta a las tres viento asaz fresco.

En algunos meses del año, abundan mosquitos de día; pero cada año vemos que son menos y con la orden que se va poniendo en el pueblo creemos que se acabarán. La gente es muy crecida a maravilla, así hombres, como mujeres, que parecen gigantes; ha sido gente muy belicosa en extremo y hacían guerras y grandes daños a todas estas provincias: desbarataron a Moctezuma y jamás sirvieron a nadie; no tenían caciques, los sacerdotes regían el pueblo, especialmente era ohedecido como Dios el más viejo sacerdote que tenía cargo de su Dios a que llamaban Matove cuyo templo derribamos nosotros. Los cristianos, cuando los sujetaron les pusieron por cacique y señor, cuasi a manera de elección canónica, a Don Pedro que hoy es cacique en este pueblo. Son gente trabajadora y así vemos de noche lumbré por las casas, que están las mujeres hilando y tejiendo, hácese aquí las mejores mantas de algodón que se hacen en la tierra y aun en las Indias, andan desnudos y por maravilla se ve manta en el pueblo, ni camisa sino soh los principales que la traen como quien trae un arnez, y los que traen manta tráenla con dos nudos sobre el brazo derecho, y algunas mujeres andan como las de Yucatán y cuando se ponen manta es sobre los hombros y doblada la ala sobre el brazo, como los hombres hacen sus capas. El cabello traen trenzado con galanas trenzaduras y rodeado a la cabeza sin otra ninguna toca. Esto es lo que nosotros hallamos. Entre las idolatrias y pésimos y crueles sacrificios y pecados graves, así como de comer hombres como otros muchos que estos solían tener, tenían estos una ley bestialísima, que por su extrañeza la quiero contar: cuando traían pleito alguno sobre las tierras o sobre

otras cosas, juntábanse todos los parientes de las partes, y unos a una parte y otros a otra tomaban los unos un hijo o sobrino por primero y matabanlo allí y luego de la otra parte mataban otro de sus mismos sobrinos o hijos y luego estotra otro y así iban matando hasta que se cansaban y ese vencía el pleito que mataba más parientes, y el día de hoy cuentan los indios que en un pleito de unas tierras se mataron ciento cuarenta personas de esta manera, setenta de cada parte. Esto tenían ellos por gran valentía y quedaba muy ufano el que, así vencía; esto sea dicho por los que lo leerán en España, nosotros acá lo tenemos presente a los ojos. Pero no dejaré de decir de las calabazas que aquí hay; las hay muy mayores que grandes armeros y aquellas pártienlas por medio y pintanlas para servirse de ellas en lugar de cestas y de platos, y son tan galanas como platos de Valencia; algunas hay que tienen un palmo de hondo, no las hay tales en las Indias y de aquí se envían presentadas a todas partes y vendidas; y su antiguo Dios fue uno solo Creador de todas las cosas y morador del cielo, los ídolos les era cosa nueva, y así cuando se querían morir, se confesaban a su Dios que llamaban Nombobí y se acusaban de los sacrificios que habían hecho a los otros dioses, no porque les pesase, sino que era ya ceremonia entre ellos y costumbre; otras infinitas cosas había de estas pero el que los quisiese saber, venga acá que de buena gana se las contaremos.

XLV

De lo que sucedió a los religiosos con el encomendero de Chiapa y cómo engañó a los religiosos

Este caballero era muy aficionado a la orden de Santo Domingo y había deseado que allí poblasen frailes de esta Orden y tentales ojeado un sitio en lo mejor del pueblo y encima del río donde hay una fuentecilla, y el sitio era tal que no se le podía poner tacha ninguna y luego llevó allá a los religiosos y contentos mucho; aunque les parecía que era tan bueno que les parecía que los indios lo darian con pesadumbre, pero él tenía tanta gana de que poblasen allí, que se obligó a quitar todos los inconvenientes y a contentar a los indios y como el sitio era tal, finalmente se convencieron a querer poblar allí. Para entre tanto que se labraba algo, estaban aderezadas dos casillas junto a la iglesia adonde se echó una cerquilla para que pasasen allí los religiosos; entre tanto que estuvieron allí, el español se dio tanta maña a engañarlos que sin excitación ninguna lo tenían por santo y tal lo habíamos pintado en los memoriales que entonces hacíamos de lo que nos acaecía. El abominaba a los españoles y a sus tiranías, decía el modo como se habían hecho las conquistas y los esclavos, los robos de los españoles y de sus mujeres, las iniquidades de los tributos, como hombre que sabía por experiencia lo que decía. Mos-

traba escrituras de males ajenos y los que tenía apuntados para decir al Consejo cuando fuese a España, los remedios que eran necesarios para esta tierra, aprobaba todo lo que hacíamos el obispo y nosotros. Su intento en todo esto, según lo que después creímos, era que lo confesásemos como a hombre que no era como los otros y autorizarse por aquí, para que el obispo y nosotros escribiésemos a España, al Consejo de sus hazañas e hiciésemos que este pueblo se lo diesen perpetuo y aun quisiera ser señor de título, o ya que no le diesen a Chiapa, que le diesen como por encomienda un pueblo que llamamos la Vega que lo pobló él junto al ingenio de muchos esclavos que tenía que serían 150, porque ya que los esclavos se aforrasen los suyos no alcanzasen libertad y muertos los padres quedasen los hijos en aquella servidumbre puesto que los hijos de las indias esclavas no se tenían por esclavos. Nos tuvo mucho tiempo también engañados y persuadidos a que eran ya libres: él era el más sagaz hombre que hemos conocido y nosotros simples por extremo en las grandes maldades de esta tierra y así no entendíamos nada de esto cada tarde visitaba los enfermos y él mismo los sangraba y apenas comía en la mesa todo lo enviaba desde allí a los enfermos; aunque en esto de curar los indios enfermos creo siempre lo hizo bien. Los frailes lo tenían por santo y se lo decían y él con esto no sabía qué se hacer por ellos y todos los que sabían lo que pasaba veían lo que los frailes no alcanzaban y algunos se lo avisaron y no los creían sospechando que lo hacían por envidia por verlo rico y con esto santo. Mientras estas cosas pasaban en Chiapa estaban perseverando nuestros hermanos en los trabajos en la ciudad de

Zacatlán o de Ciudad Real y porque los españoles les tienen por gran argumento por si que todos los conquistadores se absuelven y que solo el obispo hallaba estos achaques, predicó un domingo fray Alonso de Villalva aquello que se cuenta en el Libro de los Reyes de como los 400 profetas engañaron a Acab y solo Micheas que era profeta del Señor dijo la verdad, aplicándolo modestamente. Al propósito dijeron que eran patrañas y burlas: que Micheas era uno y el obispo otro... y que aquello no debió de pasar así sino que los frailes lo contaban a su propósito y muchos solían aquí decir que no nos creían el sermón sino el Evangelio que todo lo demás eran glosas de nuestra casa. Predicado este sermón luego se fueron a Chiapa fray Alonso de Villalva y fray Vicente Núñez y el señor obispo deseaba ver aquel pueblo de donde se llama obispo y así vino trayendo por compañero a fray Pedro Calvo que por los dolores de tripa que le acudían estaba ya dicho que había de morir allí por ser tierra caliente y así sanó allí a cabo de mucho tiempo. Cosa prolija sería de contar el recibimiento que en Chiapa se hizo a su obispo: salieron nueve cruces de rosas y plumas adornadas bien galanamente: estuvieron los indios sentados en procesión al sol desde que amaneció hasta las nueve sin menearse de allí: salieron todos los hijos de los principales vestidos de librea, adornados con piezas de oro con una danza de arcos y una canción en romance que el español les había dado y los principales iban como ya la Pascua nos había ido a ver a la ciudad con collares de oro hechos a su modo, otros con culebras, otros con tortugas de oro al cuello que era cosa de ver. Don Pedro llevaba tres collares de oro muy anchos que lo to-

maban casi desde la cinta hasta la garganta. Llevaban estos muy galanas mantas de algodón blancas con muchas labores y plumas y sus camisas labradas y saragüelles y el calzado que ya arriba dije que en ellos es este muy lindo y hermoso. Aquí holgaron todos una semana y venían indios de diversas partes a pedir padres que les enseñaran con grande instancia. Decía el señor obispo viendo esto: ¿paréceles padres que los engañé? ¿Paréceles que fui demasiadamente importuno para sacar frailes sabiendo lo de acá? ¿Paréceles que sus amigos comen en Castilla el pan con buena conciencia? Venían también muchos indios de muchas partes con quejas de agravios grandes que les hacían los españoles. Especialmente unos se le quejaron que para hacer un ingenio junto a un pueblo en que habían todos de acabarse les tomaban por fuerza sus tierras y hacíanles por fuerza tomar el precio de ellas y que se vinieron a quejar a él y como lo supieron luego en la ciudad, los echaron luego presos. Estas y otras infinitas cosas los hicieron salir luego de allí, porque viendo las tiranías de los cristianos, ni comía, ni bebía, ni dormía, todo era dar suspiros a Dios. Si a nosotros engañó el cristiano, mucho más al señor obispo, tanto que nos decía el obispo: este había de ser obispo de estas tierras todas, tales hombres han menester las Indias, y se trató de qué se hiciese la iglesia para remediar estas gentes y el obispo proponía de le procurar cargos acá por ver su gran rectitud. En ninguna cosa conocimos después la sagacidad de este hombre, como en ver como nos pudo persuadir tal cosa siendo él quien era; pero todo se nos volvió en bien, porque por lo que nos decía, conocimos quiénes eran algunos de los cristianos de estas tierras

y lo que en las guerras había pasado y en los tributos pasaba y descubriéndonos Dios sus maldades y tiranías, conocimos no llegar los males que nos decía de los otros a la mitad de los que él había hecho y entonces hacía.

Viendo los religiosos los males de la tierra y viendo infamados el nombre de Cristo y de cristiano por las abominaciones de los nuestros y viendo oprimidos los indios en el ánimo por la infidelidad y en el cuerpo y por los males de los españoles, determinaron no aguardar más sino asentar en los pueblos y comenzar a buscar vado en el río que no sabíamos ni entendíamos, porque ni sabíamos lengua ni teníamos quién nos guiase en nada, solos y malquistos y nuevos en la tierra; y allí en Chiapa tratamos de los sitios que al presente parecían buenos para asentar en ellos los religiosos, y aunque el señor obispo deseaba que fuesen a Soconusco algunos, por muchas causas que a ello concurrían a pensar que era aquello lo mejor; pero los frailes no estaban de aquel parecer sino que todos poblásemos en aquella tierra juntos los unos de los otros porque eran nuevos y no sabíamos lo que les sucedería, que andaban entonces a ciegas buscando a tientas lo mejor, que pues venían para la provincia de Chiapa y allí había tan gran necesidad de doctrina, pues no había rastro de ella, que no había para que buscar otras tierras. Con estas y con otras razones se convinieron muchos a que nadie saliese de la provincia de Chiapa sino que allí se pusiesen en tres o cuatro asientos a aprovechar aquel mundo perdido, y con este parecer se fueron a la ciudad el señor obispo y el padre vicario dejando a los demás en Chiapa. Ido a la ciudad el padre vicario mudó el parecer y deter-

minó enviar a la provincia de Soconusco a ocho religiosos y también condescendió con el señor obispo de dar licencia a dos, si se hallasen voluntarios, para ir a las provincias de guerra donde estaban otros religiosos de quien arriba hice mención; y así desde a pocos días vinieron a Chiapa siete religiosos que habían de ir a Soconusco y trajeron cartas del vicario en que decía cómo aquello cumplía y animaba a todos a trabajar y después que descansaron allí dos días se partieron para Soconusco yendo con ellos dos que habían de quedar en esta provincia en un pueblo que llaman Copanaguatla y porque después nos quede espacio para contar las cosas que sucedieron a los que quedamos en Chiapa digamos de los demás hermanos nuestros dos palabras, con que los despedamos de nuestra Compañía, de la cual no se apartaron por su voluntad sino por la obediencia con muchas lágrimas suyas y nuestras.

XLVI

De los religiosos que fueron a Soconusco y muerte del padre fray Luis de Cuenca

Los que fueron a Soconusco son los siguientes: fray Juan Cabrera, fray Juan Guerrero, fray Francisco de Píña y fray Juan Díaz. Está setenta leguas de allí aquella provincia, a donde llegados con gran trabajo hallaron de ella lo que acá nos habían dicho. Es tierra de muy poca gente, aunque de mucho cacao; pero no buscaban ellos eso; es también calidísima y enferma, y arrimándose por allí donde mejor pudieron y comenzando a trabajar con gran ánimo, adolecieron todos o los más donde padecieron un gran martirio y luego murió el buen fray Luis de Cuenca como un santo que era, dejando desamparados a todos sus hermanos y a nosotros también que hasta hoy lo lloramos porque cada día lo echamos menos en nuestras necesidades; por él se fue a donde ninguno padece y goza con Cristo del mérito de los muchos trabajos que por su amor padeció. Sentimos todos su muerte como muerte de padre verdadero, como he dicho, hasta hoy lo lloramos; fray Juan de Cabrera adoleció hasta la muerte y se tulló de entrambos pies y pensando sanar de parecer de sus hermanos, se pasó a Tehuantepeque con licencia del padre vicario, que le decían que era tierra muy sana; de ahí envió a pedir licencia al provincial y pasose a Oaxaca, y a

cabo de días, creyendo que ya estaría para venir, envió el padre vicario al padre fray Pedro Calvo con todo lo necesario para que viniese si aun estaba malo y halló que poco antes se habría partido para Oaxaca y doliéndose de la falta que nos haría se fue hasta Oaxaca y cuando llegó, halló que el provincial lo había enviado a la provincia de la Mixteca, a donde mora con los otros religiosos que allí están; y aprendió la lengua de allí y sirve con ella al señor. Los demás religiosos que quedaban en Soconusco pasaban sus dolencias como podían; el padre vicario penado por todo lo que les había sucedido, desde a pocos días que ellos fueron, con tiempo muy trabajoso de aguas, fue juntamente con fray Ceronimo de San Vicente y con fray Tomás de San Juan, y cuando llegó halló que fray Luis había muerto el día antes y halláronse él y todos tan penados que no podía ser más, y determinando dejarlos todavía en aquella provincia, buscoles en ella un pueblo templado y después que los consoló y animó se despidió de ellos, dejándoles por vicario a fray Tomás de San Juan. Como los padres de tierra de guerra supieron el yerro que se habían hecho en poblar en Soconusco, dejando tantas y tan buenas tierras, viéndose defraudados de la ayuda que esperaban de nuestra venida, escribiéronles que antes que se muriesen todos que se fuesen a Quezaltenango, que es en la provincia de Guatemala, no muy lejos de a donde estaban, porque allí tenían hecha una casita, esperando nuestra venida. Viendo ellos que ya no podían sufrir estar en Soconusco y que estaban malos, sabiendo que el padre vicario había de ir a Guatemala, presto pasáronse a Quezaltenango a donde después fue el padre vicario y vinieron los padres

que andaban en tierra de guerra a verse con él y desde a pocos días se pasó fray Tomás de San Juan a México donde aprendió la lengua y ayudó a los religiosos que allá están (este padeció martirio a manos de herejes y después se tratará de su muerte:) los que quedaron en Quezaltenango se pasaron después a la ciudad de Guatemala y aprendieron las lenguas y han hecho tan gran provecho que no se puede decir, y de ellos entraron en la tierra de guerra con los otros religiosos, los demás se estuvieron y están en Guatemala y con su ayuda se ha levantado aquella casa en gran manera y hay en ella mucha religión y virtud y muchos han tomado el hábito allí que sustentan la Casa con su ayuda y ellos entienden en la conversión de los indios, y aunque han sido por cierto muchas y muy buenas las cosas que han hecho, pero aquí no se trata sino de los que quedaron en Chiapa. Para la tierra de guerra se determinaron fray Domingo de Ascona y fray Domingo de Vico, parte por ver las molestias de los españoles, parte por ir al grande aparejo que allá había para la predicación, según ya nos habian escrito los frailes de ella pidiéndonos ayuda e importunándonos que fuésemos, y fray Jordán estaba nombrado, pero por causas que se ofrecieron se hubo de quedar acá. Viendo las cosas que pasaban acordó el señor obispo, de parecer de todos nosotros, de ir a buscar algún remedio contra estos males a la Audiencia real que está más de ciento cincuenta leguas de aquí, y así se partió llevando consigo por compañero a fray Vicente; fuéronse también con él los que iban a tierra de guerra, porque quiso ir por allí así por ver sus antiguos compañeros, como por ver lo que la misericordia de Dios había hecho en aquella

nueva iglesia, después que él comenzó aquella empresa tan grande de pacificar a aquellos indios y traerlos al conocimiento de Dios, donde se han hecho grandes cosas que podrán escribir nuestros hermanos que las vieron. Fue también allá Pesquera y Rodrigo López y trabajaron mucho con aquellos indios y ayudando a los padres como verdaderos siervos de Dios.

Supieron los de Guatemala o por mejor decir Satanás, de la ida del señor obispo, para la provincia de la Verapaz, para de allí pasar a buscar remedio a tantos males en la Real Audiencia que estaba en Gracias a Dios y procuró ver si lo podía estorbar para por este camino embarazar que los miserables indios saliesen de su esclavitud y de la tiranía de los españoles porque de ese modo los tenía a unos y a otros por suyos y tomó por instrumento al Cabildo de la Ciudad de Guatemala para que solicitase con mucho ahínco con el de Ciudad Real que no le dejasen venir; pero como el demonio en Chiapa procuraba echar de allí al obispo y a los frailes, por la misma causa no insufló a los que tenía de su parte para que tal se procurase embarazar. La carta escrita a Chiapa por los de Guatemala está un tanto de ella en el Archivo de Guatemala, que dice así:

"Ilustres y magníficos señores. —Porque en todo deseamos asertar por el celo y deseo que tenemos del servicio de Dios Nuestro Señor y de Su Majestad y a la paz de nuestra República y reposo de ella y por esto procuramos por todas vías excusar pasiones y escándalos y toda ocasión para ellos ya vuestras mercedes saben y conocen y han oído las cosas del padre fray Bartolomé de las Casas obispo y cuan escandaloso

haya sido (y ahora tiene mejores armas) a todos es notorio, y el rompimiento con que lo hace, Dios y él lo saben, y aun lo ha dado bien a entender y si Su Majestad y consejo no lo entendieron fue por no conocer como acá es conocido. Bastarle debía lo que ha dicho y hecho: queríamos que nos dejase hasta que Su Majestad nos oyese como le ha oído a él. Decimos esto porque habemos sabido de cierto que los de su Orden que están en Teculután, lo han enviado a llamar y fray Juan que es uno de ellos ha salido a lo traer, o a lo esperar y recibir. El no dejará de venir por no perder la vana gloria del recibimiento. En esto poco nos va; lo que tenemos es, como sea enemigo de los españoles (él sabe el por qué) tenemos por cierto que les ha de predicar lo que ha predicado, que es inobediencia y enemistad, y por ventura los apartará de la obediencia de Dios y del Rey, lo que Dios no quiera; y pues lo hace y predica a los que están en encomienda de españoles, muy mejor lo hará a los que tiene a su cargo y piensa que no han de reconocer a otro Señor sino a él por la cédula de comisión dada para la conquista espiritual. Contra lo bueno no será razón que pretendamos cosa en contrario, lo de Dios y de Su Majestad, el descargo háganlo como les está mandado sin otra mezcla y sin adelantarse a más que para estos, darles hemos haciendas y personas y así suplicamos a vuestras mercedes provean como el padre obispo fray Bartolomé de las Casas, no entre en Teculután sino que se esté en su Obispado, pues tiene bien que hacer; y para esto se lo dieron y encargaron,

porque si bien es tan ambicioso de mandar y ser tenido que no ha de dejar de decir a los unos y a los otros, así a los que ha mucho tiempo que están en servicio de Su Majestad, como a los nuevos lo que suele, y como esta gente no está tan arraigada en servicio de Dios y de Su Majestad y amistad nuestra, sería probable suceder (lo que Dios no quiera) algún escándalo que ni él ni nosotros fuéramos parte para poderlo resistir ni quitar, cuanto y más que esta encomienda habla con los de su Orden y como aceptó el Obispado ya exento procure de enviar los frailes que tiene prometidos y cumpla con lo que es encargo a esta ciudad; y él quédese norabuena a hacer su oficio. Esto suplicamos y pedimos y él y los demás religiosos entiendan en lo que les es encomendado y no se extiendan a más, que para eso están vuestras mercedes para proveer y mandar todo lo necesario; y pues lo que habemos dicho es verdad y notorio, y lo que suplicamos es muy conveniente y razonable, pedimoslo y suplicámoslo muchas veces. Dios lo haga santo y a nosotros justos que no queremos más. Guarde Nuestro Señor y prospere las muy magníficas personas de vuestras mercedes en su Santo servicio. De Guatemala a 20 de mayo de 1545 años".

No es menester declarar la malicia de aquesta carta que ella misma está diciendo el veneno que ella encierra, dimanado del que en sus corazones tenían contra el señor obispo Casas, porque procuraba la libertad de los indios. El mismo odio y casi lo mismo hicieron ellos con su obispo el santo Marroquín por lo mismo, como se verá en dos car-

tas de este santo prelado que se pondrán en la vida del señor Casas; y así prosiguiendo la historia del manuscrito de fray Tomás de la Torre dice:

"Desde a poco salió el padre vicario con los demás que habían quedado en la Ciudad de Sacatlán y los de la Merced se habían ya ido con sus ganados a unos pueblos cerca de Copanaguastlán y así quedó aquella triste ciudad sola y desamparada de tanto sacerdote como tenía y Dios de nuevo le había enviado. En Sinacatlán dejó el padre vicario a fray Domingo de Medinilla y a fray Tomás de San Juan hasta que él mandase otra cosa, porque había determinado que allí morasen religiosos por ser la cabecera de aquella tierra, aunque estaba muy cerca de la ciudad y gente de quien huíamos. Venidos a Chiapa hallamos a fray Tomás de la Torre cuartanario y muy flaco, duráronle las cuartanas calorces o quince meses y después de una grave enfermedad de ojos de que pensó quedar ciego, desechó todos los males y ha vivido muy recio muchos años con ayuda de un indio gran médico que está en Chiapa y cura a los religiosos y a los españoles también, que con razón tenemos ya gran crédito de su saber; y con esto podremos ya volver al orden de la historia de que nos habemos divertido por despedir los padres huéspedes".

XLVII

*Dividense los religiosos en Chiapa, Soconusco y
Copanaguastlán e inquietud de los legos*

Venidos a Chiapa el padre vicario y los compañeros tratamos de dividirnos y asentar cada uno donde había de estar; y para Chiapa quedaron por entonces diputados el padre vicario y fray Rodrigo, fray Alonso de Villalva y fray Vicente Núñez, fray Pedro Calvo y fray Diego Calderón, fray Pedro Rubio. A Sinacantlán fueron fray Jordán y fray Pedro de la Cruz y para allí también señalaron a fray Alonso de Portilla y fray Tomás de la Torre que irían en estando aliviados de la dolencia. A Copanaguastlán fueron fray Domingo de Ara y fray Alonso de la Cruz y allá los estaban ya esperando fray Jorge de León y fray Cristóbal Pardavé. Iban los de Copanaguastlán deseosos de trabajar cuanto la gente donde iban lo habían menester y tan humildes cuanto era menester para donde iban, porque estaba toda aquella tierra como polio sueito de las manadas del gavilán, así escapan ellos del culto de los demonios, aunque no habían escapado que todavía los serían; pero no se echaba tanto de ver porque huían de los cristianos. Estaban también aquellas tierras muy opresas porque allí eran todas las minas de todas estas provincias, y aun de las de Guatemala venían a sacar oro allí, porque fue grande la suma de oro que se sacó, y así están los cerros

y los montes trastornados. Luego comenzaron a tratar de la lengua y a fray Jorge se le apegó en gran manera, de suerte que en breve tiempo la supo y él era el que allí hacía algo fray Domingo de Ara iba muy malo de calenturas y del bazo y lo estuvo muchos días; con todo eso iba a pie y estuvo allí padeciendo un gran martirio con gran paciencia y sin ningún temporal regalo; pero de esto diremos después, ahora no quiero más que asentar los religiosos en los pueblos. Los otros dos padres llegaron a Sinacatlán y para el día de Pentecostés se juntaron todos los sujetos de aquel pueblo y hicieron gran fiesta por la venida de los padres y les trajeron mucha comida y alpargatas y algunas otras cosillas que habían menester y esperando sus compañeros se estaban allí sin hacer nada más que enseñar y bautizar los niños que traían sus padres a bautizar. En Chiapa comenzó fray Pedro Calvo con tanto fervor a aprender la lengua que casi se olvidaba de sí; en la mesa y en el coro se estaba como pasmado y así la supo tan en breve que parece increíble, antes de un mes, a los veinte días predicaba ya y doctrinaba la gente y en tres meses la supo tan perfectamente que los indios estaban espantados, y así él era el que trataba de la doctrina, los demás algunos trataban de aprender la lengua, otros de enseñar los muchachos, que estos son los que en todas las Indias se tienen más a cargo para despertar entre ellos quien sea más que los otros. Otros trataban de enseñar las oraciones y artículos y mandamientos para que las gentes los supiesen de coro en su lengua. Como esto se hacía en Chiapa, comenzaron los indios a despertar y decían ya a los religiosos los agravios que el español les hacía y como los casaba por fuerza y casaba

a los libres con sus esclavos para hacer más gente, que de tomarles sus haciendas no hacían tanto caso los indios; nosotros no lo entendíamos, porque nos tenía tan trastornados que no creíamos nada y si algo les decíamos de aquello era con grandísima simplicidad y así fácilmente nos respondía y embaucaba y echábamos la culpa a los indios y en todo le dábamos crédito porque aun no conocíamos a los españoles de acá. Como él sentía esto y sabía más que nosotros sospechó lo que había de ser y ya no nos mostraba tan buen rostro y proveíanos mal de lo ordinario por que aun entonces ninguna cosa recibíamos de los indios sino él autoritativamente los mandaba lo que nos había de dar, y sus criados como cosa suya nos lo traían, no dando él jamás nada; y arrepentido de habernos allí traído sutilísimamente impedía nuestra estada y comenzaban, sin sentir nosotros de donde, a nacer dificultades sobre el sitio y los indios decían que cómo habían de dar sus tierras y casas que allí tenían, como quiera que no valiesen, al que más tenía, 10 reales, porque aunque buenas, pero no valen más las tierras entre los indios y todo era entre ellos como de burla; decían también que en esta otra iglesia tenían sus difuntos y que no los querían dejar, y otras cosas que como no conocíamos los indios no veíamos que era disparate pensar que de ellos salía nada de esto y a poco a poco fuimos sospechando de su amistad, y su pasión de su parte y la luz de la nuestra iba cada día creciendo porque no se pueden las cosas así ir pasando, en particular en esto. Determinando el padre vicario hacer el camino de Soconusco, que arriba dije, mandó que fray Tomás de la Torre y fray Alonso Portillo, aunque malos, se fuesen a Sinacantlán y así fueron llevándolos

uno a uno un indio en un caballo hasta Iztapa y de allí poco a poco a Sinacantlán y tomó la noche a fray Tomás en el camino y una grande agua y temiendo, por ser los caminos tan malos, que no los despeñase el caballo, iba a pie de noche y con gran agua por aquellas sierras como quiera que en Chiapa no se pudiese tener. Iba solo con un indio sin entenderse el uno al otro; después topó una casita de unos indios y allí se estuvo con ellos hasta la mañana; llegó tal a Sinacantlán que ni en pie se podía tener, pasó grande enfermedad con grandes coronas de fray Pedro de la Cruz que todos aquellos tiempos lo acostaba y levantaba y el guisaba de comer y se lo daba y le sirvió como si fuera la misma persona de Cristo; y aunque la enfermedad fue larga, no siempre igualmente, que pocos fueron los días que estuvo en cama. Después aunque estaba malo y fray Pedro lo arropaba con la calentura y calentaba cuando tenía el frío, en lo demás estaba en pie y decía misa y enseñaba la doctrina a los muchachos. Envió el vicario a llamar a fray Domingo de Medinilla y a fray Tomás de San Juan para que fuesen a vivir a Soconusco y como fray Domingo vio que ya que se quedaba, aun no lo dejaban entre sus parientes y que puesto que quedase entre ellos, él entre nosotros no era nada ni sus letras, que los seglares decían que tenía se echaban de ver entre nosotros y que huíamos nosotros de los seglares. Españoles y a sus deudos teníamos por más tiranos que a los demás, determinó de pedir su licencia para España y así se fue donde a pocos días, holgadamente mucho todos de ello. El vicario fue con todas las aguas a Soconusco y padeció con sus compañeros grandes trabajos de hambres y aguas y peligros de ríos, como ya

arriba dijimos, y de camino concertó y consoló a los de Copanaguastlán y dio licencia a fray Alonso de la Cruz que se volviese a España porque andaba inquieto y así se fue y murió en la mar. También envió licencia a fray Pedro Rubio para que se fuese a España porque se le hacía de más servir a sus hermanos. En Soconusco halló el vicario tan desgastado a fray Juan Díaz, lego, que también le dio licencia y se fue a España; y así quedamos sin legos, a los cuales yo les aconsejo que no curen de venir acá sino son humildes, porque esta tierra no es sino para humildes. El lego que pasa para predicar pasa acá a perderse y a desasogarse por que acá está la Orden en su fuerza y vigor y no permite desconciertos y no puede ser mayor que querer los legos, que Dios llamó para los trabajos corporales del monasterio, ocuparse en predicar y que él y el prelado anden a semana en el servicio de casa. Los que pasan con humildad deseando servir a Dios en la suerte de su vocación vengan acá, que el aparejo para servir a Dios es grande y valerles ha un día acá a más que cien años allá. Vémoslo en un solo lego que perseveró acá, por experiencia, que es fray Pedro Martir; humilde, callado, obediente, madre de todos los religiosos, él es sacristán, refitolero, procurador, barbero, hortelano y enfermero, cose y remienda a los religiosos, caba la huerta y la planta y una sola hora no sabe estar ocioso, y si estábamos desocupados para bautizar, para predicar y confesar por él lo estamos y sino fuera por él, la mitad de nosotros estuviéramos ocupados en lo que él solo hace; y así él predica por las bocas de todos y bautiza por las manos de todos y es partitionero de lo que todos hacen y todos le habemos envidia. Esto he dicho no tanto para ala-

barlo a él, como por convidar a los frailes legos humildes a venir acá y quitar del camino a los que piensan en otra cosa de las que este hermano hace. Desde a pocos días que llegó fray Alonso del Portillo a Sinacantlán se halló tan malo que pareciéndoles a los frailes que se moría, determinaron enviarlo a Chiapa que había más frailes y más aparejo para regalarlo y curarlo y así padeció el pobre grandes trabajos y no pensaron que viviera. Durole muchos meses tan gran corrupción del estómago que nada le paraba y muchas veces se caía como muerto; a la vuelta de Soconusco dejó el vicario a fray Gerónimo de San Vicente en Copanaguastlán y así quedamos todos asentados.

XLVIII

*De los pueblos de Sinacantlán y Copanaguastlán,
y del estado en que hallaron la tierra*

Y pues Sinacantlán es tan gran cosa en esta tierra, justo es que digamos dos palabras del asiento del pueblo y calidad de las gentes. Este pueblo de Sinacantlán, que es grande y cabecera de toda aquella nación, está legua y media de la ciudad. Está asentado en un valle bien abundante de arroyos, está cerca de altas sierras, y él en lo hondo, aunque es tierra muy alta como la ciudad, y para donde se suben infinitos estados de donde quiera que se vaya: es tierra muy fría aunque más blanda que la ciudad y sin nieblas a las mañanas; es tierra muy pobre de todas cosas, solamente abunda de muchas y frigidísimas aguas y muy buenas, especialmente hay aquí una fuente que sale de ella un arroyo como de un buey y hay infinitos árboles de pinos y robles y encinas y otros de esta manera: hay infinitos yesos y cantera de alabastro, aunque ella de poco sirve, aunque por probar hacemos cosillas para casa, lábrase con una hazuela como tabla. Es la gente de este pueblo de su natural más noble que la demás de su nación, y todos son mercaderes o los más, y por esto son conocidos: de todas estas tierras y otras muchas. Tienen en sus pueblos salinas y en los sujetos de él de aquí se proveen todas estas tierras, que fuera de aquí no la hay blanca;

son las salinas comunes, quien quiere hace sal para sí y para vender. Con ser de suyo tan estéril este pueblo abunda de todas las cosas porque acuden los comarcanos aquí, no solamente por la sal, pero porque como son mercaderes acuden aquí las demás a comprar lo que han menester y venden también todo lo que traen. Tienen también gran fantasía estos y no se precian de sembrar, ni de cosa de oficios, por que dicen que son mercaderes. Los españoles llaman a todos los de esta nación *quelenes*, porque a los mancebos que les daban para su servicio, los llaman estos indios *quelen*; pero ellos no se llaman sino *sinacantecas* en lengua mexicana, y en su lengua se llaman *Zotzil Vinic*, que es lo mismo que decir *hombre murciélago*. La razón es porque sus antepasados, que dicen ellos haberse hallado en aquella vega de la ciudad y haber aparecido allí antes que hubiese sol, hallaron un murciélago de piedra y aquel tomaron por Dios y le adoraron. Andan desnudos y cuando el frío o la fiesta les fuerza a vestir, pónense una manta sobre los hombros con dos nudos a la parte derecha; las mujeres andan como las de Yucatán porque estos y aquellos convienen en muchas cosas así de la lengua como de sus costumbres; son los de este pueblo en toda esta tierra como los principales de cada pueblo y solamente por ser de Sinacantlán se hacen honra por decir que son mercaderes: fueron gente de grande esfuerzo en las guerras, y parécelo, pues todo el mundo era contra ellos: por las salinas tenían perpetua guerra con Chiapa y aunque algunas veces estaban amigos y les enviaban presentes porque les faltan muchas de las cosas que a Chiapa sobran; pero fácilmente se volvían a enemistar y se mataban y sacrificaban, y como cada uno cuenta

sus cosas a su modo y vende a su pueblo por más valiente, por eso yo no cuento nada de lo que ellos nos dicen. Nuestro intento es de hacerlos siempre amigos y hemos hecho que se perdonen los robos que se habían hecho los unos a los otros y así ahora se conversan y se hacen mucha honra los unos a los otros, especialmente los principales. No tenían señor en Sinacantlán, sino de los de mejor linaje nombraban uno que los rigiese y guiase en las guerras, y cuando no lo hacían bien quitábanlo y ponían otro; precianse de linaje como todos los indios, aunque los de Chiapa más que todos: los hijos de los señores eran sacerdotes, si conocían mujer echábanlos luego del oficio sacerdotal, pero de la sodomía de entre ellos los sacerdotes y de entre otros no se hacía caso, como en todas estas tierras y aun en Chiapa no se tenía por pecado, antes para evitar el pecado con las mujeres les procuraban sus padres muchachos con quien estuviesen hasta que se casasen. Fuera de Chiapa no había tanta rotura, su ley era la ley de la injusticia, el que más podía sujetaba al otro, si pecaba uno con casada, su marido y parientes lo averiguaba, si con doncellas, los mozos por casar eran los jueces. Tenían infinitos ídolos, adoraban al Sol y sacrificábanle, ya los ríos llenos y a la fuentes y árboles de mucha hoja y a los altos cerros daban incienso y presentes; otras muchas cosas había que decir de estos, pero es cosa prolija el contarlas. Es tierra la de estos de esta nación comúnmente pobre, aunque algunos pedazos alcanzan buenos, y pueblos hay de mucho cacao y de otro que llaman *cacao-zuchil* que es muypreciado fuera de Sinacantlán. Es tierra de muchos maizales y son los indios grandes labradores; de Copanaguastlán no hay que decir por que aquellos

y todos los de aquella nación es cuasi la misma cosa con estos, y la lengua tan poco diferente, que los que predicán a los unos, también predicán a los otros, y también los llaman los españoles *quelenes*. La tierra de Copanaguastlán y toda la comarca es maravillosa en todo, primeramente en temple; porque ni hace frío ninguno ni demasiado calor. Hay gran abundancia de toda la comida de los indios, así maíz como ají y todo lo demás que ellos comen, es la madre del algodón y de allí se visten todas estas provincias, es tierra llanísima, de grandes pastos para ganados y a las espaldas tienen las sierras de donde se saca el oro, es del todo semejante Jericó, hay infinitas palmas, palmitas excelentísimas, aunque pasaron cuatro años que no los comimos, ni los indios nos los dieron pensando que no sabíamos comerlos, tiene grandes tierras de regadillos y otras cosas grandes. Tiene una falta grande, que no ha habido hasta ahora en aquella tierra un Eliseo que le sane las aguas y es que como es tierra de palmos, tiene la misma enfermedad que las aguas de Jericó y aunque hay algunas fuentezuelas de donde ahora en estos tiempos dan agua a los frailes, que no se solía antes hacer, pero comúnmente son las aguas malas y salobres. Como llegó fray Tomás de la Torre a Sinacantlán luego comenzó él y fray Pedro de la Cruz a tratar de la lengua pero creciendo el mal de fray Tomás lo dejó desde a dos días; fray Pedro prosiguió adelante y salió tan en breve con la lengua como adelante diremos.

Hallamos entonces, como ya hemos dicho, estas tierras perdidas, porque ni Dios ni el Rey eran temidos. Entre los turcos e idólatras aunque faltaba el temor de Dios, pero el temor de sus reyes los refrena de muchos males; pero de estos por

acá podíamos decir bien aquello del libro de los Jueces: *In diebus illis non erat Rex in Ysrael, sed unusquisque quod sibi rectum videbatur, hoc faciebat* &c.... Alcaldes habia pero eran como aquel de quien el Evangelio dice que *nec Deum timebatur nec homines verebatur*... y aunque aquel por importunaciones hizo una justicia, pero acá las viudas, los huérfanos y pobres no tenían licencia para importunar. No hacía el Rey ni sus consejos sino enviar leyes y ordenanzas y santísimas provisiones; por con besarlas y ponerlas sobre la cabeza cumplian con ellas y echábanlas en una caja, y así estaban las cajas llenas de leyes y la tierra vacía de justicia, porque algunos de los gobernadores y jueces eran tiranos y a quien las leyes tocaban, ni tiene ni ha tenido el rey mayores enemigos en esta tierra que los que han tenido encargos de justicia y por eso los llamamos nosotros *espantajos de la justicia* porque con decir: vara trae justicia y hay en aquella tierra; huye la justicia de allí y está cerrada la puerta del remedio. Sucedia de aquí que todas hacían libremente lo que querían y desollaban a los tristes indios sin que nadie les fuese a la mano, no habíamos cuenta con ellos, que si no fueran hombres, y después que se tasó la tierra, allende de ser la tasa inicua e injusta e intolerable, no se hallara apenas hombre que las guardaba, sino que robaban a los indios y los tenían más opresos que esclavos; y si se huían de un pueblo a otro iban por ellos y los azotaban y perseguían. Indios se han hallado que han salido a los montes, que no han parecido ni sabido de ellos por las cosas que veían que pasaban. Nunca en el mundo se vio gente tan oprimida como esta y tan sin remedio, no solamente mientras duraron las guerras inicuas que les hicieron, en que

ellos mismos cuentan los disvarios que hicieron ajenos no solamente de la religión cristiana, pero de la piedad de hombres; pero de lo que digo es de cuando ya la tierra estaba en paz y servían con sus tributos a los cristianos y al rey. Es verdad, testigos nuestros hermanos, que no hay cosa que así haya admirado a los indios, según ellos dicen, que ver cuan sin por qué y cuan sin para qué sin tasa los robaban y cuan cruelmente los castigaban y ellos lo dicen ahora. Padres, ¿pues era bueno que hiciesen esto y esto? Y están admirados de tan grande desorden y bestialidad de gente, que después de pacíficos, así los robasen y matasen, y así no hubo publicanos en el mundo tan menospreciados de fariseos, cuanto los cristianos lo eran de los indios en sus pechos; y así suelen ellos decir, hablando de los españoles; ¿pues son personas, pues tienen corazón, pues conocen a Dios? Testigos son todos nuestros hermanos, cuantas veces hemos oído esto; y así ya no se desedifican de nada que les vean hacer ellos y los mestizos bienaventurados que han echado en este orbe para herederos de sus virtudes algunas veces con enemistad que los españoles tenían los unos de los otros se solicitaban jueces que les solicitasen las vidas y castigasen, no hallaban más en ellos que en unos santos. Una cosa sola contaré, por donde otras muchas se entiendan que es pública voz y fama en esta tierra; que un vecino procuró un juez contra otro que tenía un pueblo en encomienda y queriendo buscarle la vida, mandáronle que saliese de su pueblo y antes que saliese juntó a los indios y díjoles: a este juez envían aquí para que sepa si sois buenos cristianos y si sabéis signaros y el *pater noster*; no os cureis de nada que os preguntaren, sino entrando delante de él persig-

naos y si os preguntare algo decid el *pater noster* y si os fatigaren mirad que es por turbaros, decid *el credo* y catad no digais otra cosa porque si algo decís de mí, el juez se irá, y yo os quemaré vivos; dijo y hizose como lo dijo y a ningún indio pudieron sacar nada sino el *pater noster* y el *credo* por que sabía que el lo contrario hiciera que lo había de quemar. Una persona que se halló presente cuenta que vino un indio a media noche a decir al juez que aquel español mataba a los indios y que tenía en la caballeriza una garrucha donde los colgaba de los brazos vueltos por las espaldas y que fue el mismo de noche y que vio la garrucha y que temiendo lo que había de ser, hizo que el mismo indio le mostrase la casa propia. Fue indio o fue demonio que jamás pareció ni en la casa que le mostró por suya no hubo quien diese razón de él para la ratificación, y había aquel español quemado y matado más indios que barbas tenía en el rostro, como se prueba el día de hoy. Veis aquí lo que entonces pasaba, no había indio que pensase que contra su amo había justicia en la tierra, ni conocía rey, ni emperador, ni alcalde, ni otra cosa. Estando un fraile en conversación diciendo a un indio del Rey de Castilla, oyolo el que se servía de Chiapa y díjole riéndose; eso Señor no se usa por acá, pocos hubiera que eso permitieran; pero yo por siervo me huelgo y se lo digo muchas veces. Los indios nunca supieron que había otro mayor en la tierra que él, y si alguno conocía al emperador era por hermano suyo y delante de nosotros cuando allí llegamos y se subió al púlpito y con un intérprete les predicó como él había escrito al emperador de Castilla que le enviase frailes y nos envió a nosotros para que dijésemos misa. Esto supimos des-

pués, que entonces no entendíamos nada, y cuando después públicamente predicamos el poder del Rey sobre los españoles, se levantó el escándalo que después diremos. Esto ponemos aquí por fundamento de lo que después se dirá y oirá y no solamente esto, pero, por gran merced que nos hacían decían algunos españoles que ellos holgaban que entrásemos en sus pueblos que decían a los indios que no oyesen. Esto pasaba en aquel tiempo en esta tierra de quien todos ellos dicen que se conquistó en nombre del emperador: predicar a los españoles que estas cosas eran malas y que se enmendasen, era dar voces en el desierto; antes querían que con aquella disposición los confesásemos y decían que teníamos nuevas opiniones y que los tratábamos como a herejes. Verdad es que nunca faltaron algunos buenos y temerosos de Dios; pero al principio lo que tengo dicho era lo común.

XLIX

Prosigue el estado en que hallaron a los indios y cómo aprendieron las lenguas y enseñaron

Hallamos a estos indios envueltos y ciegos con el pecado de la infidelidad y digo una cosa de que se indignaron los españoles; pero probarla he con todos los religiosos, que no había indio en toda esta tierra que fuese fiel, ni conociese a Dios como los fieles lo conocen; y porque yo no quiero contender con necios, sino probar esto a los sabios, doy por razón lo que ningún español acá negara, que no había indio que tuviese más noticia de la Trinidad ni de la muerte y pasión de Cristo, ni de su resurrección, ascensión y venida al juicio; de la resurrección de la carne, no sabían más de esto los indios que de lo que jamás oyeron, y si de alguna cosa formaban concepto de Dios era de Santa María porque aquella oían a los cristianos llamar en sus necesidades y a la iglesia llamaban los indios: Casa de Santa María. Bien habían oído algunos decir de Dios que era bueno y que murió; pero formaban conceptos quiméricos de todo esto. La razón de ello es porque ninguna doctrina jamás tuvieron, y al que más le pidieron para bautizarlo fue que supiese las oraciones en latín de las cuales no pronunciaban palabra significativa ni ellos entendían nada. Si algunos estaban apartados de pecados de idolatría eran los que vivían en casa de los espa-

ñoles pero estos vivían en mil pecados tanto que nos hernos excusado tiempo de administrarles los sacramentos, sino como a sus amos los tratábamos. Lenguaje común de los indios era llamar a Dios a la imagen cualquiera que fuera y decir que el Dios de su pueblo era bueno y que el de tal parte no valía nada; y lo común fue pensar que aquellos trapos o pinturas adoraban los españoles como ellos a sus ídolos; pero dirá alguno: ¿cómo ellos entienden que aquel murió y que aquel era bueno? Digo que como entendían que su ídolo era bueno y muy valiente y les daba maíz &c. La infidelidad causa mayores desconciertos que esto, y aun esto que digo es hablando de algunos indios ladinos, que la gente común, ni aun por entre sueños supo cosa de Dios, a tuertas ni a derechas, sino es dos entre mil. Las oraciones en latin las aprendían como todos para que les echasen el agua en la cabeza y el bautismo jamás supo hombre para que lo recibía y si algún bachiller sabía algo de ello era que se bautizaba para hacerse persona de Castilla, que es una cosa como de sueño; y quien no ha tratado con infieles en gran conversación, como nosotros no puede entender nada de lo que aquí decimos, pero entiendan todos que estos indios eran todos idólatras e infieles como antes y sacrificaban gallinas, tórtolas, incienso, no solamente en secreto que esto era lo común; pero en la calle a la puerta de su casa hallábamos los sacrificios y de esto doy por testigo a todos los españoles que en estas provincias si vieron los ídolos y sacrificios, y si había indios de quienes no creyesen ellos que sacrificaban. Esto es cierto la razón de ello es como ya he dicho y aun después diremos; había también otro intolerable hierro que ha tocado también a algunas personas cuerdas y

lo tienen hasta hoy aunque no en nuestra compañía y era que a Dios se lo predicaban debajo de este nombre Dios y no por el nombre que significaba a Dios en su lengua. La razón era que como veían que los ídolos no eran dioses y que aquellos de quien los indios decían que eran sus dioses eran tales como Júpiter y Venus, dábanlo al diablo y hacían que los escupiesen y decíanles que habían de adorar a un solo Dios y que aquel no era piedra ni palo y como si para mayor declaración dijésemos que predicaba San Pablo en Roma que todos los dioses eran diablos, que solamente habían de adorar a Theos y que aquel no era más que uno, y que Júpiter aunque era Dios, pero que no era Theos; mirad que locuras se concibieron con esta doctrina, que esas mismas habían concebido estos si algunos habían visto algo de Dios. Había infinito que decir; pero esto baste más por aviso de los que vendrán a Indias que por tocar a la historia: hace de buscar el nombre que los indios daban a lo que adoraban y reverenciaban, y decirles que ninguno de aquellos ídolos es digno de aquel nombre, sino uno solo que hizo el Cielo y la Tierra, como si dijésemos en Chiapa que Naviti no es Nonome, ni Mohotove es tampoco Nombove, en la tierra y en el Cielo declarando las propiedades de Dios, al cual estos llaman Nombob; los demás eran nombres de ídolos. De esta infidelidad nacían todos los males que se pueden imaginar, sacrificios cada hora y cada momento en el nacimiento del hijo, al destetarlo, al ponerle nombre, al darle mujer, al fabricar la casa, a la dolencia, al llover, al trueno, al río lleno, al tiempo de sembrar, al ir camino, y finalmente toda la vida, digo lo que vimos y sabemos y no cuento cosas oídas. Había Sodomías, tenían muchas mujeres y los que

de miedo de los cristianos no tenían más que una, dejábanla cuando querían y tomaban otra, aunque en muchas de estas tierras los cristianos con su ejemplo se enseñaron a tener muchas mujeres y otras cosas peores y de las cosas que a los cristianos desagradaron, guardábanse de hacerlas en público; pero de los demás, mayores males había que en los tiempos antiguos por que como no había justicia, ni los caciques podían castigar a nadie, ni tenían a quien temer. Como cuando no había cristianos, no osaba tomar ni oso hombre a otro la mujer por que sus parientes no lo castigasen; ahora osábase la tomar, porque nadie había de irle a la mano, como el pagarse el tributo. Ver con todo esto su bajeza en todo ponía grima y espanto, desnudos, pintados con tinta negra y las mujeres hediondas con no sé qué almagres; delante de los unos se orinaban los otros y aun delante nosotros y cuando acabábamos el sermón, quedaba todo regado de orines; las uñas como águilas; el cuello encrespado, que era espanto verlos. Digo verdad, para concluir, que ellos eran bestias en figuras de hombres y muchas veces desmayábamos de ver tan gran bajeza y bestialidad y los dejáramos sino nos detuviera el celo de su salvación, pero habiendo visto lo que hemos visto, aunque los viésemos con colas y con orejas de asno, no desmayaríamos, sabiendo por experiencia lo que de ellos se puede hacer como lo muestra esta provincia, el día de hoy, admirándose de ellos los españoles que nos tenían por locos. Cuando veían lo que en estos emprendíamos y principiábamos, nos decían que solo los mexicanos eran hombres: pero el día de hoy les enseña que aquellos indios son más, con quien más se trabaja; y no dejan de ser sino lo que los religiosos que con

caridad y por reverencia, los enseñan, no quieren que sean. Comunicó la misericordia de Dios tan presto las lenguas a los religiosos, que aunque no osamos decir que fue milagro tenemos lo cierto por cosa maravillosa; antes de un mes después que fray Pedro Calvo comenzó a estudiar la lengua, predicó en ella, y fray Pedro de la Cruz comenzó a estudiar la vispera de San Juan y el día de la Magdalena predicó en la lengua fray Jorge de León comenzó por el mismo tiempo y el día de Nuestro Padre Santo Domingo predicó en la lengua; todos estaban admirados y espantados así indios como españoles. Al cabo de tres meses estaban ya tan sueltos en las lenguas como si se hubieran criado en ellas. A estos padres hizo Dios esta merced porque no había nadie que ayudase a estas gentes y porque ellos se dispusieron, trabajaron de noche y de día y andaban como fuera de sí, dándoles nuestro Señor salud y fuerzas y gana para ello. Los demás tardaron; pero antes de un año predicaron todos en lenguas y administraban los sacramentos, un padre, excepto, que no puso mano en la obra en muchos días; pero después que comenzó, salió tan en breve con la obra y empresa como los demás y trabaja y sirve al Señor con dos lenguas que le ha dado, mexicana y de la tierra. Hízonos también Dios gran misericordia en saber tratar con los indios y darnos modo como, conocida su condición, como si fuésemos indios les supiésemos traer a la fe y porque esto es largo de declarar digo solamente dos cosas para su declaración, la 1ª es que yendo al cabo de dos años a México fray Tomás de la Torre, miraron con gran atención lo que allí pasaba en todas las órdenes en el modo de tratar con los indios y preguntaron cosas muchas y muchos lo remitie-

ron a un religioso que decían ellos que tenía don y que Dios le había enseñado el modo como había de tratar con los indios para atraerlos a la fe y tratando con aquel padre encarecíoles mucho aquello que él sabía, diciendo que lo tuviesen en mucho porque ellos no lo alcanzaron sin caer primero en muchos hierros y que diesen gracias a Dios que escarmentaban en cabeza ajena, y después de esto, díoles sus reglas y documentos y después que lo escucharon dijéronle. Padre gracias a Dios, que todo esto hemos siempre entendido y guardado y su misericordia nos ha guardado de no caer en esos yerros que dices y veces hemos oído que caisteis acá y sobre eso que decís hacemos esto y esto y guardamos esta forma y ésta, y de esta manera nos habemos con los infieles y de esta con los catecúmenos y quedó admirado y espantado aquel padre y dio gracias a Dios. Más de tres años después que tratamos de la conversión de estos infieles vino a esta provincia por mandado del provincial fray Pedro de Angulo, hombre de gran religión y de grande experiencia en estas tierras, el que trajo de paz las tierras de Chamelco y Teculután y deseaba mucho vernos porque es celoso de la salvación de los indios y tenía que como no habíamos tenido guía, que no irían las cosas de la conversión también encaminadas y vino y estuvo días entre nosotros y fue a los pueblos principales que los religiosos han doctrinado, y por cierto él estaba como la reina Saba admirado y no sabía decirnos nada, solamente decía que él tenía por milagro todo lo que estaba hecho y que nosotros no lo entendíamos porque no habíamos visto las cosas de otra parte; y encomendábamos mucho la humildad temiendo nos quitase Dios por soberbios lo que por su misericordia

nos había dado. Esto refiero aquí a gloria del Señor y para consolación de nuestros padres y amigos y porque quien no trata lo que tratamos no puede entender del todo este modo, como los tratamos. No diré más que tres cosas que son generales para la conversión de todos los infieles; y de las particulares de estos indios, diré solamente las que trae edificación saberlas; la primera cosa que guardamos fue administrar los sacramentos como a hombres y no como a bestias, enseñándoles todo lo que nuestro Redentor mandó enseñar a las gentes y en esto estaban días, muchos catecúmenos, y éramos en esto tan demasiados que creo excedíamos el modo; a nadie hemos bautizado con menos doctrina, que si pensásemos que bautizado y muertos todos los predicadores había de ser todo uno; hácese también pesquisa de su vida y costumbres y matrimonio y después bautizábamoslos según la forma de la iglesia con todas aquellas ceremonias y solemnidades y no se nos ha dado mucho por hacer mucho más; hemos procurado de hacerlo bien y los que vemos que se pierden por falta de ministros encomendámoslos al Todopoderoso que murió por ellos. Lo segundo ha sido tratar con los indios con amor y caridad y blandura; ha sido común en estas tierras, así en México como fuera de allí, tener los frailes cepos y prisiones y enseñar la doctrina a azotes, y es común dicho de los españoles, que quieren estos ser tratados ásperamente y que no hacen virtud sino a palos; tenemos esto por sacrilegio y hemos experimentado no ser este modo conveniente a la ley de Cristo, sino a la Madrama. Los indios son hombres y como hombres se han de traer a la fe, y Cristo dijo a los predicadores que los enviaba como a corderos entre lobos y no al revés. Siempre

hemos tratado con ellos con sumo amor y digo verdad que nos aman tanto y temen tanto de nos enojar, y reverencian tanto, como yo reverenciara a San Pablo; digo de el día de hoy, que de los tiempos pasados adelante se dirá. No hay que tratar de pensar que indio hará cosa con que nos de pena y el mayor castigo que les hacemos es mostrar que estamos enojados, no tomar el presente que nos dan: digo de lo común, que faltas hay también como en un concertado monasterio. Pocos días ha que tratando de mudar unos pueblos del asiento que tenían, ponía yo dificultad en ello, no queriendo condescender con un español y dijele: ¿quien es bastante para hacerles hacer a los indios eso que decis sino Dios? Respondiome con gran desgracia: ese alpargate que traes calzado, juro a tal. Desde a poco porfié yo a decir que se habían de juntar en un asiento cuatro pueblos que decía él que si tal les decía a los indios, negarían la fe y se huirían a los montes y él se quedaría sin sus tributos y rogábame importunamente que no les dijese tal. Yo fui y dije misa por ellos y luego llamé delante del español a todos los principales y díjeles que aquello era a voluntad de Dios y que si querían hacerlo que Dios se serviría y si no, que no podían ser visitados ni doctrinados de nosotros. Respondiéronme: Padre, nosotros somos hombres terrenales y no sabemos lo que Dios quiere, vosotros nos habéis de guiar, que sabéis la voluntad de Dios; danos espacio de cinco días que así se hará como dices. Quedó aquel español espantado diciendo, que los indios nos habian de adorar. Si de estas cosas hubiera de contar, en muchos pliegos de papel no acabaría y es verdad que es suma la reverencia que nos tienen y es su respuesta en todas las cosas;

tú Padre lo sabes, yo soy pecador, yo soy terrenal, no sé yo lo que he de hacer. Muchas veces nos da pena tan gran indeterminación de voluntad. La tercera que por la bondad de Dios hemos procurado siempre el serles ejemplo de lo que les enseñamos, especialmente en la limpieza y pobreza, padeciendo grandes estrechuras y trabajos por no pedirles nada y digo verdad que dejan de proveernos de muchas cosas de puro miedo que nos tienen cogido de no ofrecernos sino aquello que hemos de ellos recibido, que ha sido lo que no podíamos excusar. Especialmente a los principios tuvimos este cuidado de lo cual para que nos sea un freno para no descuidarnos aun quiero añadir dos palabras.

L

De la suma pobreza que profesaron aquellos primeros fundadores

Aunque esto sea algo vergonzoso y no muy seguro contar el hombre lo que había de encubrir, y alabarse con sus labios, no debiendo permitir que los ajenos lo loen; pero como hombre que sé cuan poca parte me cabe de esta loa, diré a gloria del Señor lo que en los demás he visto. Tres años pasaron que no hubo en esta comunidad otra manta sino que cada uno tenía una de pelos de cabra que sacamos de la mar, raída y llena de brea del navío y en aquella, con sus hábitos, dormían en las tierras frías a donde teníamos un poco de paja debajo; en las calientes no más que un cerco de cañas o una estera y esto dura hasta el día de hoy, aunque ya no tenemos mantas. Las túnicas tan hechas pedazos que apenas había como se tuviesen en el cuerpo y muchas veces caminando llevábamos las sayas tendidas por no llevar las carnes desnudas: de alpargates hemos estado siempre proveídos, aunque por no calzar los nuevos, hemos andado los pies desnudos por debajo. Las casas en que hemos vivido, algunas están en pie para admirarnos de cómo podíamos allí vivir; y los seglares no osaban dormir en ellas, estando retraídos o pasando caminos porque decían que estaban mejor en la calle; a ellos doy por testigos y a las casas

pues están en pie, y a los frailes de la Merced que decían que si los indios tuvieran fe no nos permitirían vivir allí. Cuantas y cuantas veces, se admiraban los que veían que comíamos; unos huevos cocidos, unos plátanos cocidos, con agua y otras cosas semejantes. Muchas veces decía el canónigo que se espantaba como vivíamos; y de los religiosos de algunas casitas lo enviaban a decir seglares que por allí pasaban al vicario general, que éramos homicidas y que no podíamos vivir; a ellos mismos doy por testigos. Jamás recibimos a los indios vino, sino para misa, ni gota de aceite; y por no pedirles candelas sino para decir misa, estudiábamos en el corral muchas veces con unas teas. Enfermos tuvimos y de grandes enfermedades; pero no permitimos que los indios nos comprasen vino, aunque nos importunaban, ni pan de Castilla, aunque había enfermo que de ninguna manera podía meter tortilla en la boca, sino que de lo que el canónigo enviaba muchas veces guardaban sin probarlo los sanos para que comiese el enfermo y le quitaban el moño y lo podrido para que lo pudiese comer; y compadeciéndose el canónigo del enfermo, venía a verlo de la Ciudad y le traía la gallina cocida, porque jamás se veía en nuestra casa especies sino agua y un cuarto de ave. Vergüenza me da hablar más en esto; vengamos a las cosas de las iglesias. En Chiapa tenían un caliz y otro en Copanaguastlán; los de Sinacantlán tenían uno prestado de la Merced y una ara quebrada y cuando se la dieron dada pensaban que le daban un tesoro; para visitar pedían un ornamento prestado al dueño de aquel pueblo que lo tenía, y así había uno para casa y otro para llevar fuera. Tres años pasaron que no tuvimos otro frontal sino uno de manta

de la tierra. En Chiapa estaban los que después se pasaron a la ciudad que gran... de Castilla con unas cintillas pintadas, aquel era el de la Pascua y del ferial. Por gran cosa tuvimos haber una casulla de damasco colorado prestada para el día de Santo Domingo y húbola porque de la Merced nos la enviaron, que aun no teníamos ánimo ni atrevimiento para pedirla, tan paupérrimos estábamos; de estera fue mucho tiempo la almohadilla del altar y hasta ahora hace un mes no tuvimos otros manteles en el altar sino de la manta de la tierra y pensábamos de hacer los frontales de aquellas esterillas labradas que arriba dije y nos parecían muy galanas. El monumento hacíamos de estereras y cabe el sacramento de mantas, y estábamos tan absortos que lo mirábamos y decíamos que parecía brocato y cuando en Sinacatlán hicieron una casulla de manta con una cinta negra la guardaron para que la estrenase el vicario general a la misa mayor el día de Todos Santos; cuando en Copanaguastlán salían a visitar no decían misa y volvían a juntarse todos el domingo para decirle y no les pasaba por el pensamiento ni de pedirlo a los indios ni de buscarlo, sino que en esto de la pobreza verdaderamente estábamos como absortos y tan fundados en ella y en no dar nota a los indios de codicia que no sé si fue gran demasía y así les persuadimos a los indios lo que queríamos poniéndonos a nosotros por ejemplo, diciendo que hiciesen como nosotros, que aunque flacos pero no había otra cosa mejor de que echar mano. Decíamosles que ni queríamos su cacao, ni su oro, ni sus plumas, que todo lo del mundo lo mirábamos como lodo; decíamosles también que no mirasen nada a los españoles ni los siguiesen ni estropeasen en sus

vidas, que eran malas y no seguían el Evangelio; con esto se comenzó a cimentar la fe en estas gentes que otros milagros no se han hecho y Dios lo iba guiando todo sin que lo echásemos de ver nosotros ni entendiésemos el bien que hacíamos. Los españoles se indignaban bravamente cada día más contra nosotros y nos daban mil quejas y respondíamosles que no sabíamos les informar el Evangelio sino por aquella vía, y que no se podía predicar la cristiandad ni el menosprecio del mundo, ni el segundo ni el sétimo precepto del Evangelio sino reprobando sus vidas. Cada día padecíamos enojos y bregas sobre esto y sobre otras cosas semejantes que sería largo de contar.

Muchos días estuvimos que no salimos de unos pueblos, así por las malas disposiciones como porque veíamos que en aquellos pueblos no se había hecho nada ni habíamos bautizado ni adulto ni concertado matrimonio; veíamos infinitos pecados, pero por dar alguna luz para despertar la gente, salimos al cabo de muchos días a ver pueblos comarcanos y solamente bautizábamos a los niños, porque de estos no teníamos escrúpulo de bautizar a los que sus padres traían de estos pueblos comarcanos donde nosotros veíamos que la doctrina iba prendiendo: en España hay algunos que todo lo que acá hacemos condenan y en todo hallan escrúpulo; pero así para lo presente, como para otras cosas les respondemos que no nos faltan las letras que ellos tienen, ni el deseo de acertar, ni somos muy negligentes en encomendarlo a Dios y vistas las cosas de presente nos parece que debemos hacerlo así; y una cosa pueden tener por cierto que en las cosas de sacramentos, que la necesidad y continuo ejercicio nos ha hecho instructos en ellos, que sin escrúpulo dire-

mos que sabemos más que otros más doctos que nosotros, pero con todo esto digo que la presencia de las cosas hace juzgar de otra manera de lo que lejos parece. Ibamos, pues, por los pueblos a pie, predicando seis y siete horas al día, enjugando muchas veces las túnicas en el cuerpo, cansados, muertos de hambre y no solamente en los pueblos, pero a ningún indio topábamos en el camino que pudiésemos acabar con nuestra conciencia dejarlo pasar sin anunciarle a Cristo, sabiendo que en solo aquel nombre se había de salvar y que solos nosotros se lo habíamos de anunciar y que quizá no habría otra mejor oportunidad. Visitábamos los enfermos predicándoles que dijese siquiera... *“(Aquí faltan dos hojas al original, y así pasa a los disgustos que hubo con el encomendero de Chiapa que fueron muy escandalosos y es necesario referirlo todo para que se vea lo que padecieron aquellos apostólicos varones).”*

LI

De los grandes disgustos que los religiosos pasaron con el encomendero de Chiapa, y los motivos de ellos

El encomendero de Chiapa era muy astuto y viendo que a su tela se le iban descubriendo los hilos, procuró con maña ver si podía echar de allí a los religiosos que ya estaban muy arrepentidos de haberlos admitido, y así en conversaciones les movía plática diciendo que podían pasarse a Nueva España donde serían estimadas las grandes prendas que a cada uno lo hacían digno de grandes puestos; pero ellos que en nada de eso pensaban, no dieron lugar a semejantes vanidades. Entre tanto se fue enlazando el negocio de modo que llegó al rompimiento que veremos, por que habiendo reñido a un indio y maltratádolo por cierta iniquidad que él intentaba y echádolo después, tornolo a llamar a él a su casa y al principal de aquel barrio y vino él a casa y dijéronle los frailes que no fuese, y con esto no fue él ni el principal. Dijo entonces el español: ¿como que hay indio que llamándolo yo, no venga y que diga: después iré que ahora estoy ocupado? Voto a tal: si frailes no hubiera, del infierno saliera él a mi llamado, como en otro tiempo. Tenía también cárcel y cepo y teniendo a otro preso, porque no se quería casar con quien él mandaba, que ya los pobrecillos indios con el favor de los padres se excusaban de aquellos matrimonios,

soltose el preso y vino huyendo a casa; y como lo vio, porque acaeció él estar allí, arremetió y dióle coces y los frailes se lo quitaron; y él entonces acabó de caer de su estado viendo que los indios entendían que no era Papa ni Dios porque así lo llamaban los indios a él y a todos los españoles porque por el nombre de Dios que tienen en sus lenguas llamaban a los españoles. Aunque esto parece indigno de cristianos, pero a cuantos hay en las Indias doy por testigos que llamándole los indios por el nombre de Dios que tienen en sus lenguas unos Masan, otros Chu, otros Nombore, que en diversas lenguas quiere decir *Dios*, otros *hijos del Sol*, no se hallara que cristiano se los reprendiera; antes se alababan y glorriaban de ello y destruyendo nosotros tan grande sacrilegio y reprendiendo a los indios que no llamasen en sus lenguas *dioses* a hombres mortales como ellos, se enojó un honrado caballero y delante de muchos españoles se quejó gravemente de los frailes diciendo que les apocábanos delante de los indios diciendo que eran hombres mortales y flacos como ellos; y diciendo que se decía a fin de que no les llamasen dioses en su lengua y que aquello era excusado decir a los indios; sobre estas cosas dichas hubo muchos azotes y trabajos en los indios de Chiapa y aquel principal le quitaron su cargo para que no guardase los indios diciendo y buscando colores que robaba el pueblo y que un poco de cacao que enviaba a los frailes para beber, que no lo enviaba de su casa y otras mentiras. Como vino el vicario quisolo aquel caballero encubrir todo y culpar a los que estaban allí, diciendo, que no sabían tratar a los indios, que no quería el indio sentir favor, que los padres los destruían y con

estas cosas quería disimular y trataba con los indios que no nos diesen sitio donde estaba señalado, como lo hizo descubrir el vicario públicamente en la Iglesia. También les decía que no éramos nada: que en España pedíamos por las puertas, que éramos hijos de cristianos bajos y pobres y que por no tener que comer nos metíamos a frailes, y que siendo frailes éramos gente baja, de manera que comida no teníamos si los cristianos no nos la daban. Causaba esto gran escándalo a los indios, que sin fe no conocían la virtud de la pobreza y andaban como atónitos, ni osaban seguir nuestra doctrina pensando que porque nos daban de comer les traíamos la mano sobre el cerro, viendo que los cristianos no nos la querían dar; y por otra parte conocían a su amo y en nosotros no veían cosa mala. Mirad que ardid de Satanás para que estos pobres indios no recibiesen el Evangelio; este negocio andaba en tinieblas que entonces aun no lo habíamos sentido; tenía aquel español, entre otros malos, repartidos todos los hijos de los principales para que le sirviesen a la mesa y lo acompañasen y lo acudiesen siempre haciéndole aire con unos mosqueadores y otros que tuviesen cargo de la comida, otros de estar siempre a la puerta de casa; de suerte que lo ordinario era traer siempre veinte o treinta muchachos y mancebos. Los religiosos querían doctrinarlos y enseñarlos y los mozos lo deseaban y él con vivísimas cautelas lo desahacía, que parecía en todo pretender el bien del pueblo diciendo que si los atábamos allí que se perdían sus haciendas de los indios y que aquella gente no era como otros indios y que si pensasen que eran exentos de servicio por aprender, que se ensoberbecerían y que no podrían con ellos en el

pueblo, y como en esto iba la vida y estaba aquí la llave de la doctrina pasaron tantas cosas del cristiano a los frailes que les dijeron los frailes a los hijos de los principales: que su amo no tenía en la casa aquel género de servicios, que no se lo diesen; y mandó el vicario a fray Pedro Calvo que era la lengua que dijese al cacique que no fuesen aquellos mancebos a servir. Dijo el cacique Don Pedro descubriendo la tela: Padres mira que nos tornais locos, nuestros amos nos dicen esto y esto de vosotros nos decís que este es un hombre como nosotros y que el emperador y los alcaldes son sobre él; ninguno habla delante de el otro; ni vosotros ni él hablamos claro. Esto dijo el indio con gran cautela para ver quien trataba mentira o verdad y así se determinó de decir la verdad a las claras aunque amargase.

Como el español encomendero de Chiapa supo que el vicario y los frailes habían dicho a los indios que pues no le debían aquel servicio por la tasa del Rey, que no fuesen a servirlo los hijos de los principales sino que cada día se recogiesen todos a aprender la doctrina y costumbres al monasterio, indignado gravemente contra nosotros, dijo: ¡como que en eso han andado los frailes!; ¡qué tasa me han ellos de poner! A fe de Dios que yo les daré mala comida. Y con el gran dominio que sobre los indios tenía, mandó a los que tenían a cargo de enviarnos la comida, que no nos la diesen; y era el miedo que le tenían tan entrañable, que luego lo hicieron así, y aquel domingo por la mañana no nos trajeron cosa alguna. No faltó quien lo viniera a decir al vicario y como vieron que hasta la Misa mayor no habían traído nada de lo que de consejo solían traer, viendo el grande

escándalo que se daba a los indios y que callar entonces era cerrar las puertas de la fe porque pensarán que andábamos con mentiras con ellos, escribió el padre vicario ciertas razones en un papel y mandó a fray Pedro Calvo que las dijese en el sermón a los indios, presente aquel cristiano y sus criados, y porque los indios viesan que no andábamos a sombra de tejados, que lo dijese después en la lengua Castellana e hizose así. Lo que se les dijo fue:

"Hijos y hermanos: nosotros pasamos a esta tierra por amor de vosotros; no buscamos oro ni plata; ni cacao ni otra cosa vuestra; solamente deseamos que conozcais a un solo Dios y Señor en el Cielo y en la tierra que es Jesucristo en cuya fe os habéis de salvar. Sabed también que el emperador y rey de Castilla os ama y quiere bien, y porque es cristiano y os desca que os salvéis, nos envió acá a deciros lo que os conviene y este Rey es bueno y no ama la maldad, ni quiere que os acabéis, sino que viváis contentos y bien regidos y amparados y para esto tiene su Audiencia en los confines de estas tierras con mucho poder para que os defiendan y amparen de quien os hiciere mal, y todos los cristianos que acá andan, aunque sean grandes y ricos están sujetos a aquella audiencia, y los puede matar y castigar porque tiene poder del Rey y no solamente la Audiencia, pero los alcaldes que están en la ciudad tienen poder sobre todos los españoles y si alguno os hiciere mal podéis ir a quejar de aquel a aquellos alcaldes, y ellos os harán justicia y si no la hicieren podéis ir a la Audiencia porque aquella puede también castigar a los alcaldes que no hacen

justicia, y si vosotros no os atrevéis decídnolo, que nosotros hablaremos a los alcaldes y a la Audiencia e iremos a Castilla por vosotros si fuere menester, porque el Rey os ama y desea favorecer, y a estos españoles a quienes estáis encomendados, que vosotros llamáis Nuestro Señor, no les debéis llamar así, porque solo Dios es digno de ese vocablo en el Cielo y en la tierra, y al Rey también llamamos así por su dignidad; a otro no se lo habéis de llamar, solamente le debéis dar los tributos que están tazados, no porque es vuestro Señor sino porque el Rey lo manda así, por los servicios que le han hecho; y pagado aquello no tenéis más que ver con él y si más os pidiere hay justicia que lo castigue".

Dicho esto a los indios volvió a la plática a los españoles y aquel cristiano que de la conversación larga que tenía con los indios sabía algunos vocablos, poco más o menos entendió la plática y quiso estorbar porque los indios no pensasen que a él osaban decir aquello, y comenzó desde su poderosa silla a decir que no se dijese aquello en romance, porque, decía, que él lo había bien entendido. Dijo el predicador, que quizá no lo había entendido bien y que a la gloria de Nuestro Señor tocaba decirselo de suerte que lo entendiese. Reclamando él mucho desde allí, dio una palmada al vicario diciendo; calle vuestra merced que el Rey calla, en el sermón. Entonces dijo él: yo callaré pero a fe que nos debemos poco al cabo del año. Acabado de decir en romance lo que ya hemos dicho, reprendióle el predicador modestamente diciéndole cuan grande escándalo daba a la fe desacreditándonos con los indios supuesto que no

había otro milagro que nuestro ejemplo y el crédito que de nosotros tenían que era lo que los había de convertir; y que dirían aquellos indios viendo que nos quitaba la comida y les mandaba que de su hacienda hiciesen limosna; y que se enmendase por amor del Señor. ¡Cosa maravillosa! Los indios despertaron como de un gran sueño, espantados de lo que aquel les había dicho y cuan engañados y tiranizados los tenía y cuan grandes disparates les había hecho creer o entender. Acabada la misa volvióse él triste a su casa con solo sus esclavos y no como solía ir todo el pueblo a llevarlo y traerlo; y todos los indios acompañaron a los religiosos hasta su casita. Estuvo el pueblo que no parecía haber hambre y la plaza del cristiano, sola con hervir de gente otros días, y él no comió ni nadie de su casa: solo se estuvo sentado en el corredor que se parecía desde nuestra casita. Luego la primera fiesta siguiente, hicieron los indios el mayor y solemne mitote que se había visto en aquel pueblo, con grandes aderezos de oro y diversas divisas que fue cosa maravillosa y sin que nadie se lo mandase y dijese, sino de la alegría de su corazón de haber echado aquel tramojo que jamás pudieron acabar de roer.

En el tiempo de su silencio y soledad soltó aquel español las riendas de su malicia y comenzó a buscar como nos perseguiría y echaría del pueblo sin que pusiese en peligro aquellos veinte mil pesos que tenía, y confiando en el espanto que a los indios tenía puesto, comenzó a tratar con ellos lo que había pensado y decíales cuánto los amaba y con cuanta razón, porque ellos lo habían enriquecido y que ahora estaba muy triste por aquellos frailes: que estaban allí seis, y que cada día vendrían más

y que les habían de hacer gran casa e iglesia y mantenerlos, que él los ayudaría con todas sus fuerzas y que fuesen ellos a los alcaldes que los echasen de allí que no los podían mantener. Y en esto anduvo tanto que se les traslució a los frailes, a los cuales él no veía ya ni hablaba; y un día se mandó llamar en la casa del cacique Don Pedro a todos los principales para dar fin a su deseo, que porque los frailes no lo viesen no los juntó en su casa, pues no se escondió la cosa a los frailes y como supieron lo que pasaba y que tan a rienda suelta impugnaba el Evangelio e impedía la conversión de aquellos indios, fueron a casa del cacique para reprenderlo delante de los indios y decirle que por qué perseguía tan abiertamente el Evangelio y estando él con todos los principales juntos, tratando de lo que ya hemos dicho, llegaron el vicario y fray Pedro Calvo, y ya que estaban junto a la casa dijole un indio que estaban allí los frailes o que llegaban ya, y en oyéndolo lo asombró el temor de Dios de tal suerte que olvidado de su gravedad y presunción dio un salto por otra puerta y dejase allí un cuero que por gentileza solía él traer, que andaba en cuerpo, y dejó el sombrero y huyendo por ahí dejó el caballo, que no tuvo cara para ver a los frailes sabiendo lo que contra ellos trataba. Y como lo vieron huir los indios, tiraron a huir sin saber de que ni de que no; otros se quedaron allí como espantados y encantados. Dijéronles entonces los padres; pobres de vosotros, cata que os engaña Satanás, si este os tratara buenas cosas no huyera de nosotros. En esto conocéis como no os trata verdad, ni cosa que os convenga, y aunque a los indios les fue esto como milagro y le pesaron mucho y ponderaron como

ellos suelen guiñando con los ojos, extendiendo los labios y moviendo la cabeza; pero con todo esto temblaban de su amo que parecía quimera verlos tan alegres y osados por una parte y tan temerosos por otra. También estaban espantados los indios de ver que les decían que fuesen a la Justicia porque en su boca no habían oído cosa por donde diese a entender que tenía superior en la tierra: a todo lo que a los indios dijo, respondían que sí; no porque pensaban de lo hacer, sino porque no osaban contradecir porque aun no tenían asentada la fe en el pecho y se acordaban que aquel los había conquistado y muerto a sus padres y parientes en dos veces que les hizo guerra, en que quemó y mató infinitos. Con aquel sí de aquellos indios determinó ir aquel caballero a la ciudad y pasando por Sinacatlán fue a visitar a los religiosos y halló allí al canónigo; y presupóngase para adelante que este canónigo era un hombre no solamente docto pero gran siervo de Dios y creo sin ninguna duda que el mejor clérigo que a estas partes ha pasado humilde, modesto, justo y constantísimo en toda virtud, el cual se nos hizo luego grande amigo y tuvo constancia en nuestra amistad y nos la conservó en todos nuestros trabajos y fue siempre una cosa con nosotros y nosotros con él que solamente diferimos en los hábitos y no en otra cosa alguna. Este venerable sacerdote estaba allí y llegado allí aquel cristiano contole el mal pago que los frailes le daban y cuan sin por qué lo habían desacreditado con los indios y deshecho hasta decirles que no lo llamasen señor y como él nos acogió cuando no hallábamos a donde asentar ni estar; y colocó de tal manera las cosas que les hizo al canónigo y a los frailes de Sinacatlán

culpar a los frailes de Chiapa diciendo que si así era, que lo habían hecho mal, y viéronse tan malquistos con los españoles que temieron que habrían de nacer de allí algunos males. Hecho esto, pasose a la ciudad y como hombre sagacísimo comenzó a declarar sus conceptos tirando al hito a qué él iba y que él ya tenía previsto y díjoles a los vecinos todos como ya sabían que él había recibido mucho de aquellos indios de Chiapa y como por descargo de su conciencia queriendo irse a España había acogido a los frailes; pero que veía que destruían al pueblo con sus gastos excesivos porque para cumplir con el mundo les llevaban cada día muchos huevos y pescado y para cumplir con su gula les daban cada día seis gallinas. Estas y otras cosas decía el hijo de este siglo, con tanta sagacidad, que no solamente el pueblo incipiente, que no deseaba sino hallar de que asir contra nosotros; pero aun el canónigo que sabía lo que en nosotros había y cuan sin cargo éramos a los indios y a la orden de aquel crimen tuvo temor si por dicha había algo, y tuvo por cierto que ya que no fuese tanto, que debía haber alguna flaqueza y que a aquel seglar le movía buen celo, porque aun el canónigo no conocía gente de Indias hasta entonces, por no haber tratado con ellos más que un bueno y recogido clérigo en España con los seglares. Pero como los de Sinacantlán supieron de cierto lo que pasaba, avisaron al canónigo con el cual se trataban tan sinceramente que su sí y su no equivalía entre ellos a grandes juramentos, y con aquel celo pidió aquel cristiano de Chiapa y rogó a los alcaldes que fuesen a Chiapa, que hiciesen de ello pesquisa, porque los indios se perderían, sino se les quitase delante tan grande escándalo. Esto decía

él creyendo que los indios no le faltarían, pues era excepción dijo la mar y la inconstancia de los bárbaros fue más firme que la constancia de los falsos cristianos y venció la verdad que es sobre todas las cosas, porque escrito está *qui ambulat simpliciter, ambulat confidenter*; y en otra parte *et insidiis suis capientur iniqui*. El no pidió más que un alcalde pero los pontífices de aquel año, desearos de hallar testimonio contra la justicia y verdad que ellos habían, ofreciéronse a ir entrambos y toda la ciudad con ellos, abonando el caso de la comida aquella gente en quien jamás se halló continencia. ¡Oh qué nuevos patronos se les levantaron a estos pobres indios para sus gallinas, después que les mataron a sus padres y les apedrearon y estacaron y quemaron sus parientes; después que les robaron hasta la cera de los oídos y ahora lloran por los indios porque dan de comer a sus padres, a sus patronos, a sus apóstoles y a todo su bien! ¡Ah cuan bien empleadas fueran todas sus gallinas si las mataran para quien dejó sus tierras por ellos, para quien les da su sangre y los defendía del diablo y de todos sus miembros, cuan bien emplearan todo lo que les habían dejado para servir a quien lo dejó todo por ellos en cuyas manos estaban sus almas y sus vidas! Pero *mentita est iniquitas sibi*, que no se hallara que en casa ni fuera de casa por caminos y con trabajos gravísimos tal comiésemos, sino fue en enfermedad como ellos mismos son testigos, que para vencernos muchas veces nos tralan la costumbre de España, la cual no ha entrado en estas provincias; sino que en casa y fuera de la casa guardamos estrechísimamente la orden, como todo el mundo es testigo y aunque esté escrito: *laudet te alienus et non os tuum, sta-*

neus et non labia tua; pero testimonium peribemus veritati... por la necesidad que hay de ello para España, donde no saben de nosotros sino lo que oyen a pésimos hombres, enemigos del Evangelio, ministros de Satanás, y con esto han estorbado a muchos que acá vinieran con decirles que acá no se guarda la orden. Guárdase como Santo Domingo la guardó *et inimici nostri sint iudices*, . . . y en esto se muestra y mostrará la inocencia de estos siervos de Dios, pues tan sutilísimamente buscaron su vida hombres ejercitados en toda maldad y no hallaron nada contra ellos, como ahora y adelante se parecerá, viviendo como hemos vivido sin las clausuras de España, andando predicando el Evangelio por todo este Mundo. Viendo el canónigo la determinación de la ciudad, acordó juntamente con un vecino que allí había, hombre cuerdo y honrado y que había sido estudiante en Salamanca, que se llamaba Mendaño, que sería bien estorbar tan gran desconcierto porque su intento era que hecha información de nuestra vida y si comíamos gallinas, que nos hiciesen salir del pueblo por gente costosa y creía aquel apóstol que los indios lo dirían como él se lo había dicho porque él les había hecho hartos sermones sobre los perjuicios, según parece en un proceso que después se hizo contra él, y hablaban el canónigo y aquel vecino a los alcaldes y a los demás diciendo que les suplicaban detuviesen la ida hasta que ellos fuesen a Chiapa porque ellos se atrevían a hacer que los frailes se saliesen de allí por su voluntad sin que sus mercedes sintiesen aquella afrenta, que en fin eran sacerdotes. Y con esto escribió el canónigo una carta muy larga al vicario rogándole que por amor de Dios se saliesen de allí para evitar mayores males y escándalos, y

que aquel español era muy sabio y haría con los indios cuanto quisiese y que ahora había lugar a aquello del Evangelio *si vos persecuti fuerint in una civitate &c*, y con esta carta pensó acabar con nosotros aquello y no pudo ir Mendaño a Chiapa con estorbo de enfermedad y así cesó su ida esperando la respuesta; pero conociendo los frailes ser aquel engaño del demonio, con santa simplicidad del canónigo para echarnos de allí con nombre de malos hombres, y que el pueblo más rico no nos podía sustentar, para que así ni nosotros osásemos parar en toda la provincia ni pueblo alguno nos quisiese acoger, escribió el padre vicario al canónigo espantándose de él como daba oídos a tan grandes disparates, y que puesto que comiésemos aquellas gallinas, que ni ellos eran parte para tratar de ello, ni al pueblo de Chiapa le era dadas, más que a Valladolid seis huevos; y decía que aquel caballero mentía en todo y que holgaría que toda la ciudad fuese, para que delante de todos lo convenciésemos a él por mentiroso y a todos los vecinos por locos y livianos en tratar de aquello. La carta era tal cual la gente la había menester y que la verdad y el celo de las ánimas la dictaba. Esta carta leyó el canónigo en la Misa mayor a todo el pueblo al tiempo de el echar las fiestas después del Evangelio, y como todo era disvario deshízose como el humo y no se trató más de la ida.

Como aquel caballero de Chiapa vio que no había lugar de venir la justicia al pueblo de Chiapa, envió a un español para que dijese al cacique Don Pedro y a los principales, que dijeren a los frailes que se fuesen de allí, porque diciéndolo los indios pensaba que de corridos nos iríamos y los dejaríamos por idólatras y como el cacique Don Pedro oyó

la embajada de su cura y apóstol que le vino a predicar el Evangelio respondióle Señor; tú y los padres sois de una tierra y de una lengua, ve tú y díceselo y te entenderá, que quizá yo no se lo sabré decir. Envió a llamar a dos principales, el uno se llamaba Miguel Naca y el otro no pongo el nombre. Este Miguel Naca es hombre de quien adelante se hará mención; ídos, mandoles que dijese a los alcaldes lo que él había concertado con ellos y viendo ellos que él no podía hacer nada sin los alcaldes conociendo que no era él el que les había dicho, dijéronle que aquello era mentira y que los padres eran buenos y que les trataban de su bien y que no tenían corazón para cometer aquel pecado. Entonces les dio de coces y los maltrató mucho y les detuvo en su casa y envió a decir al cacique que hasta que enviase indios que acusaren a los padres que no volvían a Chiapa los que allá estaban. Viéndose el cacique afligido juntó a todos los viejos y principales del pueblo y contoles los bienes que los padres les hacían y les prometían y les enseñaban las cosas de Dios, aunque de esto no trataban ellos entonces mucho; pero decíales que los padres eran buenos y no hacían pecado y que los defendían y que él no quería hacer lo que su amo les decía, porque andaba a oscuras y no tenía buen corazón ni buenas palabras ¿que qué les parecía a ellos? y que no temiesen de la comida, que en su pueblo la comida era basura y que él tenía hacienda para mantenerlos a todos sin que el pueblo ayudase en nada. Esta fue la primera cosa de arte y de cristiano que dijo el buen cacique Don Pedro por el cual hay hoy fe y cristiandad en esta provincia; respondió Don Juan que era el más principal diciendo: padre, no te eno-

jes conmigo por lo que te diré: ya sabes que este cristiano destruyó a Chiapa y la acabó y ahora es nada; este quemó nuestros padres y nuestros viejos ¿cómo queréis que ahora lo neguemos?, ¿quieres que nos destruya otra vez? Dijo el cacique: si tú y el cristiano tenéis un corazón y una palabra síguelo; que yo y mis parientes a los padres hemos de seguir. Dijeron todos los principales buena es la palabra de nuestro cacique, a los padres hemos de seguir y queremos todos: buenos son los padres: no tienen pecado, coman los padres, no saldrán los padres de nuestra tierra; todos somos parientes, tengamos una palabra, sea la palabra de todos como una sogá muy recia que no pueda quebrar por ninguna parte. "Determinados los bárbaros en que los predicadores del Evangelio eran buenos y que no los debían echar, propuso el cacique Don Pedro que quien le osaría ir a decir a su amo que no le quería obedecer, que para aquello era menester un hombre cuyo corazón fuese como el de un león. Levantose un mancebo que quería casarse con una hija suya que era niña, y dijo que él iría, y así se juntaron él y otros dos principales mancebos y fueron a la ciudad y dijeron al cristiano su amo la determinación de sus indios y del cacique, como era de no decir nada contra los padres sino la verdad, porque eran buenos. Como se vio ya burlado el desventurado, tomó otro camino y díjoles: ya vosotros sabéis como sois de buen linaje y como Don Pedro yo lo hice cacique y no fue hecho derechamente cacique (desmintiéndose el pobre de lo que con su boca había infinitas veces afirmado). "Tratad, dice, hijos míos, como me quitéis a este perro del cargo que yo os ayudaré". A los otros parecíoles cosa larga y dijeron que aquel

era su señor y que todo el pueblo lo eligió, que ellos eran mozos para tratar de aquello. Viendo que tampoco había por allí camino, tentó con los alcaldes que ellos de su oficio trataran de llamar a los indios y pues de la justicia era mirar por los pobres, que hiciesen como su deseo y el de todos viniese a efecto y como al dinero obedecen todas las cosas y él hubiese mucho y los alcaldes poco, fácilmente se lo concedieron, o todos o el uno, y holgaron de contentarlo; y confiado en esto se volvió el pobre Nambocaveconde a Chiapa corrido y deshonorado; y como tuviesen por costumbre salirle a recibir tres leguas de allí los principales todos, ésta vez no salió ninguno y el pobre afligido les envió a decir que por qué no salían y respondieron que no podían. Fuese a posar a su ingenio y no vino a Chiapa, donde de fuerza había de ver a los frailes, cuyo rostro no osaba él mirar sin gran vergüenza. Allí envió a llamar a todos los principales, ellos vinieron primero a casa de los padres a preguntarles si irían y dijeron que sí. Idos, díoles muchas quejas de como siendo su conocido antiguo lo habían negado y quejose del cacique diciendo: ¿pues cómo me haz dejado siendo compadres que te saqué el hijo de pila?, pues aunque has hecho mal, toda mi hacienda es tuya y cuando quisieres azúcar o de acitrón enviad por ello. Respondió el cacique Don Pedro; señor, téngotelo en merced y tus palabras son muy hermosas; pero yo soy indio y mi mujer también y nuestra comida son frijoles y ají y cuando quiera gallina también la tengo; azúcar yo no la como, ni de acitrones es comida de indios ni nuestros antepasados conocieron tal cosa. Con esto quedó el pobre Nambocave-

come tan corrido y triste cuanto no se puede pensar y vino a secarse en tan gran manera de tristeza, que los frailes le habían compasión.

LII

*Donde se prosiguen las revueltas que los religiosos
tuvieron con el encomendero de Chiapa*

Vuelto Nambocavecome a Chiapa luego enviaron los alcaldes a llamar al cacique Don Pedro que fuese a dar razón de sí a Zacatlán y de la nueva fe que había recibido, dejando la vieja que tenían de servir a los españoles en todo y por todo. Fue con toda su gente y deudos y amigos, por cierto con harta autoridad, avisándole los padres que dijese en todo verdad y que si ellos quisiesen que estuviésemos en su tierra, que estaríamos, aunque pesase a todos los cristianos; y sino quisiesen que estuviésemos, que nos iríamos, aunque todos los cristianos nos rogasen que quedásemos, porque indios buscábamos nosotros, que no españoles. Lo mismo les dijeron los padres de Sinacatlán; pasado, llegó una carta del vicario para fray Tomás de la Torre en que decía fuese a la ciudad a ver lo que pasaba y a responder por la Orden lo que a aquellos indios convenía, y así se fue tras ellos aunque malo con sus cuartanas. Fue con él fray Pedro de la Cruz y posaron en casa de aquel señor canónigo y tratando con el canónigo que qué se haría, parecioles bien a hablar a los alcaldes diciendo que partiesen mano de tan gran sacrilegio como trataban, y dejando muchas merendencias y las cautelas de los alcaldes con que engañaron a los frailes, cuando

no se cataron vieron, entrando en casa del canónigo, gran concurso de gente a comer y a los alcaldes sentados en su Juzgado y gran copia de indios allí, y pareciéndoles que se hacía gravísima ofensa al Evangelio y que manifiestamente impugnaban la fe, fueron allá los frailes a la Audiencia y es de saber para que esto mejor se entienda que como toda la ciudad sabía el entrañable miedo que todo el pueblo de Chiapa tenía a Nambocavecome, viendo que los indios le faltaban y no hacían lo que él quería juntáronse muchos en la plaza y dijeron: señores ya veis que este negocio no es de Nambocavecome, si no nuestro de todos, porque los frailes tratan de que la tierra se dé al Rey y que los indios se pongan en su cabeza, y pretenden introducir las leyes del Rey de que hemos suplicado y comienzan por Chiapa, que es la cabecera de la provincia, dicen a los indios que son del Rey y que no llaman al amo Nuestro Señor y que se quejen de su amo al alcalde: todos quedamos perdidos y la tierra se ha de asolar sino se remedia. Y a este efecto juntaron aquí todos los de Chiapa y Copanaguastlán y también llamaron a Sinacantlán, pretendiendo amedrentar a estas cabeceras de la tierra y desautorizarnos con ellos y que los indios supiesen que no éramos nada. Juntos, pues, muy muchos indios, aunque no habían venido los de Sinacantlán por cierto descuido, llegaron los frailes al lugar del Juzgado, donde estaban casi todos los cristianos, indios y alcaldes y escribanos y el un alcalde, que por su honra no lo nombro sino por el nombre que los llaman los indios en su lengua que es *Tenamit*, los convidó repetidas veces que se sentasen cabe sí y lo hicieron así por el buen ejemplo que recibieran de indios de ver que no estaban en

pie. Entonces comenzaron a hacer muchas preguntas en favor de Nambocavecome, según la instrucción que les envió, y esta vio uno de los más atentos del pueblo y dijo a los alcaldes que se quitasen de tales locuras, que no se metiesen en escudriñar vidas de frailes, ni en cosa que no les tocaba; y así por esto, como porque aquel caballero no les escribió más de *muy nobles señores*, aflojó el un alcalde y el otro Tenamit, por el bien común llevó la cosa adelante. Hechas aquellas preguntas viendo fray Tomás que comenzaban ya a tocar en los frailes, pídielos en caridad que le dejasen decir dos palabras y oyéronle con silencio un buen rato en que les dijo el amor que teníamos a los españoles, que eran en fin nuestra carne y nuestra sangre, y como los indios eran cristianos y debían ser amados y favorecidos en las opresiones que en su tierra padecían, y como aun hasta entonces no habíamos perjudicado a los cristianos, y solamente les decíamos que el Emperador era sobre ellos y amaba a los indios, y que sus justicias habían de acudir contra quien les agraviase y como los españoles se habían de hólgar que su Rey fuese conocido; y a esto comenzaron a dar voces y no pasó adelante. Entonces pareciéndole a un caballero que los indios tendrían en mucho a los frailes viéndolos cabe el alcalde y hablar desde allí a todos a manera de reprensión, vino y con gran cólera reprendió al alcalde diciendo que la tierra se perdería si dejaba estar allí a los frailes, sino que los hiciese bajar y daba voces diciendo: dadla por perdida y escandalizada: cata Señor, que los ven allí esos indios, y es para escándalo de la tierra. Respondió fray Tomás: no es señores escandalizar la tierra honrar a los sacerdotes ministros del Evangelio, sino alla-

narla y abrir camino para que estas gentes se salven. Después de esto mandando el alcalde a aquel caballero que callase, comienza él a abrir su boca poniéndola en el Cielo y su lengua pasándola por la tierra, hablando contra Dios maldades, contra el Altísimo y la primera palabra o proposición que les dijo, bien dilatada y encarecida en presencia de todo el mundo, y de aquellos indios de los pueblos, fue esta: indios, todo cuanto los frailes os dicen, fuera de la palabra de Dios, es malo. Como que los tristes indios supieran cual era la palabra de Dios, sino solas las oraciones en latín. Tras esto les dijo: no vayáis a la iglesia, ni a oír la doctrina, ni a aprender los hijos de los maceguales cada día, sino solamente los domingos, los hijos de los señores vayan cada día. Deshacíase fray Tomás diciendo: señores catad que escandalizáis a estos, como distinguirán ellos la palabra de Dios, si les decimos de Sacramentos o de pecados como lo creerán; mas como nos creerán nada, si les decís que todo lo que decimos es malo y que no hagan nada de cuanto les mandaremos y dijéremos, que todo es malo; catad que cerráis la puerta del Evangelio, catad que os demandará Dios las almas de estos idólatras. No aprovecho nada: mirad que sentirían los siervos de Dios viendo tales cosas en los cristianos; dígoos que las entrañas se les arrancaban y de buena voluntad dejarán allí las cabezas si hubiera quien sobre aquello quisiéraselas cortar. Luego tras esto en pública audiencia, adelante de todos los indios y españoles hicieron pesquisa de lo que ellos con las grandes necesidades que habíamos tenido, pensaban que habíamos hecho y preguntábanles: ¿que si comíamos carne o pescado? Respondieron los indios: que fray Tomás de la Torre, que estaba

presente y allí en la ciudad, la comía entonces; de él dijeron los indios que comía carne. Preguntáronles ¿que cuántas gallinas? Respondieron riéndose que no habían tantas, sino un pollo de Castilla le enviaban todos los días cuando estaba en Chiapa, y que los demás padres que no comían sino huevos y pescado. Y preguntoles; si eran muchos los huevos y el pescado. Respondieron que no; sino muy poquito. Tornaron a amenazarles gravemente que mirasen si decían la verdad, respondieron: que aquella era la verdad que habían dicho. A esto les requirió fray Tomás de parte de Dios y de la Orden que no tratasen de aquello que era cosa que les costaría caro, porque comer carne o no la comer, ni es pecado contra Dios ni contra la Orden y que quien supiese aquello y supiese la Orden conociera su intención y poca noticia de las cosas, y que puesto que fuese malo, que la Orden tiene jueces de ello, que ellos no lo habían de tratar y pidió al escribano que lo diese por testimonio. Después de esto en la misma Audiencia, les mandó el alcalde Tinamit que no hiciesen cosa que los frailes mandasen sino que los ahorcaría. Hizo a Don Pedro y a los demás que mirasen la cárcel desde allí, mostrándole él con el dedo y luego los mostró la picota y luego la caja del Rey, y con esto se concluyó aquel Santo Ayuntamiento. Estaban todos los religiosos en los pueblos temblando de miedo, temiendo la flaqueza de los indios y esperando que habían de infamarnos a todos y echarnos de la tierra; pero acabado: aquel acto, escribió luego el cacique Don Pedro a los padres a Chiapa, diciendo: vicario y padres, no temáis, que nuestra palabra ha sido como una sogá recia que no ha quebrado por ninguna parte. Viendo que no aprovechaban nada por allí, echa-

ron luego presos a muchos mancebos hijos de los principales, diciendo que con favor de los frailes hacían muchas deshonestidades, y esto decían en sus barbas a los frailes achacando la lujuria desenfrenada a los predicadores de la limpieza y aunque esto decían por acá entre sí; pero a los indios no les daban a entender sino que los castigaban porque seguían a los frailes. Como el canónigo supo la prisión, envióles de comer públicamente, por medio de la plaza los platos descubiertos y con harta autoridad, como si fueran mártires presos por la fe. Enviaron luego los frailes a llamar al cacique Don Pedro y fue con toda su gente a casa del canónigo y preguntados cómo osaban ir al llamado de los frailes, habiéndoles mandado la justicia lo que les mandó, riéronse de ello; fueles también a hablar el un alcalde en particular, diciéndoles que eran pobres que para qué querían allí tantos frailes, que bueno sería que saliesen de allí algunos, respondió Don Pedro que en Chiapa no se estimaba en nada la comida, que los frailes no les pedían oro, ni cosa que les diese pena, que hasta quince frailes bien se holgarían que estuviesen allí, y como el alcalde trajese esta respuesta al otro, dijo: váyanse para perros, pues ellos se lo quieren. Veis aquí el primer conflicto de arte en que nos vimos, considerad cual estaría nuestra navecilla flaca y sola con tan gran batería y tormenta, mirad la ayuda que hacen al evangelio los hijos del Evangelio, llamados a boca llena cristianos, mirad como descargan la conciencia de su Rey que les da los indios para que se los industrien en las cosas de la fe mira que escándalo tan grandes para estos pobres indios que ni velan milagro ni tenían adminículo con que ser atraídos a la fe sino con la estima que

de nosotros tenían ¿qué dirían de la religión Cristiana viendo como eran en ella tratados los sacerdotes, sabiendo ellos que en su ley ni aun mirar osaban a los suyos? Pero esto pasó así y lo tomó Dios por medio para abatir a los españoles y para reverenciar los indios a los frailes, viendo que por ellos eran de los suyos perseguidos, y allí comenzaron los indios a abrir los ojos a las cosas de Dios y a perder el miedo terrible que a sus amos tenían. No os puedo decir la alegría que todos los religiosos sintieron de ver como el diablo quedaba vencido y que se iba abriendo camino para el Evangelio y disponiendo la tierra para dar al través con las grandísimas tiranías que padecía. Largo sería de contar lo que los indios de esto sintieron pues quédese para que lo piense quien conoce su condición. También llamaron en particular a los caciques y principales de Sidacantlán y les hicieron muchas preguntas como a los de Chiapa; pero respondieron como cristianos, aunque nuevos y bautizados, como ya arriba dije, que los padres eran buenos y que ellos eran muy contentos de tenerlos en su tierra y que no comían carne y lo demás como lo habían hecho los de Chiapa; y así quedamos honrados y autorizados delante de los españoles y muy queridos de los indios y estimados; y los españoles abatidos y muy temerosos de tomarse con los frailes y avisados de lo poco que tenían en los indios para lo que nos tocaba. Fue esto casi milagro, tanta constancia en gente tan flaca y tan tiranizada; y aunque Nambocavecome les envió a mandar, cuando estaba en la ciudad, que no diesen más que un huevo a cada fraile y aunque pasaron todo esto con los alcaldes, no dejaban de dar lo que antes daban y mucho más.

No es cosa indigna de este caballero pensar de él, que como se vio caído determinó de dar un corte tal, que el mundo pensase que nosotros con pasión habíamos tratado aquellas cosas con él, y quedando ahora en nuestra paz; asegurarse él su hacienda y aun su vida, porque se quería ir a España y sabía él las cosas que dejaba hechas en este pueblo y así o por su persecución según se cree, o de su voluntad se movió Mendaño a tratar paces entre él y nosotros. Vino a Chiapa y comenzó a tratar esto con el vicario: era sabio y lo entendió, respondióle que aquel modo de negociar no era para entre religiosos, que si venía a hacer que aquel caballero conociese sus yerros y pidiese perdón que hablase claro, porque no se han de tratar paces con religiosos que predicán y aman la paz y dicen cada día misa y que nosotros rogábamos siempre a Dios por él y le hablaríamos cuando él quisiese y donde quisiese. Después finalmente vino Nambocavecome transijado y seco y se echó a los pies del padre vicario, y después de todos los padres, y les pidió perdón diciendo que de solo Dios era no caer; y que los ángeles cayeron y prometió toda enmienda; pero así le hubieron con él perdonándolo y mostrándole todo amor como si siempre creyesen durar él en su malicia. Como se vio corrido y afrentado, determinó partirse a España y en tres días aliñó su partida, que en muchos años no había podido aliñar, estando cada día para se ir, porque no podía dejar aquel gran Señorío que en Chiapa tenía que en un momento lo dejó a él; y ofreciendo muchas cosas a los padres, el padre vicario le respondió lo que infinitas veces le había dicho: señor no nos haceis merced ninguna en darnos toda vuestra hacienda por que toda la debéis a estos indios y

ninguna manera tenéis mejor de restituírles que ayudándonos a nosotros que somos todo su bien y remedio: si no quisiéredes o lo dierdes, sea de por amor de Dios, pagaréis algo de lo que debéis y si no lo diéredes sino por pensar de torcernos, tanto os perdéis, por que antes se doblarán los montes que nosotros; y esta razón se ha dado muchas veces a los españoles en el púlpito y fuera de él, y por ella hemos comido sin miedo sus limosnas, porque nos parece que es la mejor restitución que pueden hacer. Avisole también que tratase de su conciencia y mirase como llevaba tanto dinero habido con tanta sangre de hombres, dijo: que en México pensaba confesarse, que al vicario no lo quería tomar por confesor diciendo que lo tenía por sospechoso; y aunque muchas veces le respondieron que no querían nada suyo, que si algo diese para la iglesia, que allá se lo hubiese, que no queríamos señalarle ni pedirle nada suyo; todavía le dieron un memorial de cosas de la iglesia, del cual poco más que nada envió, y dijo un mayordomo de una hacienda, heredero de su sagacidad que nos dio muchos trabajos, como adelante se dirá, que en un libro de instrucciones que le dejó, una fue que diese a los religiosos que en el pueblo residían, todo el azúcar y todo lo demás que del ingenio hubiesen menester; y si no lo diese, que los frailes lo tomasen, y manteca para guisar de comer y seis arrobas de vino cada año para las misas; dijose que en particular dejó mandado que ballase el mayordomo, como los frailes hiciesen el son. Nosotros le estimamos como el lodo de la calle y cuando nos lo daban tomábamoslo con las condiciones ya dichas, cuando no nos lo daban no se lo pedíamos y así decía el mayordomo tanto aprovecha el darle a los frailes azúcar

y acitrones como echarlo en la calle, voto a tal que es perdido lo que por ellos se hace, sino es por amor de Dios. Así que nuestro santo que escogimos por obispo de todas estas tierras, en esto paró. El se fue a España, plegue a Dios que él se salve, amén; pero, ¡ay de quien lo confesare! Con esto cesaron las persecuciones aunque no del todo, que siempre había molestias con los españoles; pero por ser cosa de cada día paso con ellas.

Cuando este caballero se fue a España dejó en el pueblo de Chiapa un hijo suyo mestizo, llamado Juan Guerra, nombrado por él con autoridad de los jueces que para esto sobornó; y sabido esto en el Consejo, le puso pleito el Fisco Real y siguiéndose el pleito contra él fue sentenciado en vista y revista y quitado el pueblo e incorporado en la Real Corona. La fecha de la ejecutoria Real de todo este pleito se dio en Monzón, de Aragón a 28 de agosto de 1552 años, y es cierto que no merecen estos indios tener otro dueño que el mismo rey, porque ha sido el pueblo que más lealmente ha servido a Su Majestad en todas las ocasiones que se han ofrecido como se irá viendo, permaneciendo en su lealtad, no excusando tomar las armas siempre que se ha ofrecido, aun habiendo experimentado agravios en retorno de sus servicios, como se verá; y lo que siento es que este pueblo debía ser privilegiado y gozar el privilegio de hidalguía y no pechar, porque en él solo tiene Su Majestad asegurada mucha tierra de estas provincias.

LIII

*De la muerte feliz del presbítero fray Jorge de
León, uno de los religiosos de aquesta
primera misión*

En este medio tiempo, cansado de los grandes trabajos que padecía, adoleció en Copanaguastlán, fray Jorge de León y viéndose los religiosos privados de todo consuelo, enviaron a Sinacantlán que les enviasen algo, y enviáronles una miseria que para su enfermo tenían; viendo después que su dolencia crecía y no sabían en ninguna manera de regalo, ni de remedio de medicina, escribieron a un vecino de la ciudad, llamándose Aguilar, que estaba siete leguas de allí, con toda su casa, en unas ricas haciendas y granjerías, que era médico, suplicándole que por reverencia de Jesucristo se llegase allá a ver a aquel religioso, que era el remedio de aquella gente, porque Dios le había comunicado la lengua. Respondióles que su ida era superflua, si pues allá ni había medicinas ni regalo, que lo trajesen allí y allí haría lo que pudiera. Tomaron fray Domingo enfermo y fray Gerónimo de San Vicente a fray Jorge doliente y echáronlo en una hamaca y fueron a aquella estancia y haciendo de aquel español médico, donde había diez o doce españoles hombres y mujeres, y allí lo curaron con lo que pudieron haber y le regalaron como si fuese un santo que Dios allí les echaba del Cielo, así le

sirvieron con toda voluntad y obras; pero creciendo la enfermedad, llegó la hora postrimera y fue con tan gran sentido y devoción y recibió los sacramentos con tantas lágrimas, y con tan dulcísimas palabras invocó al dulcísimo nombre de Nuestra Señora hasta que expiró, que para siempre quedará su memoria entre aquellos españoles y dicen todos que fue Santo, y hasta hoy dice el médico que su cuerpo muerto vencía todos los suaves olores del mundo. Este es su dicho, el nuestro no es, sino que vivió y murió como siervo de Jesucristo en castidad, pobreza y obediencia. Con entereza de fe, en unión de la iglesia, recibió el viático devotísimamente y pedida la unción llamando a Jesús hasta que murió; como lo vieron muerto cayeron sobre él sus dos hermanos y lloráronlo como hombres que quedaban solos y en grandes trabajos, y después que hicieron la recomendación del ánima llorando todos los seglares y llamando dichosos y bienaventurados a los frailes y afirmando que luego se metieran frailes si el matrimonio no lo impediera envolvieron su cuerpo y tomándolo en una hamaca y tiraron toda la noche camino de Copanaguastlán, a donde llegaron al día siguiente, que era de los apóstoles San Simón y Judas por la mañana, donde lo salió a recibir todo el pueblo con la cruz y fueron tantas las lágrimas y llantos de los indios sobre su padre, que a los religiosos puso devoción. Allí lo enterraron en Copanaguastlán y desde ha tres años, teniendo ya nosotros iglesia y sepultura, pasamos sus huesos a la ciudad. Sentimos mucho su muerte y cada día esperábamos la nuestra; plegue al Señor que sea como la suya. Fray Domingo de Ara viéndose sin la ayuda de fray Jorge sacó fuerzas de flaqueza y comenzó a darse

a la lengua con la cual salió perfectamente, no en muchos días, de manera que para todas aquellas gentes no quedaban sino tres religiosos y trabajaron mucho y padecieron muchos trabajos de los mineros y calpixques que allí siempre había, con quienes, de miedo o de ruindad, estaban aliados los principales del pueblo, a cuya causa padecieron mucho los religiosos como después diremos. Esta plaga de calpixques fue muy general y así en todas partes se padeció mucho con ellos. Supo el padre fray Domingo de Ara con tanta perfección la lengua, que en ella dejó muchas y muy excelentes obras y sus escritos son la norma de los que quieren saber la lengua con perfección y por ellos salen de todas las dificultades que se les ofrece.

LIV

*sale el padre vicario a visitar los pueblos de los
soques; y viaje que hizo el padre vicario a ver lo
de Guatemala*

Acabadas todas las revueltas que con el encomendero de Chiapa tuvimos, fue el padre vicario general a visitar lo de Sinacantlán, porque no habla visto aquello sino de pasada y holgó de ver la buena orden que los religiosos tenían, así en la doctrina como en todo cuanto se había hecho en tan poco tiempo y después que estuvo allí algunos días, parecióle que era bien visitar algunos pueblos que no se habían visto: especialmente deseaba ver aquellos por donde todos juntos habían pasado, y así fueron el padre vicario y fray Tomás de la Torre a unos pueblos, y fray Jordán y fray Alonso de Villalba, que fue con el vicario a Sinacantlán, a otros; dejando a fray Pedro de la Cruz y a fray Pedro Mártir, porque aquellos tres pueblos de Chiapa, Sinacantlán y Copanaguastlán, nunca los dejamos solos de las manos; y por cierto que se admiraron de ver aquellos pueblos y gentes cuan bestiales estaban sin ningún rastro de doctrina ni de conocimiento de Dios. Apenas había seis bautizados en un pueblo y aquellos sin conocimiento de Dios y tenían muchas mujeres y finalmente como infieles vivían, huía la gente común de ellos como unos venados y con gran trabajo los juntaban en la igle-

sia que era del tamaño de una celdita, de palos y barro, que más parecía casa de gallinas que iglesia, una manta como mandil de caballo sobre el altar y un santiago pintado con muchos hombres muertos, y porque todo esto era común en esta tierra y arriba hemos dicho mucho de todo esto y que en las visitas hacíamos, no quiero decir más de que los religiosos iban espantados de ver así huir las gentes; pero en fin aquel era su natural y cuando veníamos de España al bulto y la novedad, salían los unos y los otros y también nosotros no les hablábamos entonces ni nos llegamos a ellos. Los principales siempre nos hablaban rogaban a todos aquellos que eran cristianos que dejasen las mujeres muchas que tenían y muchos lo hicieron así; algunos no lo quisieron hacer porque no tenían conocimiento alguno de Dios, y aquella visita fue de corrida porque decía el padre vicario que aquella vez solo quería entendiase la gente que éramos hombres y no tigres que los íbamos a comer, y no se hiciera poco si esto se acabara, en cada pueblo, de la primera visita; pues aun los montes y las cuevas estaban llenas de los que andaban huidos de los cristianos, que pasaron años que no nos vieron. Una sola cosa quiero callar de esta visita para que veáis cuan poco celosas son las mujeres de estas tierras, que como a puras penas se acabase con un cacique en un lugar que se quedase con solo la legítima mujer, después que fue a esa, halló también que aquella también se le quería huir, diciendo que no quería quedar sola sino que quedase la otra con ella porque sola no podría cuidar la casa, y como se hiciesen quedar allí mientras el cacique iba a despedir, los padres se le ahorcó la mujer. A todos puso gran admiración, a los frailes por no ver la

diferencia de estas mujeres a las de Castilla, y a los indios porque decían ellos que por no haber querido aquella guardar la palabra de Dios y de los padres, el demonio la había hecho ahorcar. Andando en esta visita vinieron cartas al padre vicario, de muchas personas, y tuvo necesidad de ir a Chiapa y yendo topó cartas de los padres que estaban en Tierra de guerra en que le importunaban mucho que fuera a ver aquello y lo de Guatemala, creyendo que si lo viera, que dejara algo de lo de acá y les enviara ayuda de frailes porque hasta entonces no habían ido más de dos, como arriba dijimos; y porque estas cartas venían ya sobre otras muchas más, determinó de ir allá; y así se juntó con fray Alonso de Villalba su compañero y dejó a fray Jordán y a fray Tomás de la Torre y por la mala pasada que tenía, se volvieron a casa: el padre vicario y fray Alonso de Villalba fueron por Sinacantlán y vista Chiapa pasaron a Copanaguastlán, de donde, consolados los frailes por la muerte de fray Jorge de León, pasaron a Guatemala y porque no les aconteció cosa de contar y por no salir de la historia, no diré nada de ellos, más de que estuvieron por allá hasta en fin de febrero, que fueron tres meses y volvieron sanos a Chiapa; y porque en este mismo tiempo hasta Navidad no nos acaeció a nosotros cosa notable más que ver gravísimos pecados de sacrificios y borracheras y grandes robos de los españoles, dejaremos a los frailes y diremos brevemente del señor obispo y de su provisor que era el canónigo, porque todo nos toca en alguna manera:

Halló al padre vicario, cuando fue para Guatemala a los padres que se habían salido de Soconusco, en el pueblo de Quezaltenango, albergados en la casilla

que habían hecho allí cuando empezaron a doctrinar a los indios el padre fray Pedro de Angulo y el padre fray Juan de Torres, quienes, aunque le pese al padre Vásquez fueron los primeros ministros que tuvieron aquellos indios y quienes los trajeron al conocimiento de Dios; y no solamente los trajeron al conocimiento de Dios sino que en prosecución de la doctrina que decían los frailes dominicos en defensa de estas gentes contra la tiranía de los españoles, que no fue menos en Guatemala que en otras partes, los defendían de la opresión en que estaban, como consta de aquella información hecha contra nosotros citada arriba, de la declaración del duodécimo testigo llamado Juan de León Cardona hecha a 22 de agosto de 1544, donde a la novena pregunta dice que la sabe como en ella se contiene, porque como su pregunta lo dice este testigo lo ha visto muchas veces porque estando este testigo en el pueblo de Quezaltenango, podrá haber tres o cuatro meses, que este testigo oyó decir a fray Juan fraile de la orden de Santo Domingo, compañero del dicho fray Pedro, hablando con él en el dicho pueblo, decía como mandaba el licenciado Maldonado que se le diese al dicho Juan de Chávez y el dicho fray Juan le dijo a este testigo que él quitaría la tiranía del licenciado Maldonado y que no se hiciese lo que mandaba en aquello, porque la tierra no era del rey sino de los indios, e que iría a Castilla, aunque supiese dejar la pelleja, e haría quitar los tributos e que moriría por ellos, porque muriendo por ellos, pensaba que moría por Dios; e que esto es la verdad e lo que sabe por el juramento que hizo. Con que quien así los estaba defendiendo a los indios desde Quezaltenango por el abril de 44, señales que los tenía a su cargo, con que consi-

guientemente es muy ajeno de la verdad lo que el padre Vásquez dice que el año de 43 tenían allí convento, pues ni veintiún años después lo tenían, como testifica fray Diego Cogolludo, que ha visto la tabla capitular del capítulo que se celebró el año de 1564, y solo halla cinco conventos, Guatemala, Almolonga, Comalapa, Tecpán, Atitlán y Totonicapán. Aquí doctrinaban nuestros religiosos ese año de 1544 y allí se fueron como a pueblo de la religión los religiosos que salieron de Soconusco y allí les halló el padre vicario cuando iba para Guatemala y convalcientes, y acabáronlo de estar con la vista de su prelado que le amaban tiernamente.

Llegó el padre vicario a Guatemala, trayendo en su compañía los religiosos que estaban en Quezaltenango y halló la casa de Guatemala a medida de su deseo, por lo cual le agradó mucho lo de aquesta provincia porque por lo que tocaba a la tierra halló ser muy buena y fértil y mucho en que trabajar; lo que tocaba a la fábrica la casa con la pobreza que tanto amaba y con quien estaba desposado; la iglesia cuatro palos u horcones, las paredes de caña y lodo y cubierta de paja y lo mismo era la fábrica del convento de unas casitas de paja apartadas unas de otras como ermitas de anacoretas no tanto por el amor de la soledad y quietud para la oración, que eso era en la iglesia, cuanto por recelo que tenían de que les quemasen la casa algunos malos hombres que los aborrecían de muerte por la defensa de los indios y les habían amenazado que les habían de quemar la casa. El concierto de ella era como de una comunidad muy crecida, pues siendo uno o dos los moradores que en ella había, porque los demás andaban en la predicación de las gentes, no faltaban los maitines a

medianoche, la asistencia al coro, y de la misa a su oración con todo aquel recogimiento y demás cosas que hacen y componen un convento muy formal. Recibíoles el vicario que era fray Pedro de Angulo con el amor y caridad que si viera entrar a nuestro padre Santo Domingo, lavóles a todos los pies aquella noche, estilo santísimo que se observó muchos tiempos en esta Santa Provincia; festejoles y regalóles con lo que su pobreza le ayudó que era mucha, porque a causa de estar mal los españoles con los religiosos por la defensa de los indios que las leyes que habían salido a su favor, les habían negado la limosna y solo pasaban con lo que los indios de la comarca les acudían; pero aliñado con la salsa de la caridad con que el venerable vicario fray Pedro de Angulo la sazónaba, parece que se multiplicaba y no era alimento de hombres terrenos sino que era como el maná bajado del cielo. Vio la mucha labor que había y los pocos operarios y así desde allí empezó a levantar los pensamientos de enviar por religiosos a España; halló también una cosa que le causó grande edificación, que fue la caridad inefable con que el padre fray Matías de Paz cuidaba de los pobres indios, que aun hasta esta piedad faltaba a aquellos cristianos, que después que los habían muerto con sus excesivos trabajos y tiranías, en viendo que estaban inútiles para el servicio o por enfermedad o vejez, los arrojaban de sí como perros. Todos estos recogía el bendito padre y curaba y regalaba según su pobreza alcanzaba, cargándolos en sus hombros cuando los hallaba imposibilitados totalmente de detenerse en sus pies. Daba entonces principio a aquella obra que excedió en manificencia a las más nombradas de los romanos, en la presencia de Dios, de aquel hos-

pital que llamó de San Alejo, como en su vida se dirá, en sitio que compró para ello que ni aun para una casa tan pía y que tanto estaban todos los vecinos obligados a ella, halló la piedad de que se le diese sitio para ello por la ciudad, cuando se repartieron solares a los vecinos. Edificando en tal manera, de tanto ejemplo de santidad, como halló en aquella pequeña casa el vicario general, y tanta tolerancia en las adversidades y contradicciones de los vecinos, los animó en la perseverancia en el trabajo de la viña del Señor, y viendo cuanta era necesaria la ayuda de más religiosos para tanta labor, tuvo por bien quedasen los seis religiosos que consigo trajo de Soconusco, con lo cual dándoles su santa bendición se volvió para la provincia de Chiapa donde lo aguardaban sus hijos que lo amaban tiernamente como a padre que tan tiernamente los amaba; llegando a aquella provincia a fines del mes de febrero del año de 1546 como ya queda dicho.

LV

*De la muerte, a manos de herejes luteranos, del
padre fray Tomás de San Juan; e ida del señor
Marroquín a la Verapaz*

De los padres que por orden del padre vicario fray Tomás Casillas se quedaron en Guatemala, fue uno el padre fray Tomás de San Juan, religioso de muy buenas partes y las ejercitó algunos días en la ciudad de Santiago, en consejos, confesiones y sermones. Aprendió muy en breve la lengua de aquellas provincias e hizo mucho fruto con su predicación y doctrina entre los naturales: gastó algunos años en estos santos ejercicios; y ofreciéndosele una jornada a la Nueva España, despachados los negocios, envió los recados y quedose por morador de la provincia de México. Estuvo algún tiempo en la ciudad y supo allí con mucha perfección la lengua de los naturales y empleola en algunos pueblos de la comarca enseñándoles el camino del Cielo y acompañando su doctrina con una santa vida y muy ejemplar modo de vivir: parecióle volverse a morir a España, y alcanzando para ello licencia con mucha dificultad, en la mar un corsario luterano embistió con el navío en que iba, rindióle, robole y habiendo prometido la vida a los pasajeros, excepto la del padre fray Tomás de San Juan, en odio de la religión católica, que como todos los herejes y en particular los luteranos

nos, aborrecen tanto a los religiosos, con él, por serlo, tomó más presto el enojo y con mucho pesar de que aquel cuello no fuese el de todos los frailes del mundo para cortarles de una vez la cabeza, derribó de un golpe sobre los hombros la del padre fray Tomás enviándole el alma al Cielo con corona de martirio y el cuerpo a la mar envuelto en sus propios hábitos que por ser muestra de la religión que profesaba, no hubo quien se los quisiese quitar, aun para remendar con ellos una jaqueta. Esta se supo por relación de los que quedaron vivos, que robados y malparados, se volvieron al puerto de la Veracruz. La noticia del año y día en que fue su dichosa muerte se perdió con otras noticias de mucho lustre para aquesta provincia y de muchas alabanzas para Dios, cuya omisión en apuntar estas cosas siempre se llorará como lamenta Remesal con mucha razón, y es mucho de considerar en la muerte del padre fray Tomás de San Juan que tres veces estuvo en peligro de muerte y todas tres en agua, como arriba queda dicho como presagiando que en agua sería su muerte pero con fin tan glorioso. Fue hijo del convento de San Esteban de Salamanca, de cuyo hijo se puede gloriarse mucho aquella santa casa como de todos los demás varones apostólicos que ha dado a esta santa provincia.

Teníase por milagro tan grande la reducción de la provincia de Tezulután o *tierra de guerra* y el oír decir que gente tan bárbara y tan feroz en la opinión de los españoles que había en todas las indias vivía en pueblos y se gobernaba políticamente y había recibido la fe y obediencia al Evangelio, tenía iglesias y adoraba imágenes y los religiosos por cuyo medio Dios había obrado todo esto estaban tan consolados entre ellos por el mucho

fruto que hacían, que muchas personas piadosas no lo creían sin irlo a ver por sus ojos, como los de Jerusalén en la resurrección de Lázaro. Una de estas personas y no la menor en dignidad ni cuyo testimonio era de pequeña importancia como de hombre mayor de toda excepción, fue don Francisco Marroquín obispo de Guatemala, ejemplo de los prelados de aquel tiempo, y el que en estos le imitase no haría con pocas ventajas su oficio. Fue instigado a esta jornada según dice el mismo en abono del padre fray Pedro de Angulo llegando a ver lo que le habían prometido y tanto habían contradicho los españoles, como queda dicho arriba. Bendijo las iglesias y consagró aras, y bendijo imágenes; y pareciéndole muy puesto en razón dar cuenta de ello al señor emperador para que viese como habían cumplido su palabra los padres de Santo Domingo, le escribió dándole cuenta de su ida y de lo que había visto en aquella provincia por sus ojos, a lo cual respondió Su Majestad con la Cédula siguiente:

"El Príncipe. Revdo. in Christo, Padre don Francisco Marroquín, Obispo de la Provincia de Guatemala del Consejo del Emperador Rey Mi Sr. Vi vuestra letra de 17 de agosto del año pasado de 545. que escribisteis á Su Magestad en que haceis relación como fuisteis a la provincia de Teculután y holgado del fruto que en ella decis han hecho los Frailes de la Orden de Santo Domingo que allí residen y el trabajo que vos tomasteis en ir a aquella Provincia y lo que en ella hicisteis, ostengo en servicio; y pues la estada de dichos Religiosos es de tanto provecho en aquella Provincia, yo os encargo los animeis y favoreçais para que continuando lo que han co-

menzado, traigan de paz toda aquella Provincia y enseñen a los naturales de ella en las cosas de nuestra Santa fe católica, que yo les mando escribir la que va con esta, encargandoles que así lo hagan. Enviasela heis. —De Madrid a 26 días del mes de junio de 1546. —Yo el Príncipe. —Por mandado de Su Alteza. —Pedro de los Cobos”.

Aquí pudiera haber visto el padre Vásquez y su amigo Fuentes si la conversión de estos naturales la principiaron nuestros religiosos con aquella lucida barcada que vino el año de 1545, pues llegando esa misión a Chiapa a 12 de marzo de 1545 y quedándose todos allí hasta fines de noviembre de ese año, de Quezaltenango bajaron a Guatemala los que vinieron de Soconusco; así no podía ser que el señor Marroquin fuese a ver la conversión hecha por esos y que escribiese sobre de eso al emperador a 17 de agosto de aquese año; y todo esto lo vio en Remesal y en el manuscrito de fray Tomás de la Torre, con que se convence la suma malicia con que los dos escribieron.

LVI

Del viaje que hizo el señor don fray Bartolomé de las Casas a la provincia de Tezulután y de allí a Gracias a Dios a negociar el alivio de estas pobres gentes

Aunque esto y otras muchas cosas que hizo el señor Casas pertenezcan directamente a su vida, no se puede excusar ingerir los capítulos de la historia manuscrita de fray Tomás de la Torre por la liga y cadena que se enlaza con los sucesos de nuestra provincia y lo que pasó con nuestros religiosos por ir todos encadenados, y así aunque tome el trabajo de repetirlos allí, no puedo excusar el referirlos aquí que dice así:

"Mientras que el Obispo estuvo ausente, pasó el canónigo, que era vicario del Obispo, grandes trabajos, y molestias y vejaciones; pero él estaba duro como un diamante para no salir de la instrucción que el obispo le dio. Hiciéronle muchos requerimientos, especialmente uno bravo, toda la Ciudad firmada en él, en que le pedían que les confesase, trayéndoles las bulas y muchas razones: él les decía que estaba presto para ello como se dispusiesen conforme la doctrina del prelado, dejando los esclavos & queriendo enviar su respuesta al Papa, decían que apelaban y que les concediese los apóstoles, *scepius et supissime, instantanter, instantissime*: dijo que dentro de 30 días les

respondería y no volvieron después por la respuesta porque pocos había que se quisiesen confesar aunque les dejase el confesor los esclavos. Todo aquello era una grito de pueblo, porque es aquí costumbre de juntarse en la plaza y allí rajan y cortan y lo que uno dice apruébanlo todos y van con aquella grito y pasado aquello, vase cada uno a su casa, y no hay más. Desde algunos días empezaron a importunar al canónigo y a amonestarle, diciendo que si quería dejar el cargo que tenía del obispo y ser vicario de aquella iglesia y tener las llaves de ella por la ciudad, que le darían salario y más y más cosas; pero que si tenía la iglesia por el obispo que harían y acontecerían, y así les dijo que renunciaba el cargo y lo dejaba, y a ellos y al cargo los daba a la gracia de Dios, y que no quería más cargo que de canónigo y decir misa en paz en su iglesia. Otras muchas cosas pasó aquel venerable varón que no son de nuestro propósito contarlas; el Santo Obispo fue con su compañía por tierra de guerra, donde fue recibido de aquellas nuevas iglesias con gran fiesta y solemnidad: hiciéronle pláticas los indios conociéndole por su obispo y prelado, dando gracias a Dios porque lo veían, por lo que había hecho con ellos haciéndolos cristianos, sin que la sangre de los suyos se derramase por los cristianos, y otras cosas que serían largas de contar. De allí pasó a la Audiencia Real, donde padeció infinitos trabajos, y porque fueron muchos, no diré más de una cosa notable, que como nada le quisiesen conceder, antes algunos lo echasen por allí como a loco que pedía la destrucción de la tierra, y a él y al obispo de Nicaragua los tratasen mal,

llamándoles *cocinerillos de los monasterios*, no se podía nadie valer con ellos y otras infinitas injurias en sus barbas, más que en ausencia. Viendo el pobre viejo las tiranías y el poco remedio y el fruto que sacaba de los grandes trabajos que pasó porque se asentase allí aquella nueva Audiencia, hízole un requerimiento de parte de Dios y del Sumo Pontífice que le desagraviasen su iglesia y sacasen sus ovejas de la tiranía y diesen orden como los españoles no impidiesen la predicación del Evangelio y le dejasen usar de su jurisdicción. Enojose el presidente que solía ser grande amigo suyo hasta que vino, con aquel cargo y díjole delante todos: sois un mal hombre, un mal fraile y mal obispo, desvergonzado, y merecéis ser castigado. Solamente respondió el obispo poniendo la mano en el pecho; yo lo merezco, fulano, eso que decís. Esto dijo porque por sus abonos y relaciones, le habían hecho presidente. Después queriéndose absolver para hallarse presente en la consagración de un obispo, para pedirle perdón lo encerró en una cámara y llevaron por engaños allí al obispo de Chiapa y la satisfacción fue que alzó la mano y tocó un poco el bonete y dijo: *pésame de la ocasión que se me dio para lo que dije*; y el obispo de Chiapa saliose huyendo, como lo vio, diciendo: *idos, que estáis descomulgado*, y con esta injuriosa satisfacción fue absuelto el señor presidente. Antes que el obispo llegase a la Audiencia lo dejó uno de su compañía en quien más fiaba y se fue a Guatemala y de allí le escribió una carta en que le llamaba *de traidor* y votaba a San Pedro que lo había de aguardar en un camino y prenderlo con gente

que llevaría de Guatemala y llevarlo y entregarlo a los que andaban alzados en el Perú, y que a su compañero fray Vicente le había de hacer llevar la carga de su ropa a cuestras. Esto se cree haber hecho, por congraciarse con algunos de Guatemala. Grandemente nos escandalizamos todos, y al obispo le hizo volver sobre sí y con muchas lágrimas decir a Dios: Señor tú sabes que yo pretendo en esto y ves lo que de esto gano que son hambres, sed, cansancio, aborrecimiento de todos: si me engaño por tu Evangelio me engaño; pero en el grado que lo creo, creo que no me engaño; pero si yo no lo entiendo, tú me alumbras, Señor, para que yo no sea el escándalo que en este mundo soy. Esto he querido contar por trabajos del Santo Obispo, no el andar a pie a su vejez por esta tierra, el no comer carne, el no tener una hora de reposo; todavía, en fin, pudieron algo sus importunaciones, que le concedieron algunas provisiones para acá y que viniese un oidor para ver las tierras y moderarlas, y con esto se vino, después de muchos gastos y trabajos, para su iglesia y Obispado: Como esto se divulgó; avisó el Cabildo de Guatemala al Cabildo de Ciudad Real de Chiapa diciéndole: vuestro obispo vuelve para acabar de destruir esa pobre ciudad y lleva un oidor que *tare* de nuevo la tierra, no sabemos cómo no remediáis tantos males. Sabido esto juntan su Cabildo los de Chiapa y determinan de no recibir al obispo y pregonan, según se dijo, que nadie le de pan ni vino, ni agua & so pena de cien azotes si fuere indio y de espafiol tantos pesos, y que no diesen nada a sus criados ni a cosa suya. Si fue así o no, no nos halla-

mos presentes, lo que es cierto e induvidado es que de hecho se hizo así, y que toda la ciudad se firmó en un papel que ni lo recibirían ni daría de comer a él, ni a cosa suya. Esto es ciertísimo que no habrá hombre que lo niegue. En este tiempo había ido fray Pedro Mártir a poner cobro en los libros del obispo, un bocado de pan no le querían dar ni vender, ni a un criado del obispo; y pasados todos sus libros y todo su hato a la Sacristia de la iglesia, la noche de las firmas anduvieron buscando a fray Pedro y como supieron que estaba en la iglesia, fueron allá, y él de miedo habíase bien atrancado y dieron muchos golpes a la puerta; y dejáronlo viendo que no abría. Otro día en amaneciendo sale más que de paso de la ciudad y llegando a la puente descalzose los alpargates y sacudiendo de ellos el polvo que llevaba vino para Sinacantlán y contonos lo que pasaba y no puso poco miedo a los frailes esto, teniendo por cierto que había de parar en matar al obispo porque había grandes indicios de ello".

Fray Jordán de Piamonte, hombre por cierto de gran religión y celo, así de las cosas de Dios, como del bien de los naturales, aunque no pudo jamás aprender la lengua, pero sentía en gran manera tormento de ver tan grandes males y tiranías y siempre cuando podía, en particular y en común les abominaba y procuraba estorbar, y los seglares lo tenían en reputación y hacían caso de su virtud y letras; y viendo que allí no hacía más que enseñar las oraciones y doctrina, como la tenía escrita en un papel, y enseñar los muchachos, humillándose a esto en su vejez, y era esto mucho en gran manera pues no había otro que lo hiciese,

deseaba muchas veces ir a predicar a la ciudad y algunas iba. Y pocos días antes que se concertasen estos desconciertos, en aquella pobre ciudad vino allí un regidor de ella a quejarse que no les visitaban y que estaba aquella ciudad como si no moraran en ella cristianos, y pedía que los fuesen a doctrinar y a reprender sus males y como tras esto supiesen los males en que estaban, determinaron que fuese allá fray Jordán para reprenderles tan grandes desconciertos y dar algún corte de paz para con su prelado; y después que les hubo predicado, rogoles que lo oyesen no como a predicador sino como a un filósofo cuerdo y que sabía más que ellos, y con amor afeoles lo que hacían, diciendo cuan grande ofensa hacían a Dios y a su prelado, y como no guiaban las cosas como hombres cuerdos en hacer aquellos monipodios tan públicos y aquellas firmas contra el prelado y que si querían hacerle mal que lo hiciesen como hombres, de callada, y no a voces que parecía a cosa de alzamiento contra el obispo y contra el rey y que vendría a hacer como lo de Gante. En llegando aquí comenzó aquel regidor, que pidió que les predicasen, a dar muchas voces en el sermón diciendo, que ellos no eran traidores y que se bajara del púlpito, y en esto hubo tan grande alboroto en la iglesia que el predicador se hubo de bajar del púlpito, y con su compañero se fue a la Merced, donde posaba, y estando comiendo fueron allá los alcaldes y regidores y toda la ciudad y enviáronle a decir desde un patio que tenía el monasterio, que estaba allí toda la ciudad; respondioles: que estaba comiendo. Tornáronle a decir que estaba allí toda la ciudad; tornó a responder que dijesen a toda la ciudad que estaba comiendo, que si algo querían que en-

trasen. En esto entró toda la ciudad y el un alcalde hablaba mucho y de prisa y alto y fray Jordán era muy callado y hablaba con gravedad siempre; comenzó el alcalde a hacerle un requerimiento muy verboso que dijese quien era traidor en aquella ciudad, porque estaban prestos y aparejados a castigarlos. Después que acabó su razón fray Jordán comía y callaba sin responderles nada; díjole el alcalde ¿que qué respondia? Entonces volvió el rostro y díjoles: ¿habéis acabado? y respondiendo que sí, respondió él: pues digo que no respondo nada. Tornáronle a replicar y él les tornó la misma respuesta; y así se fueron todos confusos y avergonzados, llevando el pago de su liviandad en ir a hacer requerimientos, seglares a religiosos en el convento; y sobre lo que les decía en el sermón pasaron otras cositas, pues esto ha sido la sustancia de esta desgracia y por donde se conocerá la reverencia que tenían en esta tierra a la predicación. Otras cosas han acaecido más graves al canónigo predicando, pero no pretendo yo contar aquí lo que a otros acaecieron. Viendo fray Jordán el poco aparejo que había para tratar de paz y obediencia para con el prelado, volvióse para Sinacatlán con su compañero.

En esto ya el señor obispo venía con deseo de tener la pascua de Navidad en su iglesia, de la cual estaba ya repudiado, y para saber lo que pasaba, envió un mancebo devoto suyo, de los tiempos antiguos, delante, y como llegó de noche a la ciudad y supo lo que pasaba, salióse luego aquella noche huyendo, temiendo que lo afrentasen porque así lo dijeron donde entró; y si bien me acuerdo lo anduvieron luego a buscar y medio en posta vino aquella noche a Sinacatlán y como por él supie-

ron los frailes la venida del obispo temiendo con mucha razón que lo matarían porque veían cuan enconada estaba toda la ciudad contra él, determináronle de avisar escribiéndole que en ninguna manera viniese a su iglesia, sino que diese lugar a la ira, porque tuviese por cierto que lo matarían, según sabían que el pueblo estaba; y que no solamente a él, pero que desvergonzándose contra él, todos los religiosos corrían peligro, a lo menos de desamparar la tierra y dejar el bien comenzado y que saliese el demonio con lo que pretendía, y porque sabían que no podía pasar carta secreta por la ciudad, porque es costumbre de las Indias no dejar carta sin leer, especialmente en tales tiempos, por eso enviaron las cartas a Chiapa, que es todo al revés del camino del obispo, para que con indios en postas, por rodeos, se las enviasen al señor obispo, y así fue, y alcanzáronle en Copanaguastlán estándose despidiendo de los religiosos y encomendando su ánima y su cuerpo en sus oraciones. Ya sus cargas eran salidas, camino de la ciudad, y es de saber un misterio que aquí Dios obró, y es que la ciudad tenía puestas espías por los caminos para cuando el obispo viniese no para recibir a su pastor sino para lo que de tales lobos a tal tiempo se puede imaginar: ellos dicen que no pretendían más de que sabiendo su venida saliesen al camino los del Cabildo de la ciudad y otras personas honradas que le preguntasen si pensaba sustentarles de sus haciendas y ayudarles y no pedirles en las confesiones aquellas tranquilas: que si dijese que sí, que entrase en buena hora; y si dijese que había de llevar adelante lo comenzado, que le dirían que no lo conocían por obispo y que se fuese con Dios y que no lo dejarían entrar, por-

que a cabo de tantos tiempos, no lo llamaban obispo, sino *fray Bartolomé obispo que se dice ser*. Esto es lo que ellos dicen que pretendían y que no le querían matar; como llegaron pues las cartas de los frailes de Sinacantlán al obispo, dieron gran turbación al obispo y a los frailes y no sabían que se hacer entonces: mientras se determinaban mandó al obispo que fuesen tras las cargas y las volvieresen que iban ya tres leguas de allí. Pues como los espías vieron que las cargas se volvían, enviaron a gran prisa a hacérselo saber a la ciudad y quedaron por allí todavía acechando otros indios mexicanos: como en la ciudad supieron que el obispo huía, viéndose vencedores sin batalla y que salían con su intento sin poner a peligro sus personas y haciendas, holgaronse mucho y sabiendo que aun todavía quedaban allí sus espías descuidáronse. Entre tanto el obispo después de haber gemido delante de Dios por ver la perdición y ceguedad de sus ovejas, acordó de no dejar el camino diciendo que no sabía que se hacer, ni donde ir y que él quedaba desterrado de su iglesia sin que nadie pudiese achacar nada, y que parecía liviandad irse así, y que no podría quejarse de ellos al rey, ni se podría nada remediar si él no fuese; y que cuando lo echasen que él daría lugar a la ira y se iría con los religiosos a otra parte hasta que Dios lo remediase. Con este parecer tomó luego el camino y como fue a deshoras dio sobre las espías descuidados y como lo vieron echáronse luego a sus pies y confesaron su pecado diciendo, que con dolor de su corazón venían a aquello de miedo de los cristianos, y el obispo porque no castigasen a los indios porque no les habían dado aviso y pensasen que a sabiendas se habían pasado al obispo,

atoles el mismo y fray Vicente su compañero, porque no echasen alguna culpa a dos o tres seglares que venían con él y mandó a un negro suyo que llevase los indios consigo; y es de saber que aquella noche antes que el obispo entrase, o dos noches antes, que de esto no nos acordamos bien, hizo un tan gran temblor de tierra, que pensamos que se hundía el mundo y duró espacio de tres salmos de *miserere* que a todos puso en admiración, y los frailes de Sinacantlán se salieron de los maitines e hincados de rodillas en un corral con linda luna veían dar baibienes a la casa y los indios daban gritos, y fray Jardán, asombrado, daba voces diciendo: ¡Jesucristo Señor! por estos perversos cristianos haces esto, que a tal tiempo conjuran contra el santo obispo; no es por mí esto Señor, que bien sabes las entrañas con que te sirvo. Aunque entonces, todos estaban devotos, pero después a todos cayó en gracia este dicho del padre; pero los de la ciudad daban voces y algunos decían: voto a tal que el obispo entra y por eso tiembla la tierra. El obispo anduvo toda la noche y ya que amanecía entró en la ciudad y fuese derecho a la iglesia, que no tenía otra posada, y allí supo del sacristán como el canónigo estaba malo y envió al otro clérigo que se dice llamarse Galiano y de él supo lo que pasaba en la ciudad. Ya que era de día mandó a Galiano que le llamase a los alcaldes y regidores y Galiano lo hizo con gran miedo y como por la ciudad se supo de la venida del obispo, fue como si supieran que algún gran diablo o el Antecristo era entrado y los regidores y alcaldes estuvieron en gran duda si irían a su llamado, o no. Finalmente les forzó a ir el Espíritu y fueron ellos y casi toda la ciudad, y el obispo estaba en la Sacris-

tía, y ellos no entraron sino se sentaron en la iglesia, y saliendo el obispo ninguno le habló ni le pidió bendición, antes luego le hicieron un escrito y se lo leyeron allí muy largo diciendo: que si él los tratare como sus personas merecian y les ayudase que ellos le obedecieran conforme aquello que la escritura manda: *non solum lenis et modestis, sed etiam discolis*. Conforme este tema era el escrito, a lo que se cree traído de Guatemala, porque allí no había quién supiese citar autoridades, sino era el canónigo que no lo había de hacer. El obispo respondió modestamente a sus palabras descomedidas diciendo que él los amaba y estaba presto a derramar su sangre por ellos y que no los cegase pasión, que él en todo buscaba su bien, no solamente espiritual, sino el temporal que ellos con tanta hambre deseaban. Allí le dio una queja un regidor, que es el principal de ellos y hermano de nuestra Orden con la más favorable carta de hermandad que hasta hoy hemos visto, diciendo que se había de tener por muy dichoso de tener por feligreses tantos caballeros y de tanta arte como ellos, y que cosa era enviar a llamar al Cabildo, que si algo quisiese que él había de ir allá. A esto respondió ásperamente el obispo diciendo: mirad, cuando yo os quiera pedir algo de vuestras haciendas yo os enviaré a hablar a vuestras casas; pero cuando fueren cosas de vuestras conciencias, mandaros he llamar y habéis de venir aunque sea tropicando, si sois cristianos. Dejadas muchas cosas, requirieronle que luego les señalase confesores y que les tratase como a cristianos. Entonces el santo pastor dijo que señalaba por confesores al canónigo y a todos los frailes de Santo Domingo que estaban en aquel Obispado. Respondieronle que

ninguno de aquellos querían, que les diese confesores que no les quitase su hacienda, y el obispo cautamente, sabiendo que no se habían de confesar luego y que el pueblo se ardía de presente con furia y pasión, dijo: que señalaba a un cierto clérigo de Guatemala y a un fraile de la Merced que se le ofrecieron ser hombres de más tiento que otros. Fray Vicente temiendo que el obispo torcía, díjole allí que no lo hiciese, más que la muerte, lo cual fue ocasión de muchas voces; pero en fin cansados, se fueron por entonces. Luego escribió el canónigo a los frailes una cedulilla haciéndoles saber cómo el obispo era llegado, que fuesen algunos allá y escribió con tanto sobresalto, según lo que pasaba, que los frailes de Sinacantlán entendieron que habían ya muerto al obispo, y díoles la turbación que podéis imaginar y acordaron que luego fuese fray Pedro Mártir allá y así fue a gran prisa: en aquella sazón fueron los frailes de la Merced a la iglesia mayor y viendo al triste obispo, viejo y desmayado de hambre y sueño, y allí opreso y arrinconado, hubieronle mancilla y llevaronlo a su casa y diéronle luego un poco de pan y vino para que tornase en sí; pero viendo Satanás que no había salido con su intención, tomando por achaque que habían atado las espías, alborota toda la ciudad y toman armas y van con grandísimo ímpetu todos a la Merced y comienzan allí a dar voces para desbaratar y hacer salir de sí al pobre obispo, el cual estaba pasmado, que ni pudo tragar el mendrugo de pan que tenía en la boca y allí le maltrataron mucho de palabra. El les respondió mansamente diciendo que él había atado a los indios porque ellos no los culparan y maltrataran: entonces comenzó a señalarse San Pedro

de Pando diciendo: el Salvador de los indios ataya a los indios. También otro caballero se le desvergonzó mucho y díjole el obispo: no os quiero señor responder por no quitar a Dios el cuidado de os castigar, porque esa injuria no me la hacéis a mí sino a Dios. Viendo el diablo que el obispo no daba lugar a revueltas, movió a uno de aquellos a tomar pasión con el negro, diciendo que él había atado a los indios y echó mano y acudió gente y cayó el negro en tierra. Entonces acudieron todos los frailes de la Merced y echaron al obispo dentro de una cámara y detuvieron la gente y así los amansó Dios no sé en qué manera; entonces volvieron todos sobre sí y sosegase la furia y los de la Merced anduvieron de unos a otros hasta que puesta paz determinaron que llevasen al obispo en casa de un viejo honrado que se llamaba Orozco y allí le dieron de comer. En acabando de comer fue fray Vicente a Sinacatlán a decir a los frailes lo que pasaba; aunque algunos vecinos pensaron que iba huyendo porque bien sentían ellos en sí que no estaban de paz. Otros pensaron que iba a comunicar con los padres de parte del obispo lo que se debía hacer sobre lo que pasaba, así acerca de sus alborotos, como de todo lo demás.

LVII

De las Pascuas que los de la ciudad dieron a nuestros religiosos, con que dieron fin a las maldades de este año 1545

Dijimos arriba como cuando pasó el padre vicario y sus tres compañeros por Sinacantlán para Chiapa la primera vez, pareciéndoles ser imposible cumplir aquel pueblo lo que tenía tasado que había de dar, sacó allí fray Jordán la tasa y enviola al señor obispo para que pusiese algún remedio, el cual la llevó y mostró a la Audiencia y dijo el presidente y oidores que aquella tasa tendría harto que hacer para cumplirla Sevilla, y fue aquello parte para que viniese un oidor a ver y moderar los tributos de este Obispado. Pues como esto supo el que se servía de aquel pueblo muy libremente, llevándole mucho más de lo que estaba tasado, y tratándolos y sirviéndose de ellos como si fueran sus esclavos herrados, que lo veían los religiosos con sus ojos cada día sin poderlo remediar, encendido con fuego de pasión determinó mostrar lo que hasta allí por ventura tenía concebido, y moviéndoles él, o por dicha moviéndose ellos, por las sospechas que tomaron de la ida del criado Ferrer a Sinacantlán, acordaron muchos de venir a espantar a los frailes al pueblo quitándoles la comida que no ellos sino los indios de muy buena gana les daban, y como es tan grande la rotura

de esta tierra en el vicio de la carne más que palabras pueden explicar, porque verdaderamente los españoles han sido en esto grandes pecadores delante de Dios, pareciolos, como muchas veces les parece, que era imposible que los frailes viviesen castamente, sino que tenían mujeres en casa, y para hallar alguna causa para colorar su culpa, determinaron de venir con impetu sin ser sentidos de los frailes, y que mientras unos hablaban con los frailes, otros buscasen por la casa, como las buscaron, para confusión suya; y para asombrar a los indios que ya mostraban amor tanto a los frailes, vinieron con muchas armas que sus negros y criados les traían. Y como los indios vieron asomar tanta gente de a caballo y tanto aparato de armas, fueron corriendo a decirlo a los religiosos y fray Jordán decía que asombrados con el temblor de la tierra, venían a confesarse. Fray Tomás de la Torre decía que como estaban hechas las paces con el obispo venían a pedirles perdón de lo pasado y hacerles ir para la Pascua de Navidad a la ciudad que era desde a dos días para confirmar la paz con el obispo, y conforme a esto estaba en sí pensando qué les había de responder porque era el vicario. Llegados todos los cristianos y sentados ellos y todos los religiosos en una sala, después que estuvieron muy mustios y callando un rato, mandó el alcalde Tenamit que allí venía al escribano que hablase, el cual propuso muy en breve su embajada, diciendo: padres, estos caballeros vienen a saber de vuestras reverencias de que opinión son, porque si son de la opinión de fray Bartolomé de las Casas obispo que se dice ser de esta provincia, como todos dicen que lo son, y que lo imponen en estos rigores de qua

usa, no podrán estos caballeros dejar de hacer con vuestras reverencias lo que con él han hecho, aunque con mucha pesadumbre de sus mercedes, que será quitarles los alimentos y enviarlos a España. Como fray Tomás vio cuan otra embajada traían de la que él pensaba, se halló turbado y desapercibido para les responder, pero con todo eso les dijo: señores, los sacerdotes no hemos de decir nuestro parecer por vía de requerimientos, que es afrentar nuestro hábito y oficio, sino en el púlpito enseñando, o en las escuelas disputando con hombres doctos, o aconsejando a los que vienen con humildad a recibir misericordia: ahora no predicamos ni sois personas doctas con quien podamos disputar, ni tampoco traea tales de penitentes y así no podemos decirnos nuestro parecer; cuanto más que ya vuestras mercedes le han oído muchas veces y saben lo que sentimos. A lo que dicen, que nos enviarán a Castilla, quizás nos harán más honra, que piensan, que estamos cansados de estar entre ellos y tenemos escrúpulo de los dejar; si vuestras mercedes nos enviasen iríamos con seguridad y con honra. Cuanto a lo que al señor obispo toca, él es tan antiguo y está tan firme en estas cosas, que no sé quién puede fingir que por nuestro inducimiento lo hace. Pidieron entonces que fuese el mismo fray Tomás u otro a hablar al obispo y decirle cómo a nosotros no se nos daba nada, que por lo que a nosotros tocaba que los confesase si quisiese y con su conciencia pudiese, y respondió el vicario: que no quería ir ni enviar. Importunáronle que lo escribiese y por darles algo concedióselo y enviaron en posta la carta y toparon cuando se iban la respuesta del obispo para fray Tomás: tomaron la carta y según el uso de

la tierra se la llevaron. Después de esta plática y respuesta dijeron muchas cosas; pero cuasi nada les respondieron los religiosos: decíanles que se volbiesen a estudiar a Salamanca pues no los sabían confesar, y otras cosas semejantes. Dijo también allí un regidor, hijo, que se dice ser a boca llena, del doctor Benavente, nieto del gran Benaventano, que ellos sabrían nuestra opinión, porque vendrían a confesarse y reían diciendo por qué causa no los absolvían. Respondió fray Tomás que podría ser que ellos dijese que los dejaban de absolver por los esclavos y quizá sería porque perseveraba en sodomía, o en traición o por herejes &c. Respondió el regidor nieto del Benaventano que al que tal hallásemos en la confesión, que diésemos noticia del a la justicia de Su Majestad. Esto dijo aquel regidor y de estas cosas le dijeron otras muchas que sería largo de contar. Entonces soltó su saña el del Val, señor de Sinacantlán diciendo mil quejas sobre haber ido la tara a la Audiencia y echando mil votos y espumarajos juraba que nos había de escudriñar la vida, diciendo que ya nos andaba en el rastro y que sabía que teníamos por cocinero a un principal del pueblo y cinco indios que nos servían y que hacían los frailes que las mujeres trajesen tocas, y lo primero decía verdad pero hacíalo de su voluntad que aquel principal mozoelo nos hacía de comer por gran importunación suya y de sus deudos que lo tenían por favor y hasta el día de hoy no se puede apartar de casa y todo lo que es menester hacer en casa, lo hace él y no se embaraza con él otra cosa. En lo segundo no decía lo cierto, porque el pueblo tenía concertado que dos indios asistiesen a casa para traernos agua y leña y lo que fuese menester y no

había más que estos; y lo tercero también era así pero justo y lícito y fue que viniendo su mujer de este pueblo hubieron vergüenza las indias que las viese tocadas y vestidas y dijéronle: mira señora cuales nos mandan los padres andar, ruégales que nos dejen andar como antes; y ella dijoles que parecían diablos y que ella lo diría al vicario, y dijose lo y no alcanzó nada, y de afrentada que los indios entendiesen que no era eficaz su voluntad, en todo guardaron aquella queja; y porque quizá en otra parte no habrá lugar, digolo ahora, que esto de andar cubiertas las indias lo han contradicho mucho los españoles, la causa yo no la quiero explicar. Veis aquí los pecados que hallaron contra los siervos de Dios que moraban en Sinacantlán: mirad si hallaran otras cosas, como las echaran en la plaza: mirad que buenos prelados y celadores tenemos en esta tierra; Dios por su misericordia nos dio algún tiento en las palabras esta y otras veces, que si les respondiéramos como ellos querían, quizá efectuara Satanás lo que deseaba. Pareció aquí bien porque solamente respondió fray Pedro de la Cruz al Señor de Sinacantlán que si escudriñase nuestra vida sería para nuestra gloria y se levantó y arremetió a él hasta meterle el dedo en el ojo que temieron los religiosos que pusiera las manos en él. Como vieron tanta blandura en las palabras y tanta firmeza en los propósitos dijo el alcalde Tenamit: Señor, hágase lo que se ha de hacer. Entonces se levantaron Tenamit y San Pedro de Pando y todos los demás y salieron unos en pos de otros y llamaron a todos los indios que allí estaban y les mandaron salir de casa y a los que servían, que no entrasen más allí y fuéronse a la plaza, y juntos allí todos los principales les man-

daron que en ninguna manera diesen a los frailes pan ni agua, ni leña, ni huevos, ni otra cosa ni saliese ninguno del pueblo por mandado de los frailes. Hecho esto se volvieron todos con gran regocijo y según después se supo, entraron corriendo por la ciudad como gente regocijada y victoriosa. Fue tan grande el escándalo que este hecho causó en los indios que no os lo puedo decir y derribó en gran manera la estima que de los cristianos tenían los indios, aunque era tan poca como arriba dije, y se espantaban y decían: pues los padres hurtan pues matan, pues mienten ¿por qué los quieren matar de hambre? ¿pues no son sus naturales? ¿pues danles algo ellos de su casa? Y estaban como elevados y no sabían cómo explicar la maldad que de los españoles concebían, y acudió luego el medio pueblo a casa de los padres y decían: ¿qué es esto padres? Los religiosos estaban gozosisimos que no cabían de placer y decíanles: hijos, no temáis que no será nada: nosotros no nos hemos de defender con lanzas ni espadas: Dios nos dará de comer y si muriéremos no os tumbéis; acordaos cuantas veces os hemos dicho que muchos de los que predicaban la ley de Jesucristo morían por ello y ahora son amigos de Dios y están en el cielo. Con estas y con otras cosas semejantes consolaban a aquellos bárbaros y esforzaban a aquellos nuevos cristianos. Allí se comenzó a señalar Bartolomé Tzen indio de aquel pueblo, muy principal y rico, diciendo que si desamparábamos aquel pueblo, que él no nos desampararía sino que había de ir con sus padres por los montes y por los poblados y por donde quiera que fuesen, y temiendo los religiosos que antes faltaría al obispo comida entre los españoles, que a ellos entre los indios, de-

terminaron de enviarle aquella noche de noche cuanta comida había en casa, y temiendo fray Vicente Ferrer, que había venido a ver los padres y a contarles lo que pasaba, que habría guardas, cargaron de cuanta comida le cupo en las mangas y en los senos y fuese para el obispo y temiendo el cacique de dar indios que llevasen comida al obispo por lo que le habían mandado, dijo Bartolomé Tzen que aunque muriesen se había de hacer la palabra de los padres y que él daría de los suyos quien fuese y así lo hizo; y luego escribieron a los frailes de Chiapa lo que pasaba, para que estuviesen avisados y también hubo mensajero y aun después de noche vinieron indios y trajeron pan y no sé qué de comer; pero ni el tiempo daba lugar a los sanos ni era comida para el enfermo. Ida toda la gente, encerráronse todos los religiosos y dijeron sus completas y una salve rezada con tantas lágrimas y devoción que por lanzas se metieran entonces si fuera menester, y después se levantaron a los maitines de la vigilia de Navidad y solos los tres cantaron los laudares en su Oratorio con grandes lágrimas, y muchas veces han dicho aquellos padres que en su vida nunca recibieron tan grande alegría como aquella noche viéndose hechos en alguna manera semejantes a aquel que por nosotros se hizo hombre y viniendo en sus casas propias los suyos no le recibieron; y así se relan ellos negados de sus españoles, abrigados con el calor de aquellos bárbaros, paja flaca y tan quebradiza, y era tanta la alegría, que no podían llorar el escándalo grande que aquellos hombres pecadores daban a la fe y al Evangelio, aunque nuestro Señor lo convertía todo en bien. Luego aquella noche acordaron de nos mandar dar de comer

y enviaron a los indios licencia para que de su hacienda nos diesen lo que quisiesen, los cuales lo fueron luego a decir a sus padres con gran alegría. Tras esto sucedió luego gran bonanza y sosiego porque esta fue costumbre de nuestros hermanos los españoles, desde que habiendo hecho un gran yerro volvían luego sobre sí, que en fin son cristianos, y quedaban confusos y avergonzados y loábannos y honrábannos mucho y decían que el diablo les engañaba y que no conocían el bien que tenían; pero nosotros siempre nos estábamos en un ser y no tenían más en nosotros el tiempo de guerra que el de la paz, y así se lo avisamos muchas veces diciéndoles que nadie bastaba para mudar nuestros propósitos porque sabíamos que lo que tratábamos era fe y Evangelio. Por aquel tiempo murió en la ciudad un español y nos envió a pedir el hábito y no se halló que poder dar sino un escapulario muy viejo y lleno de brea de la mar y nos dio de limosna doce pesos de minas o doce castellanos de que compramos una capa de seda muy pobre para turrificar en las fiestas y para las procesiones y así comenzó nuestra sacristía a alzar cabeza, y fue grande edificación para los indios ver que a la muerte venían a buscar el hábito que en vida perseguían. Pasada la Pascua, fueron fray Tomás y fray Jordán a ver al señor obispo y consolarlo de tantos trabajos y consolarse con él; ahora será necesario en un breve capítulo comprender muchas cositas que por aquel tiempo pasaron, que no las tenemos por extrañas de nuestra historia.

Ya arriba dije cuan bien recibió la doctrina del señor obispo el buen sacerdote y vicario, canónigo Juan de Pereira; ya apunté algo de los trabajos que por ella padeció, conociendo cuanto se había

engañado en seguir los años pasados el uso común de algunos obispos y de muchos sacerdotes, y determinó para descargo de su conciencia avisar a los que había confesado y a todo el pueblo de lo que debían hacer, y temiendo de sí mismo que quizá por vergüenza o por temor no hablaría tan claro como era menester, fuese a Sinacantlán como otra vez, e importunó a fray Tomás de la Torre que le diese escrito todo lo que era bien que él dijese e hizolo así porque todos los religiosos tratamos con él como si fuese de nuestro hábito, porque los deseos eran unos, suyos y nuestros; y así un domingo predicando a la Misa mayor en presencia de todo el pueblo, dijo grandes loas de la doctrina del prelado y como no se podía salvar en estas tierras sino el que las siguiese, y como él por no estar advertido de los males de la tierra había confesado algunos y como no estaban absueltos, que era necesario que se confesasen otra vez y restituyesen los esclavos. Gran turbación dio esto a los españoles por ver tan asentado aquel hombre tan bueno y docto y que no podían decir de él que venía aliado de España con el obispo, como decían de nosotros. También vino de Chiapa a ver al señor obispo, el viejo fray Rodrigo y trajo consigo a fray Diego Calderón que se ordenó entonces de misa y luego se tornaron a Chiapa; en todo este tiempo predicaba el Santo Obispo instantisimamente denunciando a sus ovejas el gran peligro en que estaban, enseñándoles el verdadero camino de la salvación; pero decían que era idiota y graduado por escrito y que no estudiaba sino en Juan Bocacio y que solo aqueste provecho sacaban de su doctrina. Hasta este tiempo perseveró fray Jordán en la tierra, haciendo lo que podía: enseñaba por un papel el

pater noster y Ave María y los mandamientos, la primera palabra del credo que es *Cuhuy hun* es de pronunciación extraña de la nuestra y no pudiendo a su parecer pronunciarla bien, no quiso enseñar el credo, aunque fue escrúpulo que fácilmente lo pronunciáramos nosotros todos. También enseñaba a leer a los niños y se humillaba a lo que podía; pero viéndose sin lengua determinó de irse de esta tierra, y aunque era mi particular amigo más quiero culparlo a él que dejar este estropezo a otros, digo que no supo lengua por no aplicarse a estudiarla. Determinó de irse y envió por licencia al padre Pl. de México y aviando su camino se partió de sus compañeros con muchas lágrimas suyas y de todos y hasta Chiapa lo acompañó fray Pedro de la Cruz, donde estuvieron la fiesta de la Purificación de Nuestra Señora y allí cantó misa el nuevo sacerdote y padre fray Diego Calderón, y así comenzó a tratar con los indios más de propósito y a gozar de lo que había trabajado en las lenguas porque la necesidad de acá es grande. Amámonos mal a estas cosas los religiosos hasta ser sacerdotes, aunque sin serlo hacen gran fruto los que desean trabajar y aunque en la misa nueva se hizo cuanta fiesta fue posible, no llegó a haber dalmáticas porque no las teníamos, sino con albas ministraron el padrino y ministros y el que quedó con cargo de Chiapa, en lugar de Nambocave como les proveyó de pan y vino, que entonces era para nosotros la mayor fiesta; y había entonces tanta necesidad entre los indios, que no osaron ir a la misa nueva más de aquellos dos padres que la celebraron con los que allí moraban. Hasta este tiempo estuvo cada día fray Alonso de Castillo esperando la muerte con una gravísima enfermedad y la prin-

cipal era de Cámaras, que aquí es muy peligrosa, y a él le duró casi un año, y aunque por ella lo llevaron de Sinacatlán, viniendo otra vez allí con fray Rodrigo, casi súbitamente sanó de todos los males, y en una semana se paró recio como un toro y gordo, y ha tenido siempre salud y ha trabajado mucho con la lengua, hasta hoy mexicana, de la cual hay intérpretes por todas las indias; y trabaja hoy con la lengua natural de Sinacatlán y su provincia. Pasada la purificación, cuasi vísperas de Cuaresma, vino el padre vicario de Guatemala y así él como el compañero fray Alonso de Villalba vinieron buenos, trajéronnos dos casullas de seda, que fueron las primeras que en esta compañía entraron, que hasta allí no las teníamos sino paupérrimas: una sola había de unos tafetanes, abigarrada, que trajimos de España. Vino también con ellos fray Luis Cáncer, que era de los que estaban en Guatemala, y venía para ir a España, así para procurar frailes, cómo para otras cosas que convenían. Venido el padre vicario a Chiapa donde tenía su recurso, envíonos a llamar a todos para platicarnos algunas cosas que convenían a toda la comunidad y quisiera mucho dejar él el cargo que tenía porque estaba ya molido de hacer caminos, y no nos pareció haber por donde más que hasta allí, y así se quedó con la pesada carga a cuestras. Allí pidió licencia fray Cristóbal Paradvé, que había trabajado con sus hermanos en Copanaguastlán, para irse a la tierra de guerra donde no hay español ninguno, sino solo religiosos, que gran parte de ella han traído de paz al conocimiento de Dios como arriba dije. Bastaban a la verdad las molestias que los españoles nos hacían para vencer hombres de gran pecho o a convenir

con ellos o a huir de ellos, y así se le dio licencia, y ido allá, ayudó a hacer gran fruto e hizo él buena parte, porque era buen religioso y trabajador, y así se quedaron allí en aquellas grandes provincias solos hasta el día de hoy cuatro religiosos que fueron fray Domingo de Vico, fray Domingo de Ascona, fray Francisco de Quezada y fray Cristóbal de Pardavé. Tuvieron mucho tiempo ayuda de Pesquera y de Rodrigo López y de otro buen cristiano español que pasó con el obispo que se llama Luis Hernández, los cuales, aunque seglares, ayudaron con gran constancia a los religiosos y trabajaron mucho con bravo ejemplo, así de limpieza, como de pobreza, y por cierto hay grandes cosas que contar de ellos pero pues dejo las de los religiosos por extraña, no es mucho que deje las de los seglares; solamente diré una y fue que como el Luis Hernández quedase en unos pueblos por mandado de los religiosos, enseñándoles a ser hombres, con gran trabajo suyo, y a ser cristianos con las obras, viéndose muchas veces en gran necesidad de avisar a los religiosos de cosas en que iba a las veces el alma, a las veces la vida, como fuese labrador y rudo y no mozo, aprendió por sí solo a leer y a escribir. Solamente sabía el A B C de coro y aprendió primero por orden las letras de la cartilla, y de allí las buscó en otras partes y las juntó buscándoles sonido, y así en breve supo leer y escribir que se admiraron los religiosos viendo carta suya. Pasó mucho también por la caridad, de lo cual sería largo de contar; solo aquestos seglares han andado por aquellas tierras, amparados de indios y a la sombra de los religiosos. Acordó también el padre vicario que fray Diego Calderón, nuevo sacerdote, se fuese a vivir a Sinacatlán por-

que no estaban más que fray Tomás de la Torre y fray Pedro de la Cruz y fray Alonso de Portillo y los tres estaban muy atados y no podían salir de casa a ver los pueblos, porque siempre nos hemos excusado de andar solos y rarísimamente ha ido religioso solo y casi nunca, y esto con grandísima necesidad y mucha compañía de indios y por esto acostumbraban los indios a acompañar a los religiosos de un pueblo a otro y por el pueblo, cuando salen de la iglesia o de casa tanto que algunas veces hay trabajo de dar de comer a los que con ellos van pero es su costumbre y no se acabará jamás con ellos otra cosa porque son gente naturalmente buenos y aman a quien los ama. Desde Chiapa fue el padre vicario con los religiosos a Sinacantlán y de allí a Ciudad Real, a ver al señor obispo y a ver si podría haber algún provecho con el oidor que ya había llegado a visitar la tierra y moderar los tributos de los indios. Este año de 1545 por agosto hubo capítulo provincial en México en que fue electo en provincial el padre fra Pedro Delgado, y el último de enero de 1546 fue su intermedio; pero ni en uno ni otro hay cosa tocante a esta provincia.

I N D I C E

XXXII	Donde se prosigue la estada de los religiosos en la isla de Santo Domingo, hasta su salida para Campeche. Año 1544	541
XXXIII	De la salida de los religiosos de Santo Domingo y navegación hasta la provincia de Campeche. Año 1544	553
XXXIV	De la llegada y estada de nuestros religiosos en Campeche	563
XXXV	De los primeros religiosos que salieron de Campeche para Tabasco y cómo se perdieron en la Laguna de Términos	577
XXXVI	De la salida de los demás religiosos de Campeche, llega allá la nueva del naufragio y sentimiento que se hizo	591
XXXVII	De lo que hicieron los religiosos en la Isla de Términos y de su venida a Tabasco	599
XXXVIII	Salen los padres de Xicalango y llegan a Tabasco y de lo que les sucedió allí	611
XXXIX	De lo que les pasó a los religiosos que quedaron en Xicalango y su venida para Tabasco	617
XL	Prosiguen los religiosos su viaje hasta llegar a la Ciudad Real	631
XLI	De la fundación de Ciudad Real y conquista de aquellas provincias que llaman de Chiapa	649
XLII	De la entrada de los religiosos en la ciudad	657
XLIII	Del principio y motivos que hubo para los grandes disgustos y persecuciones que se levantaron contra el señor obispo y los religiosos	665
XLIV	De cómo nuestros religiosos se salieron de la ciudad y se fueron a los pueblos de Sinacantán y Chiapa, donde fueron bien recibidos	677
XLV	De lo que sucedió a los religiosos con el encomendero de Chiapa y cómo engañó a los religiosos	685

XLVI De los religiosos que fueron a Soconusco y muerte del padre fray Luis de Cuenca	691
XLVII Dividense los religiosos en Chiapa, Soconusco y Copanaguastlán e inquietud de los legos	699
XLVIII De los pueblos de Sinacantlán y Copanaguastlán, y del estado en que hallaron la tierra	705
XLIX Prosigue el estado en que hallaron a los indios y cómo aprendieron las lenguas y enseñaron	713
L De la suma pobreza que profesaron aquellos primeros fundadores	723
LI De los grandes disgustos que los religiosos pasaron con el encomendero de Chiapa, y los motivos de ellos	729
LII Donde se prosiguen las revueltas que los religiosos tuvieron con el encomendero de Chiapa	747
LIII De la muerte feliz del presbítero fray Jorge de León, uno de los religiosos de aquesta primera misión	757
LIV Sale el padre vicario a visitar los pueblos de los soques; y viaje que hizo el padre vicario a ver lo de Guatemala	761
LV De la muerte, a manos de herejes luteranos, del padre fray Tomás de San Juan, e ida del señor Marroquín a la Verapaz	769
LVI Del viaje que hizo el señor don fray Bartolomé de las Casas a la provincia de Tezulután y de allí a Gracias a Dios a negociar el alivio de estas pobres gentes	773
LVII De las Pascuas que los de la ciudad dieron a nuestros religiosos, con que dieron fin a las maldades de este año 1545	787

Lo refolió la B. N. en Mex. de 1.974

Marque de la Encarnación

Este libro: HISTORIA DE LA PROVINCIA DE SAN VICENTE DE CHIAPA Y GUATEMALA, tomo III, de Fray Francisco Ximénez (2 500 ejemplares en papel periódico y 200 en bond 80 gr.) se terminó de imprimir en los talleres del Departamento Editorial y de Producción de Material Didáctico "José de Pineda Ibarra" del Ministerio de Educación de Guatemala, el día 27 de agosto de 1965, durante la jefatura de Miguel Castro Aristondo; administrador: Francisco Strems Rodríguez; jefe de Planta Tipográfica: Miguel Guzmán S.; revisor de originales: Manfredo Marroquín Guerra; correctores: Abel Morales Archila y Gilberto Enrique Palma; linotipistas: Vicente Zepeda F. y Manuel Antillón; cajista compaginador: Oscar Vera; prensistas: A. Matías Soto Ramírez, Humberto Juárez Córdova, Rafael Castillo Hernández, Rigoberto Quiroa y José Luis Muñoz, estando la encuadernación a cargo de Carlos H. Paniagua C.